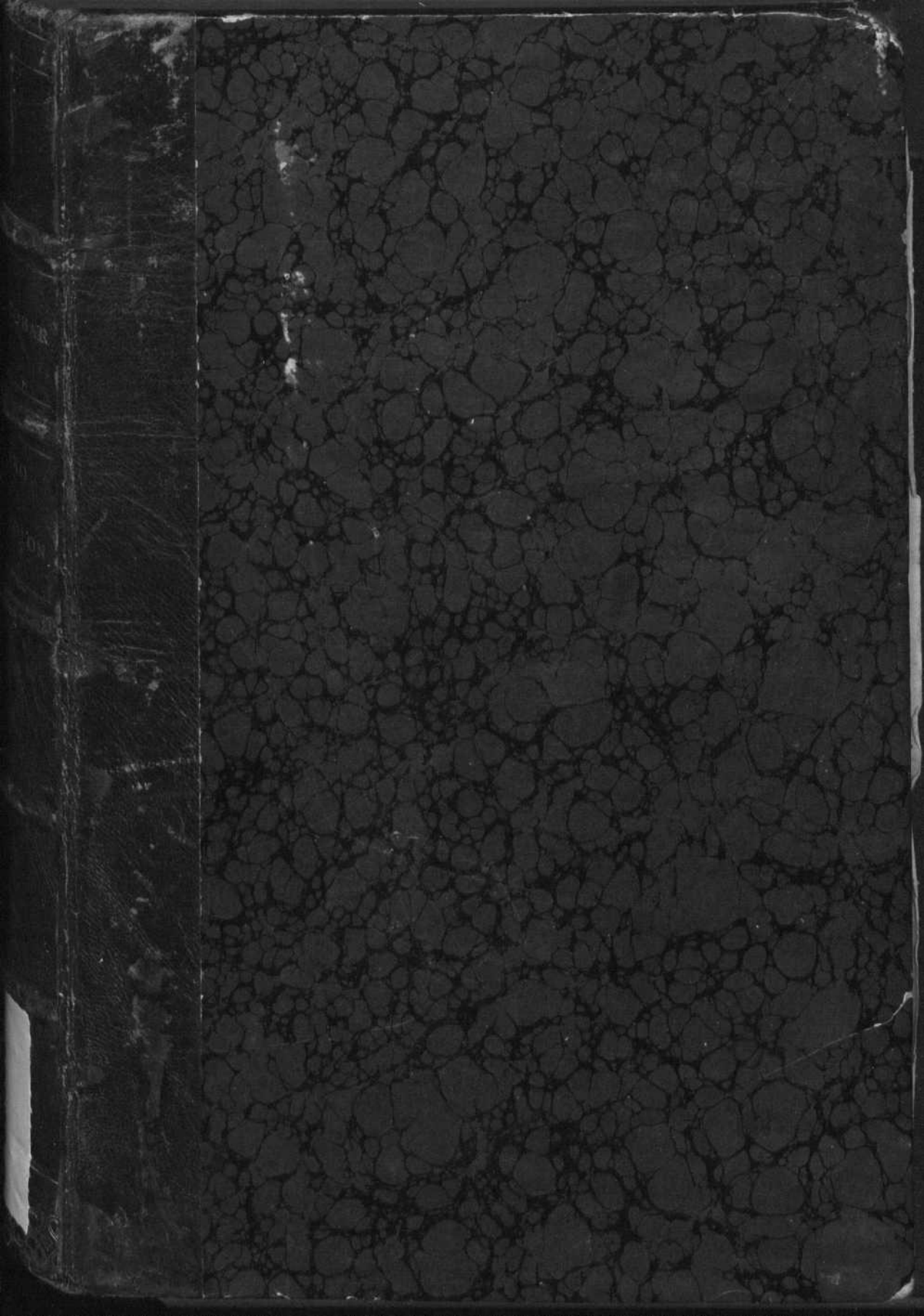




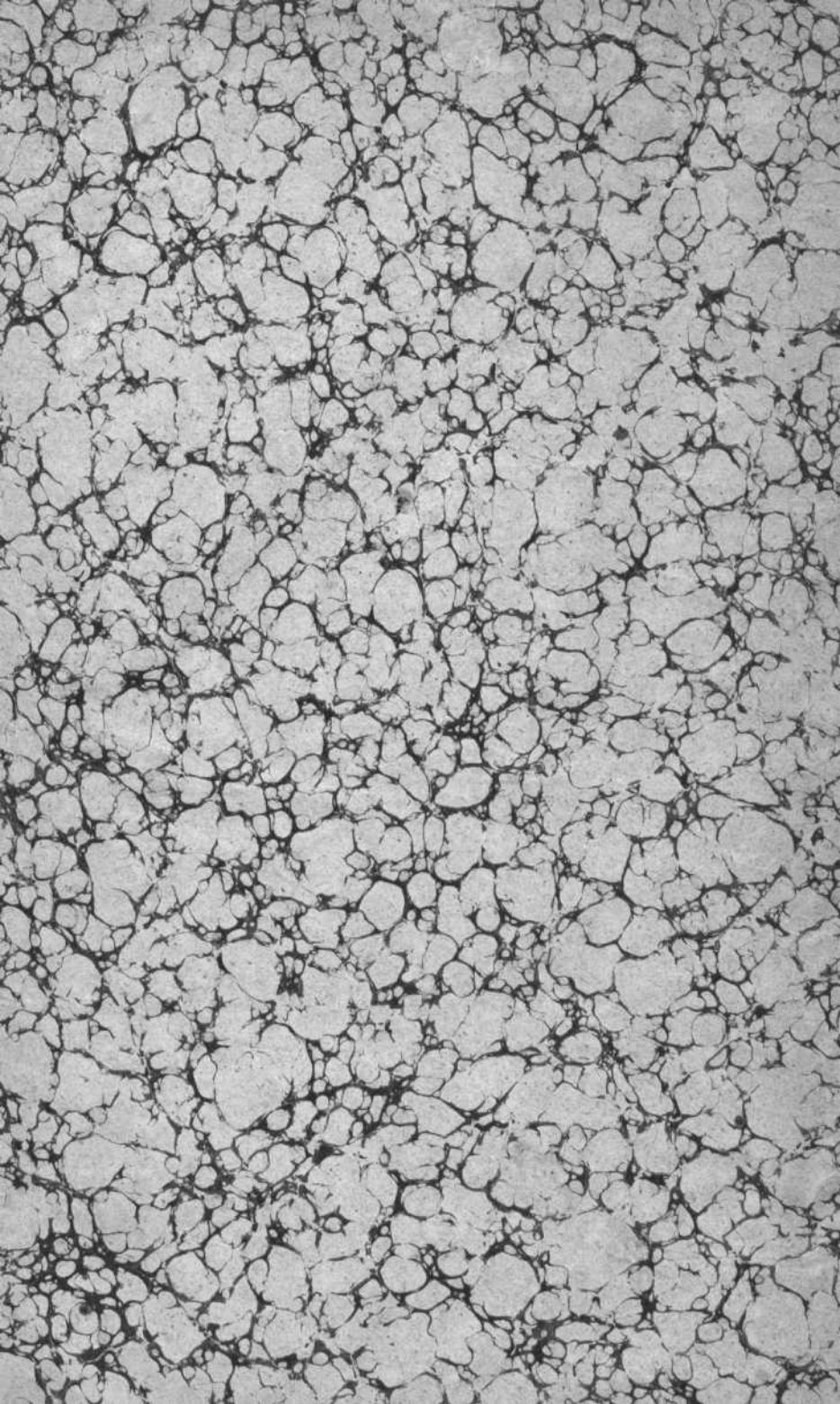
LIBRERÍA BERCEO

COMPRA Y VENTA

C/ Juan de Herrera, 6 (Junto a C/ Mayor)
28013 MADRID

Teléf: 91 559 18 50 Fax: 91 547 75 60

e-mail: libreriaberceo@hotmail.com



o an
-able - - - - -

ca

ROMANCERO

DE

CRISTÓBAL COLON.

Al Sr. D. Mateo de Rivero Cees
Orillero de la casa esta de mi presente
de amistad su amigo y pariente

Rafael Herrero
García



ROMANCERO

DE

CRISTÓBAL COLON,

POR

D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR.



MADRID:

IMPRENTA DE R. LABAJOS,

CABEZA, 12, PRINCIPAL.

—
1866.

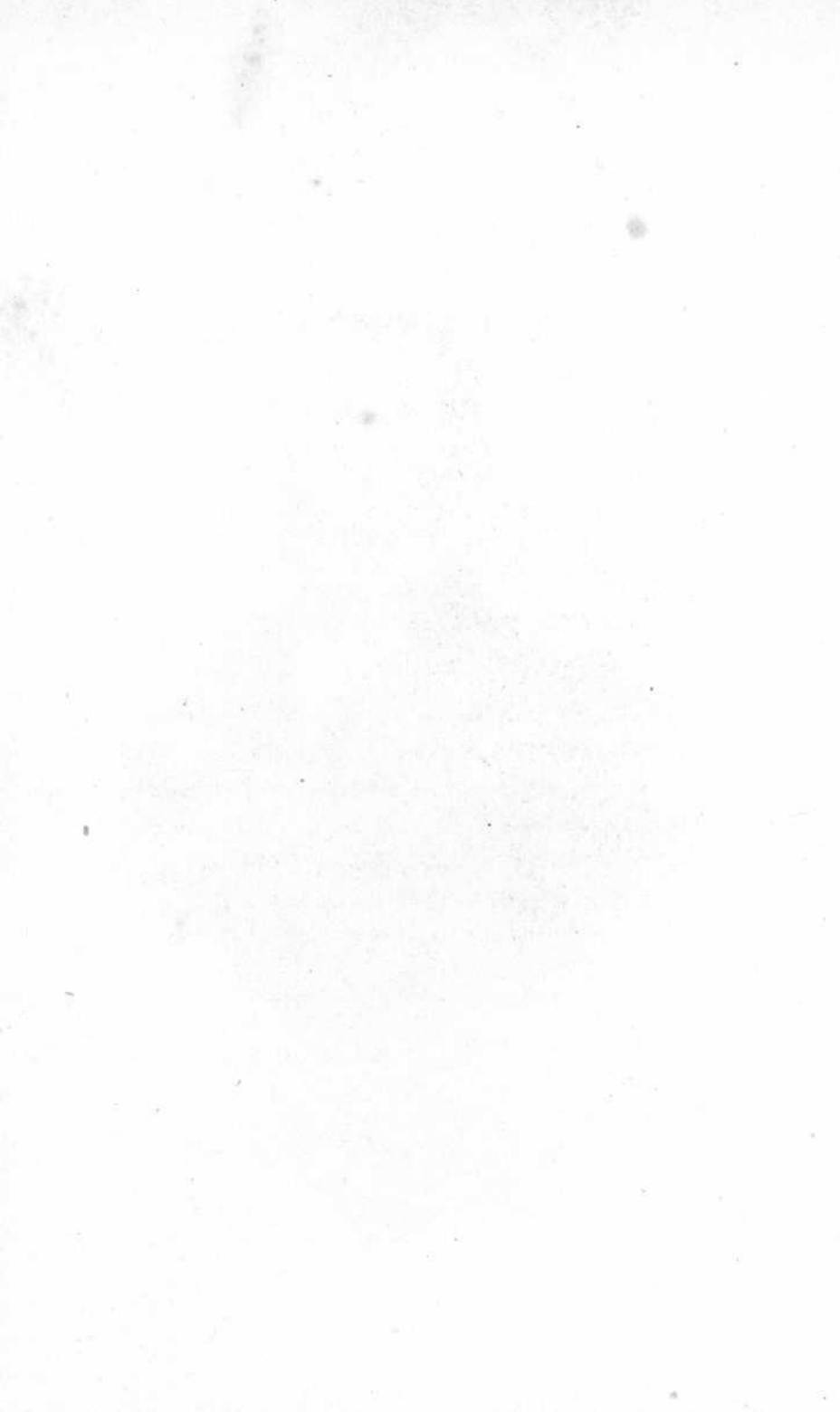
ES PROPIEDAD.



R.108011



VENTURA GARCIA ESCOBAR.



AL EXCMO. SR.

D. PEDRO COLON REMIREZ DE BAQUEDANO,

ALMIRANTE Y ADELANTADO MAYOR DE LAS INDIAS, DUQUE DE VERAGUA,
SENADOR DEL REINO, GRAN CRUZ DE CARLOS III Y DE ISABEL LA CATÓLICA,
GRAN OFICIAL DE LA LEGION DE HONOR, VICEPRESIDENTE DEL REAL
CONSEJO DE AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO Y DEL DE SANIDAD
DEL REINO, ETC., ETC.

Excmo. Señor :

Cumpliendo con la intencion de mi malogrado hijo Ventura, tengo el honor de dedicar este libro á V. E., como jefe y representante de la ilustre casa á que dió nombre el genio inmortal cuyos hechos en él se cantan.

Sírvase V. E. aceptarlo con la bondad que le distingue, considerándolo siquiera como un testimonio elocuente de la admiracion, del entusiasmo y del respeto que las grandezas de su glorioso progenitor inspiraron siempre á mi amado hijo.

B. L. M. D. V. E.

Antonio García Gonzalez.

A los que conozcan mi opinion de siempre relativa á los prólogos, les sorprenderá sin duda ver mi nombre al pié de estas líneas; los que sepan la amistad que me unia al autor del presente ROMANCERO, y que sólo la muerte pudo interrumpir, no estrañarán que en las primeras páginas de su libro, haga yo en cuatro palabras, el elogio que la posteridad no ha de negarle. Júzguelo, en buen hora, la crítica recta é imparcial, cuando á sus manos llegue; al amigo, que llora al amigo, y que acaba de hojear, con los ojos arrasados en lágrimas, el ROMANCERO DE COLON, su último canto, el testamento de un alma de poeta, correspóndele solamente depositar sobre su tumba las flores de un recuerdo cariñoso, que no se borrará de su corazón, porque es eterno.

Ventura García Escobar, nació en la ciudad de Me-

dina de Rioseco (provincia de Valladolid), el día 16 de Setiembre de 1817, siendo sus padres los señores D. Antonio García Gonzalez y Doña Raimunda Escobar, uno y otra de ilustres familias. En aquella ciudad recibió la instruccion primaria hasta los ocho años, en que, por influjo de su abuelo, el marqués de Villadangos, coronel del regimiento provincial de Leon, entró de cadete en el cuerpo, siendo despues nombrado subteniente; pero como Escobar mostrase poca aficion á la carrera de las armas, la abandonó y se dedicó al estudio de la gramática y de la filosofia, en el convento de San Francisco de la referida poblacion, por estar cerrada en aquel entonces la Universidad de Valladolid, donde ingresó luego que fué abierta, para seguir la facultad de jurisprudencia, recibiendo, en 1840, la investidura de licenciado, y á poco la de doctor.

Desde sus primeros años manifestó especial inclinacion á la literatura que, con breves interrupciones, cultivó hasta los postreros instantes de su vida, mereciendo siempre en la lírica, en la novela, en el teatro y demás géneros en que dió muestras de su ingenio y profunda erudicion, el público aprecio.

En 1847 dió á luz un tomo de poesías líricas, pertenecientes en casi su totalidad á la escuela *romántica*, pero sin sus monstruosas exageraciones. Entre sus obras dramáticas, se cuentan *Juana de Castilla* (1846), representada en el teatro del Príncipe, con grande aplauso; *La Copa y el puñal* (1847), coleccio-

nada con sus poesías; *Engaños y desengaños* (1847); *El Cid*, drama representado con extraordinaria aceptación, despues de su muerte, en el teatro de Lope de Vega (Valladolid, 1863); *El Último Beni-Omeya*, leyenda en un volúmen, publicada en el folletin de *La Iberia*; *Los Comuneros*, novela que salió asimismo en *La Iberia*, y de la cual se hizo otra edicion ilustrada. *El Semanario pintoresco*, *La Ilustracion* y otros muchos periódicos de literatura insertaron poesías sueltas y notables trabajos sobre antigüedades, bellas artes, historia, costumbres, crítica, filosofía, etc., de García Escobar.

El culto que rendia á las letras, unido á su situacion desahogada, quizá le hubiera hecho renunciar al ejercicio de la abogacia; pero dotado por el cielo de un corazon generoso y compasivo, quiso emplear su pluma y su palabra elocuentes en bien de los desgraciados que á él acudian, librando del presidio, y aun del patíbulo, á muchos de ellos; su trato ameno y expansivo, y su amable llaneza, aumentaron tambien las simpatías que esta conducta le granjeaba. ¡Pobre Ventura! Tu noble espíritu se regocijará en el cielo, al ver que una pluma jamás prostituida á la lisonja, hace justicia á tu gran carácter, más grande aun porque, para tus buenas obras, siempre huiste del espectáculo de la publicidad, que tanto halaga á los fariseos y á todos los mercaderes que hacen granjería de las cosas más santas.

Las ideas de libertad y progreso tuvieron en Escobar

no sólo un apóstol, sino un campeón activo y firme, porque su alma, pudorosa y tierna como la de una mujer, poseía también un temple varonil y una dignidad austera, que nunca le abandonaron; cualidades raras, por cierto, en esta época materialista.

Por tanto, cuando agitaba á nuestro pueblo alguna de esas convulsiones que con frecuencia revelan hondos sufrimientos, Escobar era llamado para dirigirlos, y el sufragio de los habitantes de Medina le honró siempre con el mando superior de la fuerza ciudadana, así como en distintas ocasiones le confió el cargo de primera autoridad municipal y de diputado de provincia. En suma, y para terminar estos breves apuntes biográficos, que mañana pudieran ser útiles á la historia de la literatura patria, añadiré, que formó parte de las Juntas de gobierno en los alzamientos de 1840 y 1854, obteniendo por estos servicios la cruz y placa de Constancia; bajo su presidencia y dirección, se organizó la Sociedad económica de Amigos del país; fué varias veces decano del ilustre Colegio de abogados; corresponsal de la Junta superior de Estadística del reino; comisionado por la de Monumentos artísticos para el exámen y clasificación de las obras de arte; sócio corresponsal de la Sociedad arqueológica matritense; colaborador del *Diccionario geográfico histórico de España y Ultramar*, y del *Atlas geográfico*.

Falleció en Medina el día 6 de Noviembre de 1859, nuestro poeta, cuya muerte fué grandemente sentida y llorada en aquella ciudad y pueblos de su partido,

no ménos por sus talentos que por los beneficios que habia hecho á un sin número de desgraciados.

Su familia, á quien debo las noticias que anteceden, ha querido pagar un tributo de cariño á su memoria, y satisface este deseo piadoso publicando este ROMANCERO, cuyo exámen tuvo á bien confiarme. Confieso que, ántes de aceptar este encargo, fueron grandes mis vacilaciones; pero todas cedieron á la consideracion de que, aceptándolo, cumplia un deber sagrado. El manuscrito era voluminoso; tratábase, además, de una obra en verso, corregida de primera mano por el autor, y habia que respetar el trabajo de este; circunstancias que, por sí sólas, esplican suficientemente aquellas vacilaciones y la responsabilidad que iba yo á echar sobre mí. Creyendo una profanacion introducir en el ROMANCERO variantes y modificaciones que lo alterarían profunda, y quizá desacertadamente, me propuse ántes de conocerlo, limitar las ámplias facultades que la familia del poeta me habia dado, á la repetida y atenta lectura del manuscrito, con el fin de presentarlo al público tal cual salió de la pluma del autor, sin más que purgarlo de ciertos descuidos y defectos, que Escobar no hubiera perdonado, y que no afectaban de una manera notable al fondo ni á la forma. Advertiré, no obstante, que este mismo respeto, llevado acaso hasta la exageracion, aumentó no poco la dificultad de mi tarea. ¡Cuántas veces en la correccion de simples palabras, y, sobre todo, de pensamientos oscuros ó mal espres-

sados, á mi ver, he invertido horas enteras, porque el variarlos de uno ú otro modo, destruía ó modificaba más ó ménos sustancialmente los conceptos del autor! De mí sé decir, que casi tanto como componer una poesía, me cuesta corregirla: ¡considérese, pues, lo que me habrá sucedido con la correccion de una obra ajena y tan voluminosa!

EL ROMANCERO DE COLON, en el que se canta y se narra, como su mismo título indica, la vida del gran marino genovés, que completó el globo con el descubrimiento del continente americano, es un verdadero poema épico, escrito en la forma y metro de nuestra poesía nacional. Entienden unos por *nacional*, toda poesía compuesta en versos más ó ménos altisonantes y ampulosos, de arte mayor, ó mejor dicho, endecasílabos, destinada sólo á exponer doctrinas y elucubraciones científicas, á cantar glorias y recuerdos militares, ó bien acontecimientos é ideas políticas, ora inspirándose en el espíritu de lo pasado, ora en el espíritu progresivo de nuestra época. Creen otros, que *nacional* es lo mismo que popular, y popular lo mismo que vulgar; y para ellos, todo lo que traspase un poco el nivel de las coplas de ciego, es afectado, artificioso y, lo que es peor, soporífero. Los primeros, entregan el monopolio de la sensibilidad y de la sublimidad á la épica trompa, ó á lo que dan este nombre, cuyos sonidos son los que pueden únicamente conmovir las fibras del corazon: figúranse los segundos, que sólo á las trivialidades del más pedestre natura-

lismo corresponde semejante privilegio. Mi opinion sobre el particular, es muy sencilla: nacional es toda poesia que refleja la vida pública y la vida íntima de un pueblo en las distintas esferas de su actividad, por medio de una forma libre, independiente, y aun caprichosa, pero artística, siempre que responda á aquella condicion fundamental. Roberto Burns es el poeta nacional moderno de Escocia, y, sin embargo, apenas se halla en sus obras una que recuerde á Tirteo ni á Píndaro; Beranger es el poeta nacional de la Francia de hoy, y, salvo rarísimas escepciones, en sus obras está encarnado en una forma casi prosáica, el espíritu sensual, ligero, escéptico, positivista y práctico; en una palabra, el modo de ser de su país. Será cuestion de gusto: entre el *Romancero del Cid* y las *Canciones* de Herrera, yo optaria por aquel, tanto porque lo creo más nacional, sin dejar de ser épico, cuanto porque su severa sencillez, su sabor castizo, su color local y su inimitable sobriedad, penetran más profunda y directamente en mi alma, que el énfasis casi nunca espontáneo, y el ruido atronador y exhuberante del poeta llamado *divino*, en cuyas composiciones seria injusto negar que hay abundancia de toques magistrales, así como hay trozos que parecen tempestades de verano. Por otra parte, la vida social contemporánea en su totalidad, y aun en sus pormenores, difiere tanto de la que estudiamos en los monumentos de las grandes civilizaciones pasadas, que el público (fuera de algunos espíritus cultivados), se aburriria hoy en la representacion de una

tragedia clásica, y se cansaría pronto de oír los mejores episodios de los poemas homéricos. ¿Es esto un mal ó un bien? ¿Podrá afirmarse, por este abandono de algunas viejas tradiciones, que la poesía lírica degenera? El estudio imparcial de nuestro Parnaso moderno, aunque lo contrario afirmen algunos pesimistas, demostraría lo contrario. La lírica española de hoy vale más, bastante más, en mi pobre sentir, que la antigua. Para verlo, basta no cerrar voluntariamente los ojos á la luz.

El ROMANCERO DE COLON comprende uno de los períodos más brillantes de nuestra historia nacional, y si no está exento de lunares, son tantas las bellezas en que abunda, y ha sabido el autor darle tal interés y verdad, que el lector se cree trasportado al siglo y á los lugares en que pasa la acción. Principia esta en los primeros años de Colon y concluye en el descubrimiento del Nuevo-Mundo, y en las fiestas con que aquel génio extraordinario fué recibido cuando regresó á España, su patria adoptiva. Su infancia, su adolescencia, su juventud, su vida de estudiante y de marino, las agitaciones de su época, sus sueños de gloria, sus amores, sus esperanzas, sus tristezas, los obstáculos que encontró su empresa; el valor, la fé, la hidalguía, el espíritu aventurero, caballeresco y religioso de nuestros mayores, la terminación de la titánica lucha de siete siglos, todo pasa ante la vista del lector como un sueño maravilloso, como un cuadro lleno de vida y de movimiento, en el que contrastan la riqueza de luz de una fantasía oriental, con esa luz crepuscular, con esas tintas

melancólicas y suaves que caracterizan á las obras de los poetas del Norte.

Al comenzar la lectura del ROMANCERO DE COLON, tenga presente el crítico, que su autor no pudo corregirlo, porque la muerte impidió este trabajo; y dejando á su sentimiento libre de toda presion, no podrá ménos de simpatizar con el hombre y con el poeta; con el hombre, por sus pensamientos nobilísimos y levantados; con el poeta, por haber enriquecido el tesoro de la literatura patria, legando una obra que, con sus defectos y todo, tiene romances verdaderamente admirables y dignos de ponerse al lado de lo mejor que en este género poseemos.

Ventura Ruiz Aguilera.

ROMANCERO
DE
CRISTÓBAL COLON.

PRÓLOGO.

EL SUEÑO DE LA INSPIRACION.

I.

La hora de los misterios.

Ya cesa el día; las sombras,
tendiendo sus densos tules,
misteriosas empavesan
el alcázar de las luces.
No há mucho que en los espacios
del sol la fecunda lumbre
con raudales de oro y rosa,
que vida y gozo difunden,
á los campos daba risas,
á las flores gala y lustre,
canto al aire, al río aljófár,
rey al mundo, al día númen.
Ora por el cénit cruzan,
tornan, pasan, vuelven y huyen,
vapores ennegrecidos,
que en su propio seno surgen.
Marchitos están los campos,
la flor su belleza encubre,

á la dulce Filomela
 sucede corneja fúnebre;
 bajo sudario sombrío
 en calma el río discurre,
 sin rey el mundo se enluta,
 sin su dios el día se hunde.
 Las montañas escabrosas,
 brotando en sus rotas cumbres
 torrentes de opacas nieblas
 que al llano descienden lúgubres,
 en negros mantos convierten
 sus faldas antes azules.
 Ya murió el día. Es la hora
 fantástica, triste y dulce,
 que hace sentir en el alma
 inefables inquietudes,
 que en éxtasis indecisos
 y en sueños vagos la sumen.
 Es el momento solemne
 en que, al incierto vislumbre
 de luces que ya son nieblas,
 y nieblas que son aun luces,
 en torno del hombre giran
 en férvida muchedumbre
 visiones indefinibles,
 que de nuestro ánimo surgen,
 y en anchos círculos vagan,
 se apiñan y se difunden,
 cual si fuesen los recuerdos
 de nuestras venturas fútiles,
 y la imágen evocada
 de la existencia voluble,
 la muda voz del destino
 que á recordarnos acude
 que entre ayer, hoy y mañana
 todo sin vallar sucumbe.
 ¡Ay!... Lo que ilusión fué ante,
 ahora es polvo, sombra fúnebre;
 y lo que hoy una esperanza,
 mañana un recuerdo inútil.
 Solamente un día y otro
 siglos tras de siglos luce,

cual faro de las edades
 y de Dios cual blanca lumbre,
 fijo su pié en el abismo,
 su sien mecida en las nubes,
 y la eternidad llenando
 con sus mágicos vislumbres,
 la gloria, sol de la vida,
 y del génio sacro númen.

II.

Fiebre del alma.

Apíñanse densas nubes
 del éter sobre el dosel,
 y atraviesan los espacios
 en grupos de formas cien,
 haciendo en su inmenso curso
 del vendabal su corcel.
 Signos por demás siniestros
 en la atmósfera se ven;
 fosfóricas llamaradas
 de funesta palidez
 brota el espacio sañudo,
 que unen el ser al no ser.
 A lo lejos zumba el trueno,
 y su voz parece que es
 el aliento de un coloso,
 que del mundo en el dintel
 con su soplo inmensurable
 lo quiere al caos volver.
 ¿Qué es esto? ¿Por qué se trueca
 en fatídico vaiven
 la calma plácida y pura
 del crepúsculo postrer,
 que en aquestas soledades
 reinar, há poco, miré?
 Un trueno, empero, rugiente,
 que hace al polo estremecer,
 cual si al mundo amenazáran
 torvos vibrando á la vez

la trompeta del arcángel
 y el acento de Ezequiel,
 rasga la cóncava esfera
 desde el Tártaro al Eden.
 Sierpes inmensas de llama,
 formando eléctrica red,
 iluminan el vacío
 con tétrica palidez;
 y á su luz, siniestra y fútil,
 sobre ellas mismas se ven
 cabalgar flotantes génios
 de tremendo parecer.
 Abre sus fáuces ardientes
 el quimérico tropel,
 y un cántico aéreo entona,
 sin compás, ni són, ni ley,
 que hace detener los siglos,
 y tornar lo que ya fué.
 El ábrego por las selvas
 despide ronco también
 voces de abstracto idioma,
 que al punto devora él.
 Sus olas el mar cercano
 lanza con tanta altivez,
 que hasta el seno de las nubes
 intentan locas romper;
 y arroja de sus abismos,
 negros cual los de Luzbel,
 sonos de confusos ecos
 incomprensibles, pardiez!
 Súbito descende el rayo
 del mar al roto nivel,
 un volcan es todo el golfo,
 cada ola un cráter es.
 Y las nubes se desploman,
 y el mar subleva la sien,
 y en la inmensidad vacía
 con trágica insensatez
 traban horrisona lucha
 de poder contra poder.
 Y aquellas y este, fundidos
 en cataclismo cruel,

á la creacion anuncian
 el parasismo postrer.
 Mas ¡qué miro!... ¿es un prodigio
 lo que ante mi faz se ve?...
 ¡Sombra inmensa... ya me postro!
 ¿Quién eres, fantasma, quién?...

III.

La sombra inmortal.

Dije... y me postré de hinojos
 ante una súbita sombra,
 que en el fondo del espacio
 rápida y potente brota.
 Parto aéreo del desórden
 que el cielo y el mar trastorna,
 nació en el seno del caos,
 enjendrándose á sí propia.
 Dále el huracan su aliento,
 el trueno su voz sonora,
 y el rayo alumbra sus ojos,
 y el sol su frente corona.
 Sobre caduco hemisferio
 fija una planta, y la otra,
 cima de otro mundo vírgen,
 magníficamente posa.
 La mirada de sus ojos,
 abarcando inmensa órbita,
 cual si fuese el primer rayo
 de la providente aurora
 que tras tormentosa noche
 por el rubio Oriente asoma,
 rompe las duras tinieblas
 y la oscuridad traidoras,
 que sobre el mundo arrojára
 del error la noche honda.
 Abre su labio y suspira,
 y el aura de luz y aroma
 que del generoso pecho
 se exhala ardiente á su boca,

vallas de siglos remotos
 á su soplo audaz destroza.
 Aquellos lindes oscuros
 que la antigüedad intonsa
 á la creacion pusiera,
 á Dios amenguando loca;
 los límites pavorosos
 de aguas, abismos y sombras,
 que la humana grey soñara
 del mundo en las playas corvas;
 las fronteras sin medida
 que en sus gárrulas utopias
 la torpe ciencia de un día
 de Jehováh trazó á la obra,
 llamando locura... ¡imbécil!
 desde el cieno de su cólera
 á la inspiracion del génio
 santa, profética, pródiga;
 ¡sí!... aquellas negras murallas,
 del error estancias lóbregas,
 dintel secular del caos,
 de la nada nieta hórrida,
 de la ignorancia escoliasta
 segun el mezquino idioma,
 cayeron, pues, en el fondo
 de su inexistencia propia,
 asordando con su estruendo
 á la humanidad absorta,
 al soplo de aquellos labios
 que luz y vida rebosan,
 y que un mundo arrancan bello-
 del regazo de las ondas,
 al orbe antiguo mostrando
 de Dios, sin velo, la obra.
 Lleva el fantasma en sus sienes
 por diadema esplendorosa
 del sol el radiante globo;
 y, cual magnífica aureola,
 con su esplendor la circunda
 clara y vastísima zona,
 cuajada de limpios astros
 que su círculo arrebolan.

En torno al coloso etéreo,
 un mar de plata y aljófar
 suelta los brillantes pliegues,
 besando sus régias ropas.
 Y la vision gigantesca,
 girando en medio á las olas,
 domínalas con sus ojos
 y las llena con sus formas.
 Y el golfo, cual lebrei dócil
 que del dueño á la voz sola
 á sus plantas se cobija
 con accion leal y pronta;
 el mar, que á Dios sólo cede,
 hoy se amansa ante una sombra!
 El sudario del fantasma
 es una bandera roja,
 que entre sus paños le envuelve
 cual manto de rica estofa,
 donde brillan, sobre un campo
 de sangre herética y mora,
 los castillos de Ruy-Díaz
 y el leon de Covadonga,
 y en listones amarillos
 que verdes laureles bordan,
 los rubies de Granada,
 las barras de Zaragoza,
 los Navarros eslabones,
 y el arbusto de Vasconia,
 y encima de un haz y un yugo
 el famoso «tanto monta.»
 Todo esto en la vision suma
 los ojos y el alma roba
 del que ha nacido en España,
 y tiene en mucho su honra.
 Así es, que hervir sintiendo
 la sangre en mis venas todas,
 al ver de la patria mia
 en símbolo tal las glorias:
 —«¿Quién eres?—grité.—¿Quién eres,
 vision, ó fantasma, ó sombra?
 ¿Qué quieres sobre la tierra,
 creacion del aire heróica?...»

No pude más!... Sobre el mundo
 tendió la fantasma torva
 su inconmensurable acento;
 y llenándolo su nota,
 callaron los huracanes,
 el mar trepida y reposa,
 la tormenta yace inerte,
 la calma su vigor cobra.
 Y entre un silencio profundo,
 que en sepulcro al mundo torna,
 abre la vision sus labios,
 me estremezco... me abandona
 el valor... y en tierra caigo,
 del vértigo presa loca.
 Y en medio del parasismo
 que aliento y alma aprisiona,
 murmurar oigo en los montes,
 y repetir en las órbitas,
 y suspirar en los vientos,
 y vagar entre las olas,
 sin compás, ni ley, ni tono,
 una voz etérea, ignota,
 que al trueno su són usurpa,
 que su ímpetu del mar toma,
 de Ezequiel como el acento,
 del arcángel cual la trompa.
 —«Escuchad!... (aun creo zumba
 sobre las esferas cóncavas)
 escuchad!... escuchad todos,
 caed ante la sombra!...»

IV.

Voz póstuma.

—«¡Me preguntas quién soy!...—grita el gigante,—
 ¿será verdad?... ¡oh!... sí; tal es el hombre.
 ¡Nunca dejara yo mi tumba errante
 para tanto baldon!... Mas no me asombre.
 Bardo, levanta, y mírame el semblante;
 pues lo quieres saber, oye mi nombre.

Soy CRISTÓBAL COLON!... el mortal solo
que un mundo al hombre dió, y al mundo un polo.

«Soy Cristóbal Colon!... Alza los ojos,
y contéplame bien. ¿Quizá te estraña
que del sepulcro abriendo los cerrojos,
torne á pisar la tierra de mi España?...
¿Verme te asusta en fúnebres despojos
salir del mar, cual súbita montaña,
y de la eternidad dejando el seno,
arrojarme hasta aquí la voz del trueno?

«Así lo quiere Dios!... Un tiempo fuera
que entre los hombres fui; toda mi gloria
en mi nombre no más se cifra entera,
y un mundo es el libro de mi historia;
es de inmortalidad Colon bandera,
y es América un templo de victoria!...
Pero basta, por Dios!... Español eres;
yo soy... quien fui! Recuérdalo, si quieres.

«Pasó mi tiempo, y descendí á la tumba;
de los siglos sobre ella sentí el paso,
y el són opaco que en sus alas zumba
me hizo temblar en el mortuorio vaso;
y al través de la negra catacumba
miré su panorama por acaso...
y brotó sangre mi ceniza helada,
y salió un ¡ay! del fondo de mi nada.

«¡Cinismo!... ¡ingratitude!!... ¿No era bastante
que en el vario palenque de la vida
lidiasen contra mí, solo y errante,
cual roca entre la mar embravecida,
de mi siglo la cólera ignorante,
la voz del fanatismo parricida,
y la envidia y raquílicas pasiones
de pechos que no tienen corazones?...

«¿Harto tampoco fué que al hemisferio,
que profético ví sobre las olas
y arranqué á las tinieblas del misterio
al són de las trompetas españolas,
de civilizacion fecundo imperio
(que mi ciencia y mi fé mostraron solas)
mi nombre dar vedárame el destino,
único premio á tal portento digno?...

«¿No bastó que un falaz aventurero
los que yo abriera atlánticos dinteles
con la punta implacable de mi acero,
el rumbo señalando á los bajeles,
óse insano decir que halló el primero,
disputando á mi frente sus laureles,
y que fábula ruin, y gente estraña
usurpen en mi prez la prez de España?...

«¿No era sobrado aun, que al viejo mundo
un mundo virginal dando aquel día,
y á la Cruz un imperio sin segundo,
y á mi Rey una inmensa monarquía,
cual torpe reo, cual cautivo inmundo
de mi carro triunfal yo caeria,
que fueran de mi gloria las canciones
del ferrado eslabon los ágrios sonos?...

«¡Nada de esto bastó!... Preciso era
que tras la envidia y todos sus furores,
que hicieron de mi espléndida carrera
copa de hiel engalanada en flores,
prueba sufriese aún mucho mas fiera,
el dolor sin igual de los dolores,
lumbre del alma, caos del sentido,
losa de maldicion... en fin, *olvido*.

«¡Olvido... ingratitud!... Pues si resuena
mi nombre, ya famoso entre la gente,
es porque el eco de mi paso aun suena
sobre el roto quicial del Occidente.

Mas... ¿dónde está la dulce cantilena,
el obelisco de marmórea frente?...

¿Do la página, el signo, la memoria,
dónde el recuerdo, pues, de tanta gloria?...

«¡Oh, cuanta falsedad! ¡Cuanta amargura
cifra la decepcion del hombre acerbo!...

Dios bien hace en cerrar la sepultura
de la mundana orgía al són protervo!
Pero así es la humana criatura,
siempre su corazon del mal es siervo!...
Por eso ¡ay! de sus cábalas testigo,
tanto insigne varon llora conmigo.

«¡Qué eternidad tan triste! Dios, empero,
de su justicia inmensa en los arcanos,

tan torpe olvido condenó severo,
 y á mi sombra tendió sus fuertes manos:
 y así cual yo por bárbaro hemisfero
 su nombre hice adorar á ídolos vanos,
 él permite llenar con mis portentos
 la tierra, el mar, las nubes y los vientos.

«¡Omnimoda bondad!... Héme un instante
 en presencia del siglo, humilde bardo.
 Y qué ¿no habrá una trompa resonante
 que al Pindo alce á Colon, sin vuelo tardo?
 ¿No habrá un Maron, un Camoens, un Dante,
 que beba el santo fuego en que yo ardo,
 y arranque al Dios, en épicos furores,
 de la inmortalidad las sacras flores?...

«¡Qué! En el país de los recuerdos de oro,
 cuna de honor, alcázar de victoria,
 altar del génio y del valor tesoro,
 foco de inspiracion, solio de gloria,
 donde su Eden fijó el ardiente moro,
 y es un poema colosal la historia,
 dó todo es fé, heroismo y sentimiento...
 ¿no vibrará una lira con mi aliento?...

«En esta tierra de ilusion y flores,
 tan rica de entusiasmo y poesía,
 que al són de populares trovadores
 lanza ardiente do quier su fantasía;
 aquí, donde son vates los pastores
 y es todo idealismo y armonía;
 aquí, que el bien y el mal, la risa, el llanto
 surgen del sér en inspirado canto...

«Aquí, donde las auras orientales
 son de pasion dulcísimos lamentos,
 y en éxtasis de ardor meridionales
 dá el corazon sus cuitas á los vientos,
 y suspira el dolor en los raudales,
 y la noche se queja en sus concentos,
 y habla la Creacion de luz y aroma,
 mágico, dulce y virginal idioma...

«Aquí, donde el rumor de la cabaña,
 y el doliente balido del cordero,
 y el eco vagabundo en la montaña,
 y los trinos campestres del jilguero,

y de la lid la nota, ébria de saña,
y del Patriarca rudo el canto fiero
crearon con su inmensa melodía
de España la radiante poesía...

«Aquí, donde cantó el *divino Herrera*,
y *Leon* bebe el Apolíneo vaso,
y brilla *Lope* en sin igual lumbrera,
y da vida á las selvas *Garcilaso*;
dó, entre otros mil, con inmortal carrera
la roja cumbre hollaron del Parnaso
el cisne de Lepanto, el bravo Ercilla,
la prez eternizando de Castilla?...

«Oh!... No es posible: no. Fué un tiempo duro,
en que á la voz del fanatismo ciego
abrumó al génio el anatema impuro,
y ahogó noche letal el sacro fuego;
mas ya no ha de volver. Radiante, puro,
del hombre triste al doloroso ruego,
brilla sobre la tierra un nuevo día
y vuelve en sí á su luz la patria mia.

«Y enjuga de sus párpados el llanto,
y se temple el dolor de sus heridas,
y recoge en los pliegues de su manto
las flores de su frente desprendidas;
y de harto lloro en pos, con frágil canto,
eco lejano de esperanzas idas,
saluda al astro... y con sublime hazaña
torna á ser lo que fué... la grande España.

«¡Cuán hermosa ocasion!... Suelta á los vientos
el eco audaz del arpa abrasadora;
siéntate de mi tumba en los fragmentos
y pide al patrio amor su fuego ahora;
y en sencillos y límpidos concentos,
cual una historia mágica y sonora,
canta á las gentes el supremo caso
que al hombre un mundo dió, y al sol ocaso.

«Canta la prez radiante y peregrina,
la varonil, la espléndida belleza
de la ínclita Isabel, sacra heroína
que del seno inmortal mora la alteza;
su inmenso corazón, su alma divina
comprendieron mi heróica proeza,

y trocando en aceros los joyeles
sus florones tejió con mis laureles.

«Y canta los bizarros paladines
de arrogancia y valor preclaros soles,
los mejores del globo en los confines,
los rayos de Jehováh... los españoles!...
pues del golfo sin luz bravos delfines,
del mal venciendo las horrendas proles,
y el Océano hiriendo con su espada,
vieron salir un mundo de la nada.

«Y canta á España, perla sin mancilla
que sola entre los pueblos fué conmigo;
y la cruz embrazando de Castilla
sólo en el triunfo á Dios llevó consigo;
cuando ya de Alhamar la maravilla
guardada de su orífama al abrigo,
estiendo en torno la flagrante vista,
percibe un mundo más... vá, y lo conquista.

«Canta!... ¿qué esperas? Y el triunfal sonido
donde quiera vibrando, á las naciones
llenará de su voz, su torpe olvido,
y de hinojos verán tantos blasones.
¡Bardo tímido, sus!... Yo te convido,
yo, que habito entre espléndidos varones:
yo!... Cristóbal Colon!... el mortal solo,
que un mundo al hombre dió, y al mundo un polo!...»

V.

Vocacion.

Ya torna el día!... Mis ojos
hiere la radiante luz...
miro en torno... y ya las sombras
plegaron su húmedo tul,
y abren las tempranas flores
sus corolas de tisú.

Canta la plácida alondra
 mecida en un abedul,
 y el río, el verjel, los montes,
 en alborozo común,
 al ver al rey de los astros
 lanzar su carro hácia el Sur,
 dejando el lecho de nácar
 en los mares de Estambul,
 alzan la salva inefable
 que nadie comprendió aún,
 de incógnitas armonías,
 de eterna solicitud.

Ya no es de noche!... Con ella
 de mí todo ha huido; sus!...

¡Y todo ilusion ha sido!

¡todo sueño!... ¡Impía luz!...

Mas poco importa; mi pecho,
 por magnética virtud,
 vibra como arpa armoniosa
 herida por el simoun.

Y ese mágico fantasma,
 creacion del seno azul,
 hijo del rayo y del trueno,
 sembró en mí tal inquietud,
 que me arrastra loco y ciego
 como el viento á pluma ó tul.

Su voz, con eco infinito,
 suena en mi oído, según
 sonó en Sinaí la trompa
 á los hijos de Jehú.

Y esa vision deslumbrante
 perdida en el ampo azúr,
 es para mí como el Lábaro
 de celeste pulcritud
 que Jehováh envió otros días
 al campeón de su Cruz.

Y ese arcano, esa quimera
 que no tiene nombre aun,
 ese sueño todo fiebre,
 esa sombra toda luz,
 que fascina el alma mia
 con su eléctrica virtud,

y que deja en mí un recuerdo
grande, eterno, cual ningun...
me pone! misero bardo!...
en las manos el laúd.

VI.

Plegaria del poeta.

Voy á cantar, en fin. Cedo al destino.
Yo, débil trovador, con loco anhelo,
al de los héroes claro Eden divino
remontar oso el deslumbrado vuelo;
y si al tocar su alcázar cristalino
víctima caigo de mi audacia al suelo,
bendeciré mi afán, si esta caída
abre á otros más felices la subida.

Mas no insensato, en altanera pompa,
mi númen vestiré de épicas flores,
ni profanando la sagrada trompa
tonos querais que ensaye atronadores:
quiero tan sólo que en mi labio rompa
el modesto cantar de mis mayores,
al que su inspiracion dieron sencilla
los bardos patriarcales de Castilla.

Pues deseo que el pueblo castellano
en su tranquilo hogar lea mi historia,
y al atractivo de su estilo llano
la tome sin sentir en la memoria;
que la diga á sus nietos el anciano
cual perdurable tradicion de gloria;
que el labrador la cante en los oteros
y en el mar los alegres marineros.

Mi canto es popular. La sábia gente
no ha menester mi crónica sencilla,
que habla, no más, humilde y vehemente,
á los leales pueblos de Castilla;
para que en boca de su honrada gente
por campo y plaza, de ciudad en villa,
á los siglos trasmitan una hazaña
que á Colon eterniza y á mi España.

¡Colon!... Héme ante tí!... Mira... y perdona
que el pensamiento eleve hasta tu altura;
si el genio no, mi corazon me abona,
y si frágil mi voz, tambien es pura;
de tu flagrante y sin igual corona
un destello inmortal en mí fulgura,
y acuérdate al mirar mi parasismo
que tú sólo eres digno de tí mismo.

Nada ambiciono para mí. En el canto
la inspiracion que enciende el alma mia
á España la consagro; ¡ídolo santo,
luz de mi amor, de mi entusiasmo guía!...
El númen ella fué de tu quebranto,
con ella fuiste hasta do muere el día:
así, al trovar tu inmarcesible historia,
de ella celebro al par la inmensa gloria.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO I.

LA MANO DE DIOS.

ROMANCE I.

Pasos del tiempo.

En la misteriosa vía
de amarguras y esperanzas
que Dios ha marcado al hombre
en la tierra solitaria,
por donde, apenada siempre,
la humanidad frágil marcha
tras el porvenir escelso
que contempla en lontananza,
cuéntanse supremas horas
que, brotando de la nada,
cual palanca del destino
la faz de los orbes cambian.
Horas que, al pasar ligeras,
con buril eterno graban,
por siempre jamás escriben

inmensa y marmórea página
en el album infinito
de la universal creanza.
Y al huracán semejantes
que abate en su furia brava
el alcázar y la choza,
y el cedro como la caña,
así los imperios hunden,
las naciones así arrastran,
y entre ayer y hoy determinan
la eternidad por distancia.
En la huella de los siglos
tended sino la mirada,
y rasgad del tiempo viejo
la tiniebla centenaria.
Y hallareis entre sus pliegues,
en misterios embozadas,
y vagando incomprensibles
cual heróicos fantasmas,
esas horas sin medida,
de la historia fases vastas,
esas épocas sin fondo,
edades del mundo varias,
que del terrenal camino,
cual titánicas pilastras,
nos enseñan de las gentes
la inmensurable jornada.
Porque, semejante al hombre,
la existencia de la raza
edad tras edad se forma,
y edad tras edad se acaba.
Y tiene días de júbilo
y noches tiene de lágrimas,
instintos que la dan vida
y dolencias que la matan.
Y los tránsitos intensos,
las metamorfosis mágicas
que de niño le hacen jóven
y que su existencia cambian;
son las horas sin medida
que pueblos y gentes gastan,
y que arrancan como el Noto

el palacio y la cabaña;
 son las épocas sin nombre
 que, surgiendo de la nada,
 entre ayer y hoy determinan
 la eternidad por distancia.

ROMANCE II.

La senda providencial.

Hubo un tiempo, en que los hombres
 al mezquino resplandor
 de mal comprendida ciencia
 ó fanática... ilusion,
 pensar y creer pudieron
 que la humanidad veloz
 iba al azar caminando,
 sin antorcha ni timon.
 Por eso en su torpe orgullo
 al ídolo del error
 llamaron *materia*, *acaso*,
fatalismo... ¡qué sé yo!...
 Por eso entonces no vieron,
 en universal vision,
 á la gran familia humana
 ir junta del bien en pos.
 Y aislada por montes y ondas,
 vieron á cada nacion
 sin lazos ni movimientos,
 cual huérfana, bajo el sol,
 ó como un ciprés plantado
 en el centro de un panteon,
 que vegeta solitario
 sin fruto, aroma, ni flor.
 ¡Estéril filosofía!...
 ¡vanidad!... ¡degradacion!...
 Mas aquel tiempo ya es ido,
 y ya no ha de volver, no;
 y pueblos, tribus y razas
 cuantas ilumina el sol,
 cual hijos todos de un padre,

sólamente una grey son,
que por fraternales vínculos
unidos de eterno amor,
llevan en perenne ruta
su providencial mision.
Y cada cual á su tiempo,
y todas con fé y valor,
hacen su vez en el mundo
en variada condicion,
por la senda que les traza
la sábia mano de Dios;
la mano de Dios... que apenas
del cieno al hombre sacó,
le reserva altos destinos
y es su pródigo tutor.
Y si antaño la ignorancia,
llevada de altivo error,
reducir pudo la historia
á menguado cronicon,
la santa luz de la ciencia
nos muestra á los pueblos hoy
en inmenso panorama
que mueve el dedo de Dios.
Y en sacerdote y filósofo
truécase el historiador,
que de polo á polo abarca
con sus ojos y su voz;
y al hombre y al mundo copia
su pincel abrasador,
y es su libro el libro sacro
de la fé y de la razon,
que no admite el fatalismo
ni ve aislado un pueblo ó dos;
la humanidad es su héroe,
su fé la mano de Dios.

ROMANCE III.

Cadena.

Así las horas supremas,
las crisis intensas, vastas,
que al huracan semejantes,
todo en su furor lo arrastran;
que trastornan las naciones,
los imperios despedazan,
y abren fases en la historia
y en el mundo enormes páginas;
son los pasos infinitos
que en la tierra solitaria
da la humanidad entera
en su inmensurable marcha.
Y forman una cadena
invisible y encantada,
cuyos vastos eslabones
son los siglos y las razas.
¡Venid!... Vereis bien remoto
al Macedon con su espada
abrir una nueva ruta
á la Grecia, ya bastarda;
y en el seno de un imperio
que surge bajo su planta,
salvar los ricos tesoros
de la inteligencia humana,
al través de la tormenta
de corrupcion y de insania
que abatió á los vencedores
de Platea y de Micala.
¡Venid!... y vereis á Roma
hacer la fortuna esclava,
y del Capitolio sacro
hacinar sobre las aras
los arcanos que el egipcio
debió al Caldeo y al Brama,
y los prodigios supremos
que en su genio acopió el Atica;

y cual única lumbrera
 mantener vivo en las almas
 civilizador el fuego
 desde Hesperia á Escandinavia.
 Y en pos mirad de Alarico
 las armipotentes razas
 caer desde el rudó polo,
 cual inmensa catarata,
 sobre la ciudad eterna,
 que, al sentir su huella bárbara,
 se convierte en humo y sombra,
 y el mundo despues naufraga.
 Mas en tanto cataclismo,
 victorioso sobrenada
 de un pescador Galileo,
 la barquilla solitaria.
 Y ella cobija la fuente
 de salud y de esperanza,
 que del porvenir humano
 las semillas puras salva.
 Por eso el bélico arecta
 del Líbano ardiente baja,
 y alzando su voz de trueno,
 la Cruz profética embraza.
 Y de su feudal marasmo
 Europa á su acento salta,
 y al són de marciales trompas
 en Salem su lauro planta.
 Pero ¡ah!... ved á las naciones,
 que al rumor de las batallas
 de sus señores se olvidan,
 y acuérdanse de sus lágrimas.
 Y empiezan la lucha entonces
 las ideas y las armas,
 la usurpacion y el derecho,
 y la fuerza y la palabra.
 El espíritu del hombre
 rompe audaz la antigua traba,
 y abrasado en fiebre loca,
 en inmensa lid se lanza.
 Como si la vieja Europa,
 tras diez siglos de ignorancia,

con nueva sangre quisiera
renovar su antigua rabia.
Y cual simbólica sierpe
que deja su piel gastada,
y sale al sol revestida
de nuevo matiz la escama;
así parece que el mundo,
del feudalismo en las ansias,
por línea traza un abismo
entre ayer y entre mañana.

ROMANCE IV.

La nueva edad.

Fermenta la antigua Europa,
que es del mundo el corazón,
en voraz fiebre latente,
y en afán abrasador.
El espíritu del hombre,
cansado de lo que huyó,
siente hervir en sus abismos
la potente inspiración.
Y ante los humanos ojos,
con magnífico arrebol
alborean horizontes
de algún porvenir mejor.
Y cual si la trompa oyera
del Apocalipsi atroz,
todo es bátrito y terrores,
remembranza de Nembrod.
¿No visteis del campamento
la terrible animación
en víspera de un combate
por la vida y el honor?...
Pues la sociedad humana
así apréstase veloz
con ideas y palabras,
con la sangre y el furor,
para la inaudita lucha |
donde va á decidir Dios

si ha de vegetar estulta,
 ó ir á su emancipacion.
 La ignorancia, el fanatismo,
 que por siglos de terror
 cubrieron de luto el orbe
 que en su oprobio se durmió:
 los dolores que los pueblos
 ó un estúpido señor
 le debieran cual tributo
 de barbárie y maldicion,
 y otras muy añejas cuitas,
 tiemblan al sordo rumor
 de la tempestad inmensa,
 que trae lo mano de Dios.
 El siglo es de duelo á muerte,
 y de ruina ó salvacion;
 para campo de batalla
 no es bastante un mundo, no.
 Gigantes serán los hombres,
 será heroismo el valor,
 brotará el génio do quiera,
 mil prodigios verá el sol.
 Abre Guttemberg un cáuce
 fecundo, arrebatador
 al humanal pensamiento,
 que en él se arroja veloz.
 Y cruza el viento cual ave,
 y el mar cual ténue vapor,
 y por libertad clamando,
 pone al mundo en combustion.
 En Castilla, el comunero
 (sin dicha, mas con honor),
 lidia por la ley del *hombre*
 contra la ley del *señor*.
 Y al par que el hijo de Gante
 apaga en sangre su voz,
 de teocracia insolente
 abate el negro complot.
 Y en la ciudad coronada
 planta el imperial pendon,
 al grito de «¡Cierra, España!»
 de Castilla el vencedor.

Estraviada en su ardor fiero
 la inteligencia precoz,
 brota de su ardiente caos
 sacrilego innovador,
 que hace de un impulso noble
 cínica abominacion,
 que se hundió en un mar de luto
 desde el Rhin hasta el Tirol.
 Álzase el primer Francisco
 rival del emperador,
 y de su nombre en Pavía
 ve morir por siempre el sol.
 Mahoma en Lepanto encuentra
 ángel exterminador,
 y el Gran Gonzalo eterniza
 do quiera el nombre español.
 Do quiera vayan los ojos
 la fiebre y la lucha son,
 y hombres de inmortal grandeza,
 y cosas de eterna pró.
 Allí la Germania enluta
 religiosa colision;
 de Europa el cetro en Italia
 se disputa tentador.
 Aquí el trono que en la Alhambra
 siete siglos fulguró,
 caer mira hecho pedazos
 Boabdil de su llanto al són.
 Y en el Africa encendida
 los paladines de Dios,
 sobre Oran y Túnez alzan
 su estandarte vencedor.
 El califa del Profeta
 tiende su bárbara hoz,
 y amenaza al arca santa
 con sacrilego furor.
 En la lid del pensamiento
 tampoco hay horrores... ¡Oh!...
 la filosofía lucha!
 sentencia la Inquisicion.
 Las ciencias brotan coloscos
 de su seno creador;

y cantan eternos bardos,
 que alzan su frente hasta el sol.
 Copérnico y Maquiavelo,
 de Sorrento el trovador,
 y Scalígero y Erasmo
 Lulio, Garay y Newton;
 Rafael, que al cielo usurpa
 las delicias del Señor,
 y el supremo Miguel Angel
 infinita creacion.

Y el génio, que en todas partes
 su fuego inflama veloz,
 y la fiebre de los pueblos,
 y el volcan del corazon,
 la aurora anuncian del dia
 grande, regenerador,
 que á la humanidad gastada
 el dedo envia de Dios.

En esta época infinita
 de lid y emancipacion,
 todo es grande, inmenso todo,
 providencial, creador;
 los hombres y los sucesos,
 la virtud, la corrupcion,
 las catástrofes, los triunfos,
 la verdad como el error.

Que el siglo es de lucha á muerte,
 y de ruina ó salvacion,
 y á la humanidad triunfante
 no le basta un mundo, no.

ROMANCE V.

Mision.

Y entonces sobre ella tiende
 su dedo en un punto Dios,
 y grande entre las grandezas
 surge un gigante... Colon.
 Y otra vez en los espacios
 su mano agita el Señor,

y al hombre pródigo abre
 no ya un mundo, sino dos.
 Que solo en un siglo inmenso,
 y en horas de eterna pro
 ser debió el hombre mas grande
 que jamás alumbró el sol.
 Y solo en dias supremos
 de estro regenerador,
 pudo ese hombre dar al hombre
 una nueva creacion.
 Que entonces sonar hacia
 el providencial reloj,
 una de esas grandes horas
 de ruina y de salvacion;
 de esas épocas sin nombre
 que á la humanidad veloz
 edad por edad llevando,
 fases de su historia son,
 y de niña la hacen jóven,
 siempre de alto fin en pos,
 y á la sociedad alumbran
 cual faro de redencion.
 Y son, pese al fatalismo,
 y al acaso y al error,
 el coloso y el portento
 obra del dedo de Dios.

CAPÍTULO II.

LA AURORA DE ESPAÑA

ROMANCE VI.

Luna eclipsada.

Siete siglos han corrido
desde el triste día aquel
que se hundió el imperio godo
en los llanos de Jerez.
Siete siglos de heroísmo,
de inaudita lid también,
que nunca los tiempos vieran
ni la historia dió al pincel.
Setecientos y mas años
ha que la española grey
en pro desnudó la espada
de su patria y de su fé.
Y que el padre lega al hijo,
y el hijo al nieto, á la vez,
por herencia centenaria,
una lanza y un laurel.
Pues si en el sangriento Lete
se perdió el ramo postrer
de la estirpe de Ataulfo,
víctima de hado cruel,
allí no se hundió del godo

el regio, invicto pavés,
 ni la Cruz cedió por siempre
 á las lunas de Ismael.
 Que pronto el Astúr insigne,
 bajo el pendon de la ley,
 en las nómadas montañas
 agrupó su gente fiel.
 Y en Covadonga triunfante
 la página abrió primer
 del libro de las victorias,
 que edad tras edad despues,
 con la sangre de las Navas
 y Clavijo, escrita fué
 por la espada fulminante
 de cien héroes y otros cien.
 Verdad es, que España toda,
 del vándalo al leonés,
 era un campo de batalla
 y un mar de sangre tambien;
 y que el grito de la guerra,
 y el estruendo del arnés,
 por largos, muy largos dias
 de vario y febril vaiven ,
 trágicos acompañaban,
 cual grito de horror cruel,
 del niño el primer vagido,
 del anciano el ¡ay! postrer.
 El buen Cid, que al mundo asombra,
 reinos regala á su Rey,
 y Guzman, antes que padre,
 hombre y héroe y mártir es.
 Y el mundo en aquellas eras
 tambien asombrado ve
 al Cantábrico monarca,
 como al Conde Burgalés,
 los Alfonsos y Fernandos,
 y al Abarca y Berenguer,
 clavar la bandera santa,
 terror del muslim soez,
 (al són de triunfales cantos
 llena de palmas la sien),
 en los muros de Antequera,

de Almanzor en el broquel,
 en los campos de Simancas
 y en el mirahb cordobés.
 Y miran hoy, que ha trazado
 del mundo en la redondez
 siete centenarios giros
 del tiempo el bárbaro pié,
 de la Alhambra rubicunda
 en el fuerte minaret,
 tremolar la cruz de España
 los campeones de Isabel.
 Que si el hijo de Favila
 la página abrió primer
 del libro de las victorias
 con la espada de la fé;
 al cabo de siete siglos,
 desde el triste día aquel
 que cayó el último godo
 en los campos de Jerez,
 una reina de Castilla
 la obra santa cierra en él
 con la historia que lamenta
 del moro el último Rey.
 De España así eternizando
 la gloria, el Dios y la ley,
 rinde ante la Cruz por siempre
 á las lunas de Ismael.

ROMANCE VII.

Una patria, un Dios y un Rey.

Mustios van á sus desiertos
 los vencidos musulmanes,
 por última vez mirando
 de la Alhambra los adarves.
 Porque el castellano cetro
 rige de Sublancia á Gades,
 y á su sombra do quier se alzan
 de Dios los santos altares.
 Y no hay Zegrís, ni Gomeles

que vencer en los combates,
 ni con quien cruzar la espada,
 ni afrontar los estandartes.
 Y los ínclitos monarcas,
 y sus héroes inmortales,
 en Granada ufanos gozan
 la alta prez de sus afanes.
 Granada, ramo florido
 bajo espléndidos fanales;
 perla virginal, perdida
 entre las conchas de jaspe;
 piélago de luz cuajado
 sobre nacarados valles,
 cuyas playas son vergeles,
 y por naos tiene alcázares;
 ilusion de mil colores
 que, entre rosas y arrayanes,
 al són misterioso vaga
 de las auras orientales!...
 Granada!... aliento del día,
 áurea creacion del aire,
 inspiracion de la gloria
 y sacro ideal del árabe;
 ciudad de ardientes historias,
 ciudad de mágicas artes,
 de poéticos perfumes,
 de encanto inmenso, flagrante,
 que con su aureola de flores,
 y su manto de raudales,
 y sus minaretes de oro,
 y sus cúpulas de encaje,
 es ramo en cristal florido,
 perla entre conchas de jaspe,
 mar de oro en lecho de flores,
 y santo Eden de los Arabes.
 Y los ínclitos monarcas
 y sus héroes inmortales
 en ella el triunfo celebran,
 galardón de sus afanes.
 Porque el castellano cetro
 rige de Sublancia á Gades,
 y el nombre español se eleva

prepotente, inmensurable.
 Mirad!... El rústico estado
 que en los riscos de Sobrarbe
 de Jimon los fuertes hijos
 fabricáran con su sangre,
 y creció fiero á la sombra
 del laurel de Roncesvalles,
 hasta ser emporio altivo
 de Sanchos, Pedros y Jaimes;
 y el reino de Iñigo Arista,
 que en sus límites salvajes
 estrellar hizo invencible
 los Califas y los Césares;
 y la tierra hereditaria
 de los Condes catalanes,
 y los feudos y coronas
 de pretéritas edades,
 en magnífica amalgama
 todos victoriosos yacen,
 de Isabel y de Fernando
 so el oriflama radiante;
 y de su triunfal corona
 es floron muy rico Nápoles,
 y palmas en ella tejen
 Berbería y Baleares.
 Y si la ruda Alpujarra,
 en sus fuertes soledades,
 otra vez por el Profeta
 desnuda asiático alfanje;
 y si en torpe bandería
 osan ávidos magnates,
 de sacrílegas discordias
 atizar la hoguera infame;
 y si de la Francia ilusa
 quiso un Rey, con necio alarde,
 contra la razon de España
 señor de Italia llamarse,
 hubo un Gonzalo, un Pescára
 y otros bravos capitanes,
 que de España invictos fueron
 el glorioso baluarte.
 ¡Edad ínclita!... ¡La gloria

su luz santa en ella esparce,
 porque el castellano cetro
 de Sublancia rige á Gades.
 Y tras siglos tenebrosos
 de lágrimas y de sangre,
 la aurora de España luce,
 el sol de Castilla nace.

ROMANCE VIII.

El sol del porvenir.

Y es el crepúsculo ardiente
 que anuncia en hora benigna,
 á la España que renace,
 bello y magnífico un día.
 Pues al fin de siete siglos
 de batallas y conquistas,
 desde las tumbas del Lete
 á las palmas granadinas,
 ya se alza potente y fiera
 la española monarquía,
 como alcázar opulento
 que los huracanes pisa.
 Obra secular, inmensa,
 creacion árdua, inaudita,
 de impertérritas edades,
 de horrores y maravillas,
 que con los sangrientos trozos
 de la nuestra herencia antigua,
 arrancados á lanzadas
 de las manos enemigas,
 día á día, y palmo á palmo,
 fué do quier reconstruida
 con su fé, sudor y sangre,
 por los hijos de Castilla.
 Y los mantos y diademas
 de confusas dinastías
 que brillaron sobre gentes
 en nombre y solaz distintas,
 son universal trofeo

de la alianza magnífica,
 que hace de mil pueblos uno,
 de cien patrias una misma,
 Que no hay duques en Cantabria,
 ni condes hay en Castilla,
 ni hay emires en Toledo,
 ni hay en Córdoba califas.
 No hay más Rey que el Rey de España,
 más pendon que el de Castilla,
 ni más altar que el de Cristo,
 ni más nacion que una misma.
 ¡Patria de gloria, que en medio
 de la Europa estremecida,
 cual palma triunfal se eleva,
 pujante, hermosa, magnífica!...
 ¿Qué has de hacer de tu heroísmo,
 de tus armas no vencidas,
 si Europa ante tí enmudece
 y tiembla el Africa herida?...
 ¿Dormiránse tus campeones
 al són de alegres cantigas,
 ó bajo de inertes lauros
 vas á marchitar tu vida?...
 ¿Malograrás la pujanza
 que en tu seno audaz respira
 y los inmortales frutos
 de tus seculares lidias?...
 Esa vencedora espada,
 ¿ha de estar sobre tu cinta
 en ocioso y negro olvido,
 cual rota, estéril reliquia?...
 ¿Tu mision quizá llenaste
 de la tierra por las vias?...
 ¿De tí no hay nada ya digno?
 ¿Nada el porvenir te brinda?...
 ¡Oh!... ¡Sí!... ¡Sí!... Porque la aurora
 de poder, grandeza y dicha,
 en el horizonte eterno,
 para España hermosa brilla.
 Y sonó la hora suprema
 de marchar con planta invicta
 de la prepotencia humana

á la cumbre desmedida.
 Y el dedo de Dios la lleva
 en su inescrutable línea,
 á ser el fanal del mundo,
 de los siglos á ser guía,
 y carro de la victoria,
 y de las grandezas cima,
 de inmortalidad lumbrera,
 de los orbes maravilla.
 Pero ¿dónde el astro luce
 de esa esperanza dulcísima?...
 ¿Do se abre la senda hermosa
 que tan alta prez convida?
 Apártese el viejo mundo
 con sus ya caducas fibras;
 no hay en él altas empresas
 del valor de España dignas.
 ¡Fuera, pues! Un mundo virgen,
 una creacion mirífica,
 un hemisferio encantado,
 una tierra sin mancilla,
 un prodigio, en fin, asombro
 de la humana fantasía,
 mágica intuición del genio,
 de Dios revelación inclita;
 una hazaña inmensurable,
 una proeza infinita,
 más audaz que el pensamiento,
 más grande que el alma misma,
 esa es, y no más, la obra
 que Dios á España destina,
 y la pro digna tan solo
 de los hijos de Castilla.
 Porque para el mundo llega
 uno de esos grandes días,
 de esas épocas sin nombre,
 de esas crisis sin medida,
 en que la humanidad marca
 en su gigantesca vía
 un paso que, inescrutable,
 de jóven la cambia en niña,
 y que son vital misterio

que el dedo de Dios designa
 para que el hombre en la tierra
 llene su mision altísima.
 Porque es uno de los siglos
 en que Dios á un pueblo grita:
 «¡Adelante!» y en sus fuerzas
 pródidos arcanos libra.
 Y cual nuncio de altos fines,
 la aurora santa le envia
 del poder y de la gloria,
 luz del porvenir magnífica.
 ¡Aurora inmortal de España
 en los horizontes brilla;
 y el hado gritó: «¡Adelante!»
 y en ella altos fines cifra,
 y á la humanidad confusa
 de enseña sirviendo y guia,
 va á hacer dar un paso inmenso
 en su senda desmedida,
 y á sellar con su grandeza
 una crisis infinita,
 de esas que en la tierra al hombre
 la mano de Dios envia.
 ¡Aurora inmortal!... ¡Luz santa,
 cuya virginal sonrisa
 anuncia á España, naciente,
 magnífico, inmenso un día!

CAPITULO III.

1436.

RECUERDOS DE LA PATRIA.

ROMANCE IX.

El solar paterno.

¡Italia! el pais sagrado
de la inspiracion y el genio,
que cifra cuanto en la tierra
hay de grande, ilustre y bueno;
la que dió cuna á Virgilio,
y del Dante animó el eco,
y del arte y de la ciencia
salió el tesoro en su seno;
la que el imperio del mundo
sujetó á su carro excelso,
y de Grecia y de Bizancio
heredó el legado egregio...
¡Italia!... la tierra ilustre
de los Fabios y Marcelos,
faro de la luz humana,
de la gloria sumo templo...
¡Italia! mansion divina
do posó el radiante vuelo,
para iluminar los orbes
con la luz del Evangelio,
el águila del apóstol,

que se alzó sobre los pueblos,
 nuncio de salud y gloria,
 desde el Gólgota sangriento:
 Italia, pues, esa patria
 rival del Eden supremo,
 es también la patria mía
 y el hogar de mis abuelos.
 En Génova me dió cuna
 pobre, pero honrada, es cierto;
 y fueron, ya que no ilustres,
 mis padres, prez de los buenos.
 Con el trabajo fecundó
 de sus manos subsistiendo,
 alegremente sumisos
 así al fallo del Eterno,
 en sus modestos umbrales
 eran huéspedes perpétuos
 la dulce paz de la vida,
 del alma pura el silencio.
 El afán de su esperanza,
 el casto amor de su lecho
 quiso en su bondad copiosa
 bendecir piadoso el cielo.
 Yo fui del tronco florido
 el primer vástago nuevo:
 ¡sentir creo de mi madre
 en mi frente el santo beso!...
 ¡Mi madre!... ¡Casta paloma,
 ser adorable y angélico,
 hermosa como la rama
 que de flores cuaja el céfiro!...
 ¡Vaso colmado de aromas,
 flor de los valles sin vientos,
 fuente entre rosas de nácar,
 aura mecida en los huertos!
 ¡Madre mía!... ¡Y tú, mi padre,
 de toda bondad modelo,
 hijo digno de tu patria,
 digno hermano de tu pueblo!...
 Recibid este homenaje
 de santo y leal recuerdo,
 que en mi corazón sentido

puro por siempre os conservo.
 Y si allá en la mansion alta
 do gozais del justo el premio,
 de los míseros humanos
 hallan los suspiros eco,
 de vuestro doliente hijo
 haced que algun ángel bueno
 presente el ¡ay!... desolado
 á las plantas del Eterno.

ROMANCE X.

La Reina del Golfo.

¡Génova, rival gloriosa
 de Venecia, la encantada,
 perla en las ondas flotante
 sobre la concha de nácar!
 ¡Génova, el emporio rico
 de las grandezas itálicas,
 de los reinos de Anfitrite
 la señora y soberana;
 cuyas ínclitas banderas
 hasta las remotas playas
 llevan sus hijos audaces,
 con el cetro de las aguas!...
 ¡Génova, la ciudad noble,
 la soberbia bien llamada,
 fuerte en la paz y en la guerra,
 insigne en artes y en armas;
 la bella, la esplendorosa,
 que al borde del mar sentada
 silfa argentina parece
 que en sus espumas se baña!
 ¡Génova, que desde el centro
 de su golfo contemplada,
 brinda al espíritu absorto
 con mágico panorama,
 que en anfiteatro inmenso,
 de gradacion suave y varia,
 desde la arena de aljófar

á las nubes de oro se alza!
 ¡Génova, la que el mar besa,
 la de cúpulas doradas,
 la de palacios de jaspe,
 la de los templos de plata;
 la de las naos veleras,
 la de los ínclitos nautas,
 la plebeya Señoría,
 la noble republicana!...
 Y con sus frescos vergeles,
 y con sus cien columnatas,
 con su alfombra cristalina,
 y con su dosel de grana
 y con sus niñas hermosas,
 cuyos amores abrasan,
 y con los dones y encantos
 que allí los cielos derraman,
 es el solar de los míos!...
 ¡Salud á mi hermosa patria!...
 ¡Conmigo, venid, curiosos,
 del mar al medio en mi barca,
 para mirarla de lejos
 cual aparición fantástica!
 ¡Vedla en el seno tendida
 de una concha de esmeralda,
 vestida de resplandores,
 de verdura coronada!
 ¡Vedla surgir vaporosa
 desde el seno de las aguas,
 cual cisne de airosas plumas,
 cual delfín de áureas escamas,
 semejante á una hermosura,
 que en la ribera acostada
 deja besar á las olas
 su regia y bizarra planta,
 alzando el manto de encaje
 que orlas de aljófar esmaltan!
 El mar azul á la bella
 trémula y frágil retrata
 en volubles espirales
 de insondable lontananza,
 y riza sus capiteles,

sus alcázares esmalta,
 y borda su perspectiva,
 con ilusiones prismáticas,
 que naciendo unas de otras
 en ondulaciones raudas,
 brotan, crecen y se estinguen
 frescas, versátiles, claras,
 al són y al compás del golfo
 alhagado por las auras,
 que se lleva en cada pliegue
 una de ellas á la playa.
 ¡Venid al mar!... y vereisla
 descollar gigante y blanca
 de mástiles entre un bosque,
 que dan al viento sus flámulas,
 y sobre un monte de naves,
 de nombre y aspecto varias,
 que en sus líquidos umbrales
 tesoros rinden por párias.
 Ya oís del marino alegre
 la cantinela lejana,
 el murmullo de los remos,
 del puerto ardiente la salva,
 de los que llegan el grito,
 el clamor de los que marchan,
 y los ecos de cien lenguas
 de África, y Europa, y Asia.
 Y veis pintorescos trajes
 de naciones apartadas,
 y los frutos y preseas
 de estraños climas y razas;
 y en fin, un conjunto inmenso
 que la fantasía exalta,
 espectáculo sublime,
 decoracion encantada!...
 Esa es Génova, la hermosa,
 la soberbia bien llamada,
 ese el solar de los mios...
 ¡salud á mi dulce patria!...

ROMANCE XI.

Un escolar de Pavia.

Pasada la edad primera
en el paternal asilo,
llegó el presuroso día
de hacer la razón su oficio.
Ella me impulsaba ardiente
de las letras al camino;
mas atajábame el paso
la pobreza de los míos.
Porque su antigua fortuna
devoró el furor indigno
de la guerra, que hizo yermo
el lombardo suelo rico.
Y aunque á la mar se arrojaron
lentos de honradez y brio,
para restaurar su suerte...
se les hizo el hado esquivo.
Mis buenos padres, no obstante,
con sublime sacrificio,
quitando el pan de su boca,
y mermando su vestido,
dieron colmo á mi deseo,
abriendo á la luz mi juicio
del saber, que es para el hombre
lo que para el campo el río.
Pavía me abrió sus aulas,
y aspiró allí el pecho mío
de las ciencias el ambiente,
de entusiasmo y gozo henchido.
Y de sus hombres ilustres
aprendí en vasto ejercicio
de Cicerón las grandezas,
los portentos de Virgilio.
Y medir del viejo mundo
ví los límites facticios,
y de la naturaleza
sondear arcanos magníficos.

Al espacio me lanzaron
 del éter enrojecido,
 donde los astros entonan
 de la Providencia el himno.
 Pero allí mi pobre ingénio
 al dintel del infinito,
 se anonadó ante el Potente,
 de su luz cayendo herido.
 Que cierren cuantos no crean
 de la vana ciencia el libro,
 y fijen una mirada
 en el dosel cristalino.
 Y al contemplar de los astros
 el imperturbable giro,
 y esos mil mundos de fuego
 que flotan por el vacío,
 en armonioso conjunto,
 en orden eterno y fijo,
 á la noche dando gala
 y al día prestando brillo,
 partiendo las estaciones,
 de su aéreo curso al filo,
 y rigiendo de la tierra
 el gigantesco artificio;
 al mirar las maravillas
 que en sí atesora ese Olimpo,
 ante quien la mente humana
 es un átomo mezquino,
 que respondan, si se atreven,
 los míseros descreídos,
 los filósofos menguados,
 sin corazón, sin instinto,
 los que elaborais abortos
 estériles, negativos,
 porque sin la fé es la ciencia
 campo de espinas y abismos:
 cread una flor... ¡dementes!...
 parad una estrella, ¡míseros!...
 ¡Ved la obra del Eterno,
 y ante ella caed conmigo!

ROMANCE XII.

El primer Adios.

Ya el barco en el mar se mece
dado al viento el lino audaz,
y llama con su bocina
al marino el capitan.
Flota en el tope del mástil
de Anjou la enseña ducal,
á la sombra cobijado
del pendon de mi ciudad.
A Nápoles va la escuadra,
que las sendas de cristal
por el golfo deslumbrante
rompe con quilla fugaz.
Los bravos aventureros,
mal habidos con la paz,
allí rigiendo sus naves
cantando en la proa van.
De gloria y botin ganosos,
por el conde Provenzal
blandir el acero quieren,
y rey lo saludan ya.
Tambien yo partó con ellos,
que me llama ronco el mar;
de la muerte y de la gloria
peregrino voy detrás.
Y veo en los horizontes
una cosa colosal,
y secreta voz me dice
que despues hay algo más.
Y no tengo otra fortuna
que mi brazo y libertad,
ni otra herencia, sino el golfo,
ni otra suerte que mi afan.
Ancianos son ya mis padres,
han hecho por mí de más...
es una deuda sagrada
sostener su última edad.

Y aunque el corazon se parte
 al salir del dulce hogar,
 donde á la infancia sonrie
 la pura felicidad;
 donde aquellas blancas horas
 de dulcísimo solaz
 é inocentes alegrías
 de recuerdo celestial,
 al hombre triste deparan
 en el mundano linder
 la única y breve ventura
 que no se olvida jamás;
 aunque se arrasan mis ojos,
 y mi voz se anuda ya
 al salir desde la calma
 débil á la tempestad,
 ¡ánimo, corazon mio!...
 Dios conmigo allí estará.
 ¡Madre del alma, no llores,
 no me llores, por piedad,
 con ese entrañable llanto
 que baña tu augusta faz!
 ¡No digas, por Dios, que nunca
 á verme ya volverás!
 ¡No mates mis esperanzas!
 No repitas ese ¡ay!...
 ¡Padre mio... estoy de hinojos!...
 ¡Dejadme, señor, besar
 esas canas sin mancilla,
 y la bendicion me dad!
 ¡Estrechadme, hermanos míos!
 ¡Tambien, oh niños, llorais!...
 Ángeles sois en la tierra...
 Velad, pues, sobre este umbral!
 ¡Así!... ¡Todos á mi pecho!...
 ¡otra vez!... ¡no puedo más!...
 ¡esto es morir!... ¡ya es la hora!...
 ¡Al mar!... ¡Adios, patria!... ¡Al mar!...

CAPITULO IV.

1459.

MOCEDADES DEL MARINO.

ROMANCE XIII.

La honra del Pabellon.

Despues que alumno de Marte
y morador de Neptuno,
Parténope encantadora
me vió al frente de sus muros,
llevé á la africana orilla
de René el pendon augusto,
y el són de mis bombarderas
á Túnez heló de susto.
Por cierto, que en el desastre
mi gente alzada en tumulto
debió á mi astucia la honra
que al miedo inmolaba estúpido.
La galeota *Fernandina*,
segun algun nauta iluso,
para mí elegida presa,
reforzada de consuno
por tres vasos de gran bordo,
nos pone en mortal apuro.
La alarma de mi equipaje,
que forzó á variar el rumbo,
calmé, trocando á la aguja

de su inclinacion el punto.
 Y mintiendo, mal su grado,
 del iman el hondo influjo,
 aunque el riesgo de la vida
 era en el lance seguro,
 en vez de volver al puerto
 de vergüenza y pavor mudos,
 cual ciervos á quien los canes
 hacen dispersar confusos,
 tornaron como conviene
 del mar á los hombres duros,
 con su pabellon sin mancha
 y el rostro de rubor puro.
 Y ¡pardiez!... que si insensatos
 me hicieran llegar á lo último,
 volando mi bajel propio
 al viento en llamas y en humo,
 á su inescrutable afrenta
 yo diera en el mar sepulcro.

ROMANCE XIV.

La tierra de los dioses.

Hermosas playas de Grecia,
 de eterna ilusion tesoro,
 tierra de luz y de flores,
 emanacion del favonio;
 bella matrona dormida
 en brazos del Helesponto,
 que te mece con sus ondas
 y te arrulla con sus soplos;
 perfumado ramillete,
 flotante en medio del golfo,
 sobre canastillo fresco
 con randas de coral y oro,
 yo tambien pisé tus campos
 y entré en tus valles vistosos,
 tu ambiente aspirando en ellos
 de fascinacion y de ocio.
 Por tus misteriosos bosques

vagué pensativo y solo,
 bajo la sagrada sombra
 de los centenarios troncos,
 que en otros tiempos acaso
 circuían templo octógono,
 do la hecatombe ofrecía
 el sacerdote de Apolo,
 cuando la res coronada
 con las guirnaldas del Soto
 el cuello cándido diera
 al sangriento filo corvo.
 Subí al radiante Parnaso,
 del genio inmortal emporio,
 donde la sombra de Homero
 ceñido el laurel de oro
 hace aun vibrar la lira
 con suspiros melancólicos,
 que se pierden por las cumbres
 de sus horizontes rojos.
 ¡Grecia!... ¡mansion inspirada,
 mágico y divino solio
 de poesía y de gloria,
 de lo sublime y lo heróico;
 donde las hijas de Febo,
 de miel y leche entre arroyos,
 convierten con estro sumo
 en sabrosísimos tonos
 el murmullo de la fuente,
 del aura el ligero soplo,
 el rumor de la arboleda,
 el eco del valle sordo!
 ¡Grecia, cuyo verde Olimpo,
 allá en los tiempos remotos,
 por el néctar de los dioses
 vió regados sus contornos,
 cuando en las cumbres del Ida,
 Jove, respirando asombros,
 las esferas inflamaba
 con el rayo de sus ojos!
 ¡Grecia, patria inagotable,
 suelo venerando y pródigo
 del valor y la elocuencia,

de portentos y colosos;
 tierra de grandes recuerdos
 que nos fascinan á todos,
 y que á lo lejos miramos
 cual magnífico meteoro...
 Yo, aventurero y errante,
 corrí en devaneos locos
 en pos de tus hermosuras,
 codicia eterna del moro.
 Y en las grutas encantadas
 del Pelion, hallé dichoso
 flores de amor é inocencia,
 de aroma y de luz abortos.
 Y las vírgenes de Chio,
 en sus vergeles vistosos,
 de mis dulces fantasías
 fueron el plácido colmo.
 Horas de sueño y encanto,
 dias tan bellos cual prontos,
 primavera disipada
 en locura y abandono,
 pasásteis como la nube
 luminosa del otoño,
 como pasan en el mundo
 del hombre los sueños todos.

ROMANCE XV.

¡San Jorge!

¡Marineros, á la escota,
 y dad fuego á los cañones!
 ¡Zafarrancho, y á la vela!
 ¡Bogad, y viva San Jorge!
 Cuatro velas venecianas
 asoman al horizonte;
 ¡salgámoslas, pues, al paso,
 y Dios salve á los mejores!
 ¡Bravo, capitán!... De guerra
 tu bocina ya dió el toque,
 y ya el leon de San Márcos

á lo lejos te responde.
 ¡Adelante, mi galera,
 devora la mar salobre!...
 El enemigo está al frente,
 que te arrie sus pendones.
 Pareces batiendo el agua
 con cien remos uniformes,
 cual un ave gigantesca
 que en sus alas lleva un monte.
 ¡Animo, galera mia,
 con tus veteranos hombres,
 tus seis bombardas por banda,
 tus diez bancos de galeotes!
 El viento llena tus lonas,
 te arrullan del mar los sonos,
 el peligro es tu elemento,
 el honor tu claro norte.
 ¡Vuela, aborda la primera
 los adriáticos galeones,
 y la bandera Liguria
 clava triunfal en su tope!
 ¡El enemigo! ¡Sus!... ¡fuego!
 ¡Así!... ¡bien rujen tus bronces!...
 ¡Otra andanada, mi barca...
 hienda el mar tu voz enorme!
 Haz que al estruendo vibrante
 tiemblen los polos del orbe,
 cual de la leona suelen
 con el rujido los bosques.
 ¡Bien por mis valientes!... Sangre
 amiga y contraria corre,
 y las cándidas espumas
 esmaltan rojos festones.
 Y el ¡ay! de los mal heridos,
 á quienes nadie socorre,
 y el crujido de las vergas,
 del combate el duro azote,
 y los mástiles tronchados
 por los globos voladores,
 y que caen sobre los cascos
 como desplomadas torres,
 y el eco que el Océano

repite en cóncavos sónes,
 son la música terrible
 que en el truculento choque,
 al són de los vendavales
 y al compás de los cañones,
 convierte en gigantes férreos
 á los fuertes lidiadores.
 ¡Bizarra estás, mi galera!
 ¡Me place, pardiez, tu portel!
 á la tempestad pareces,
 que cuanto halla al paso rompe.
 Y de humo y llama sumida
 en torbellinos informes,
 eres un volcan errante
 de alientos abrasadores;
 ó ya cometa bermejo
 de las flagrantes regiones,
 cuyas crines son centellas,
 y cuyas chispas son soles.
 Lidia, pues, gallarda nao,
 y da razon de tu nombre...
 ¡Al abordaje, marinos!...
 ¡Cerrad, y viva San Jorge!

ROMANCE XVI.

Lucha de los gigantes.

La *Delfina* Veneciana
 con mucha y lozana gente,
 es esa ligera nao
 que á corta distancia vése.
 De Gádes viene cargada
 por soberbios mercaderes,
 y á Flándes el rumbo lleva
 con ricos frutos de Oriente.
 Por capitan de sus bravos
 trae á Laurencio Michele,
 que en el castillo de proa
 entona un canto de muerte.
 Nuestra altiva Capitana,

á quien da mi sangre un jefe,
 de la Almiranta enemiga,
 donde manda Monio fuerte,
 hizo abatir la bandera...
 «¡Adelante, mis valientes!...
 que ninguno de este día
 el laurel mejor nos lleve.
 ¡Ya está cerca!... ¡Ya las proas
 se tocan!... ¡Vira al sudeste!...
 ¡Garfios á babor!... ¡Atraca,
 y al asalto!... ¡Fuego al puente!»
 Así yo, desde el alcázar
 gritando á mis genoveses,
 un combate encender hago
 mortífero, armipotente.
 Amarradas ambas naves,
 como á un collar dos lebreles,
 que con mortal rabia intentan
 devorarse mutuamente,
 sólo unas frágiles tablas
 median entre sus andenes,
 y allí de una banda y otra
 se arrojan los combatientes.
 Y aséstanse sus puñales,
 y hacen rugir los machetes,
 y brazo á brazo pelean,
 y rostro á rostro se hieren.
 Caen al mar vivos los unos,
 y aun dentro de la onda verde
 luchan con furor asidos,
 en terríficos vaivenes.
 Otros dan á su contrario
 con fortuna atroz la muerte,
 y el cadáver (abrazándoles
 de la agonía en la fiebre)
 les arrastra, mal su grado,
 al abismo trasparente,
 y caen en la misma tumba
 el vencido y el que vence.
 Sucumben ciento, y al punto
 otros ciento allí aparecen,
 de nuevo furor henchidos,

cual tigres ante las sierpes.
 Y la escena á cada instante
 de horror y sangre renuévase;
 aquí sin piedad se mata,
 allí sin perdon se muere.
 Y aquel mal seguro paso,
 sangriento y fatal, parece
 sepulcro insaciable, hambriento,
 que en sangre y ceniza hierve,
 ó más bien senda espantosa
 sobre el abismo pendiente,
 tránsito lúgubre, eterno,
 do quien va una vez no vuelve.
 Semejan ambas galeras
 un par de inmensas serpientes,
 que enroscadas una á otra
 se trituran y se muerden.
 ¡Terrible choque! Entre tanto
 que en los tremebundos puentes
 la lid formidable dura
 horas largas y crueles,
 los flagrantes proyectiles
 el viento sin cesar hienden,
 y en el espacio se cruzan
 cual meteoros inclementes.
 Preñados de estrago y saña,
 sobre las naves se ciernen,
 caen, estallan y difunden
 en torno por el ambiente,
 rotos despojos humanos,
 fragmentos rojos é inertes,
 y despedazadas armas,
 y astillas de los trinquetes.
 Allá un cráneo, que murmura
 con su lengua fría y débil
 un fatídico alarido
 que ahogó en sus fauces la muerte.
 Allí un brazo que el acero
 con tenacidad sostiene
 entre los crispados dedos...
 acá un tronco se revuelve
 en aterradoras bascas

mutilado horriblemente.
 Uno gime, otro blasfema,
 escúchanse ayes crueles,
 nadie de nadie se cura,
 vencer ó morir se quiere.
 Y vencimos!... la galera
 de San Márcos ceja y cede...
 un incendio la devora,
 y á nuestras manos lo debe.
 ¡Ya crujen jarcias y entenas!
 ¡Oh!... ¡qué espanto!... Ambos bajeles
 con férreos lazos unidos
 apartarse ya no pueden.
 La conflagracion del uno,
 del otro es la comun suerte...
 y el volcan de la *Delfina*
 en la *Genovesa* prende.
 El fuego sube á las nubes,
 de humo y llama en su torrente,
 y da en el piélago tumba
 al vencido y al que vence.

ROMANCE XVII.

Vencidos y vencedores.

Ya no retumban á bordo
 los mosquetes fulminantes,
 ni crujen sobre los yelmos
 las hachas del abordaje.
 Pues marinos y soldados,
 sin color en los semblantes,
 arrojan lejos las armas
 y apagan la sed de sangre.
 Y buscan desesperados
 en medio al horrible cráter
 de salvacion un camino,
 en tropel fiero agitándose;
 se arrojan sobre el esquife
 á porfia los audaces,

y á puñaladas disputan
 un hueco en su seno frágil.
 Ni hay hermano para hermano,
 ni el hijo conoce al padre,
 que es el amor á la vida
 ciego, demente, salvaje.
 Otros, sin auxilio humano,
 corren locos por la nave,
 y venir ven á la muerte
 bajo cien horrendas fases.
 La llama, en tanto, devora
 palos, lienzos y cordajes,
 y por las escotas surgen
 hogueras inmensurables,
 que como purpúreas lenguas
 de desmesurados áspides
 do clavan su móvil dardo
 lo destruyen al instante.
 Hay quien á la mar se arroja
 fugitivo y delirante,
 como tabla de refugio
 buscando para salvarse
 del amigo ó del contrario
 el desangrado cadáver
 que sobre las aguas flota,
 y con gozo atroz le ase,
 hasta que con él al fondo
 se sumerge zozobranter...
 y sobre la espuma tornan
 lívidos los dos más tarde.
 Solo ya en mi *Genovesa*,
 que, á fuer de buen comandante
 dejar no quise hasta lo último
 del desesperado trance,
 habiendo, para salvarla,
 hecho con riesgos mortales
 prodigios de ánimo y fuerzas,
 todos, por desdicha, en balde;
 y viendo que de mis gentes
 quizá no existía nadie,
 de mí mismo, al fin, me acuerdo,
 y esclamo: «¡San Jorge, valme!»

Y osado me precipito
 á los desastrosos mares,
 al tiempo que mi galera
 salta en pavesas al aire.

ROMANCE XVIII.

La tabla de salvacion.

Cruzando triste y perdido
 las soledades del mar,
 va un náufrago por las costas
 sombrías de Portugal.
 Con brazo nervudo rompe
 el golfo airado y voraz,
 y salva de cien abismos
 la trágica inmensidad.
 Largo y penoso trayecto
 lleva atravesado ya,
 y la tierra está lejana
 y exhaustas sus fuerzas van.
 Lóbrega la noche viene,
 ronco amaga el huracan;
 no hay una vela en las aguas,
 ni en las costas un fanal.
 Socorro el mísero pide,
 rígido, casi mortal;
 y solo responde el eco
 de la vasta soledad.
 Voraces mónstruos le cercan
 como á su presa el chacal,
 y ya sus miembros inertes
 se rinden... no pueden mas!
 Ya se sumergió en las ondas,
 le tragó la eternidad...
 pero no.... que á un remo asido
 torna del cielo á la faz.
 Sobre el descarriado leño
 asentado el nauta vá
 á merced de las corrientes,
 cual un corcel montaraz.

Así repara sus fuerzas
 y huye del fúnebre umbral...
 Las playas ante él se alzan,
 y ya las toca... mas ¡ay!...
 que el piélago se embravece,
 estalla la tempestad,
 le cercan montes de espuma
 y le agobia el vendaval.
 Tan pronto á las nubes toca,
 en montañas de cristal;
 tan pronto el salobre abismo
 le absorbe en su cavidad.
 ¿Cómo resistir el triste
 el tráfago colosal
 de las aguas y los vientos,
 en su bárbaro desman?
 Su frente azotan las olas,
 le inunda lluvia glacial,
 el relámpago le ciega,
 le abrumba el viento tenaz.
 ¡Es una lucha grandiosa,
 espectáculo sin par
 el de la naturaleza
 contra un hombre en lid mortal!...
 ¡Vedle!... entre líquidos montes
 aun osa indócil luchar...
 mas ya no mireis... la sombra
 le envuelve en su densidad.
 ¡Terrible noche!... ¡Do quiera
 el soplo del huracan,
 el estallido del trueno,
 el són cóncavo del mar!...
 ¡Nada se vé!... Alumbra sólo
 un relámpago fugaz...
 y al brillo pálido y mustio,
 de la costa al cano erial
 arrojan las olas turbias
 en el reflujo tenaz
 un bulto inerme y confuso...
 y torna la oscuridad.

CAPITULO V.

1470.

LEYENDA DE AMOR.

LA CÔRTE DEL REY DON JUAN.

ROMANCE XIX.

La menina del monjil.

Es una plácida tarde
hácia mediados de abril,
y se hallan nuestros lectores
en perfumado jardín.
Le cercan altos tapiales,
sobre cuya cumbre grís
tiende la silvestre yedra
su solitario tapiz.
Elévase allá en el fondo
una fábrica no ruin,
con rejas y celosías
enramadas de alhelí.
Y al borde dos niñas se hallan
de un arroyuelo sutil,
hermosas ambas, mas una
es un tierno serafín.

Y visten ambas meninas
 honesto traje monjil,
 y tocas adórnán blancas
 su tez de nieve y carmin.
 En plática misteriosa,
 departen las dos allí,
 y despues de breve pausa
 la menos hermosa diz:
 —¡Tanto es tu amor!...

Y la niña

melancólica y gentil,
 dice, bajando los ojos,
 y encendido el rostro:

—Sí;

le quiero con toda el alma,
 te lo fio, Beatriz,
 y no sé lo que en mí siento,
 desde en el templo le ví.
 —¡Y lo callabas!

—Perdona...

ya te lo quise decir,
 mas la palabra en mis lábios
 ahogó el pudor femenil.
 Porque sólo, dulce amiga,
 revelar osára á tí,
 este doliente secreto
 que me obliga á hablar al fin.
 —Gracias, Felipa querida,
 bien haces fiar en mí,
 que diera yo mi ventura
 porque tú fueses feliz.

Y las dos bellas se abrazan
 con efusion infantil,
 cual dos palomas amantes,
 mecidas en un jazmín:

—Y ¿quién es? ¿cómo se llama?

—¿No has visto algun día, dí,
 en la iglesia un caballero
 de aspecto grave y gentil,
 mirada facisnadora,
 rostro curtido en la lid,
 sembrado de rubias pecas

el ovalado perfil,
 á quien espresion y gracia
 dá la aguileña nariz
 entre la blonda guedeja,
 cuyo radiante matiz
 una que otra hebra de plata
 empieza á bordar sutil,
 merced precoz de alto ingenio,
 de alma que sabe sentir;
 un conjunto haciendo, en suma,
 carísima Beatriz,
 plácido y majestuoso,
 modesto al par que gentil,
 y en quien misterioso luce
 un rayo inmortal, en fin?...
 Pues ese es el huésped... ese
 es... ¡ay! ¡ya comprendes!...

—Sí!...

¿Quién es?...

—Lo ignoro.

—Y él sabe...

—Desde el coro al infeliz
 le escucho tantos suspiros,
 fija su mirada en mí,
 sobre el corazon la mano
 puesta con ánsia febril,
 que acaso le hayan mis ojos
 en amoroso deslíz,
 dicho lo que nadie que ama
 es tardo en notar ni oír.

—Dama de la ilustre sangre
 de Pallestrello y Moñís
 ¿y si tu madre condena
 ese amor?... ¿Si valadí
 la cuna del extranjero
 fuese, por tu mal?... ¿Si, al fin,
 se obstina en que ante las aras
 esposa de Dios...

—¡Beatriz!...

—Comprendo...

—Quien cual yo ama
 ha de triunfar, ó morir.

—Cuenta conmigo.

—Eso quiero.

—¿Qué quieres que haga por tí?...

—Del convento eres tornera,
y puedes...

—No mas decir.

—La oracion.

—Vamos al coro.

—Ya soy menos infeliz.

Y ambas hermosas cruzando
las veredas del pensil,
su plática continúan
hasta llegar al confín,
y por el pórtico entran,
cerrando detrás de sí
mientras el místico bronce
su són eleva al cenít.

ROMANCE XX.

¡Ténganse al Rey!

Desde la escena ignorada
de las dos hermosas niñas,
en la opulenta Lisboa
han pasado algunos dias.
Pero en cierta opaca noche
de la primavera rica,
cerca de la madrugada
y en una calle sombría,
aparece un embozado
por poterna clandestina,
que el convento de los Santos
tiene en sus cercas altísimas.
Al salir de los umbrales,
tiende alrededor la vista,
y mira si hay luz alguna
en rejas ó celosías.
Por fin, en marcha se pone,
y dirígese á la esquina
que cabe el postigo forma

un callejon sin salida.
 Pero al cruzar por delante
 de la angosta travesía,
 un hombre se le interpone,
 que le dice:—En guardia y tira!
 —Hidalgo,—nuestro embozado
 con sosiego le replica,—
 si es de buena ley el lance,
 ¿qué quereis de mí?...

—La vida.

—¿La razon?...

—Yo la sé.

—¿Solo?...

—Y vos.

—Yo!... No á fé.

—Mentira.

—¡Eso á mí!... ¡pardiez!... Riñamos...
 y Dios al mejor asista.

Y así diciendo y haciendo,
 á la espada de su cinta
 pone presurosa mano,
 cierra con su antagonista,
 y da y quita cuchilladas
 con tal fuerza y valentía,
 que hace saltar del acero
 sonoro raudal de chispas.
 Bien que su torvo adversario
 tampoco es ningun gallina,
 y los tajos menudea,
 y es largo de mano y vista.
 Uno de ellos al soslayo
 á nuestro embozado atina,
 y al punto su ardiente sangre
 tiñe la anteada ropilla.
 Ni un ¡ay! exhaló... Tan sólo,
 arrojando la esclavina,
 cae sobre el enemigo,
 y le acosa y le fatiga.
 Y haciéndole cejar luego,
 y perder tierra en seguida,
 en el callejon cerrado
 entra con él ciego de ira.

Y ya de su extremo cerca
la punta á fondo le envia,
del pecho á la espalda abriendo
una senda enrojecida.

Cayó aquel desventurado
sin decir: «¡Ave Maria!...»

El vencedor retrocede,
mas la ronda ante sí mira;
la ronda, que por el ruido
del combate allí atraída,
—«¡Téngase al Rey!» apostrofa
al matador de la víctima,
con corchetes y guardianes
atajando la avenida,
y gritando con pavora:
—¡Den favor á la justicia!!

Pero el matador apecha
con la lúgubre gavilla;
y á este tomo, al otro dejo,
á uno aturde, al otro crisma.
Rasga la piel al preboste,
á un alguacil le alguacila,
y se les va de las manos
y de sus uñas se libra.
Y en tanto que nuestro héroe,
porque no sigan su pista,
se torna á entrar del convento
por la oculta puertecilla,
se quedan con el difunto
los fariseos y escribas,
que al olor de sangre acuden,
cual las aves de rapiña.

ROMANCE XXI.

El señor Preboste.

La estrepitosa aventura
circula de boca en boca,
y á la mañana siguiente
no hay quien la ignore en Lisboa.
Celebran los valentones

con algazara y chacota
 los chichones y singultos
 de la asendereada ronda.
 Pero lo que más ocupa
 á la gentecilla ociosa
 es que el Rey registrar manda
 el convento de las monjas.
 Porque refieren que ha visto
 cierta dueña quintañona,
 que á un ventanillo alevoso
 husmeando estaba curiosa,
 penetrar por el postigo
 al autor de la camorra,
 como alma del otro mundo,
 fugitivo y á deshora.
 Y la familia del muerto
 don Lope Ferrao de Souza,
 que en la córte portuguesa
 fortuna y privanza goza,
 está empeñada en vengarse,
 y á su destemplanza fosca
 la inmunidad del sagrado
 profano el poder viola.
 Grande escándalo se mueve
 entre las gentes devotas,
 y los amigos de ruido
 y novedades la logran.
 El convento de los Santos
 es la novela de moda,
 y se imaginan dislates,
 y necesidades se glosan.
 Cércanlo vagos corrillos,
 y desde calles remotas
 á ellos acuden las gentes
 como á una funcion de boda.
 Que el vulgo es un niño eterno,
 cuya fantasía loca
 hace á la par un juguete
 del carnaval y la horca.
 Ya suenan los atabales
 con voz compasada y ronca,
 del tercio del prebostazgo

y los gremios de Lisboa.
 Y mientras los concurrentes
 cual golfo inquieto se azoran,
 y corren de un lado á otro,
 y se magullan aposta,
 y ya á las rejas se suben,
 ya en un guarda-canton montan,
 la estúpida comitiva
 en el atrio desemboca.
 A coces y mosquetazos
 ábrese paso la tropa,
 porque con gente menuda
 así se cubre de honra.
 Dos filas de arcabuceros,
 con acicaladas cotas
 y un centenar de ballestas,
 en la placeta se forman.
 Luego con treinta ginetes,
 y bandada predatora
 de pálidos ministriles
 el señor preboste asoma.
 En nombre del rey intima
 á la muy noble priora
 franquear las puertas del claustro,
 al són de pregon y trompa.
 Y como nadie contesta,
 en cólera el sayon monta
 y jura del monasterio
 hacer una nueva Troya.
 A su señoría opinan
 varios autores de nota,
 que un cintarazo aun le escuece
 del *occiput* á la corva,
 que endosó de buena mano
 á su fidalga persona
 el malandrín pendenciero,
 sin sol, sin luz y sin moscas.
 Así es que, de cuando en cuando,
 bufa, pone cara fosca,
 y no dejar vivo un muerto
 por ó rey don Joao, vota.

ROMANCE XXII.

Abnegacion.

Mientras el preboste aturde
 las afueras del convento,
 grande confusion y susto
 reina entre las monjas dentro:
 cual suele entre las palomas
 solitarias del otero,
 cuando al pacífico albergue
 amaga el milano hambriento.
 Mas donde llega á lo sumo
 la impresion del mal suceso,
 es en la rústica ermita
 del parque del monasterio,
 donde dos novicias bellas
 y un bizarro caballero
 en esta guisa platican,
 con sobresalto y secreto:

UNA.

¡Oh!... ¡no saldreis!...

EL CABALLERO.

Fuera mengua
 la cara negar al riesgo;
 mejor es morir...

ELLA.

¡Dios santo!
 ¡me horrorizais!... No: primero
 piérdase todo.

ÉL.

¡Angel mio!

ELLA.

¿Qué me importarán, si os pierdo,
el porvenir, la fortuna,
la sangre y el mundo entero,
y la vida, en fin?...

ÉL.

¡Hermoso
corazon, tesoro célico
de ternura y heroísmo
y de amor sublime ejemplo!...
¿Y pudiera yo, cobarde,
comprar mi salud, al precio
de vuestro honor?... ¡nunca!... ¡nunca!..

ELLA.

¡Cómo, pues!...

ÉL.

Si aquí me quedo,
si vienen esos menguados,
y me encuentran...

ELLA.

Escondeos.

ÉL.

¡Vive Dios!... mas perdonadme,
si ofendí vuestro respeto;
me proponeis la deshonra...
y digno de vos ser quiero.

ELLA.

No hay salvacion.

ÉL.

¡Oh! dijeran
que huía, ¡pardiez, de miedo!...
¡No; retiraos! dejadme
que me pierda sólo, al menos.

ELLA.

Imposible.

ÉL.

Si conmigo
os hallasen... ¡me estremezco!
mancillaran los villanos
el brillo del honor nuestro.
Y si salgo de estas cercas,
frente á frente y cuerpo á cuerpo
salvo así vuestro decoro,
y el lustre del monasterio.

ELLA.

¡Vais á la muerte!

ÉL.

¿Y qué importa
al que blasona de bueno,
cuando por las damas muere?

ELLA.

Basta... ¡qué horror!... no consiento.
Peligre mi honor... él sólo
salvará el de mi convento,
y á vos tambien. Que murmure
quien tenga corazon seco;
que digan que fuí liviana;
¡sea, pues!... el justo cielo,

mi dignidad, mi inocencia
 me escudarán; yo lo espero.
 Y la idea de que evito
 un crimen al vulgo ciego,
 y de que por mí estais salvo
 y el santo lugar ileso,
 me harán oír con orgullo
 del mundo los vituperios,
 y á mi sacrificio amante
 dará galardón inmenso.
 ¡No saldreis!

ÉL.

¡Cielos divinos!...
 ¡Idos, por piedad!... no puedo
 consentir desdicha tanta...
 ved que los dos nos perdemos.

ELLA.

Libre está el paso... no os privo
 de salir, mas os advierto
 que tras de vos también salgo...
 ¡vamos del rey al encuentro!...

ÉL.

¡Oh!... ¡no más, mujer sublime
 que me estais enloqueciendo!
 por mí os perdeis... os admiro
 y adoro en vos... ¡ay! empero,
 todo es inútil!...

ELLA.

Direisme
 que una vez convicto y preso,
 la vindicta de las leyes
 caerá sobre vuestro cuello,
 sin que basten á impedirlo
 mi abnegación y mi esfuerzo.

ÉL.

¿Y eso es verdad?...

ELLA.

¡Dios lo sabe!...

La muerte con vos acepto.

ROMANCE XXIII.

Palabra de caballero.

Sin que nuestro buen hidalgo
 á la heróica ternura
 de la acuitada doncella
 dar pueda respuesta alguna,
 aparécese á la entrada
 de aquella morada rústica,
 doña Beatriz, de súbito,
 algo aturdida y confusa.

—Ven, Felipa, ven al punto;
 (dice la novicia rubia),
 la priora está en tu celda,
 y por do quiera te busca.
 Para este mal caso tiene
 la comunidad ya junta...
 las dos tan sólo faltamos,
 mi camarera lo anuncia.
 Ven á su encuentro conmigo,
 y el ardid el lance encubra;
 porque si aquí viene, todos
 nos perderemos, en suma.
 Colon, de este santuario
 y del bosque en una gruta
 mora el austero eremita;
 id allí... y Dios nos dé ayuda.

DOÑA FELIPA.

Yo no le abandono.

COLON.

Juro
no salir de esta clausura,
ni á los trances de las armas
poner mi vida...

DOÑA FELIPA.

¿Lo juras?...

COLON.

Por mi fé de caballero,
por tu amor... parte ¿qué dudas?...
Doña Beatriz, llevadla,
alejaos con presura,
¡huid de mí!...

DOÑA BEATRIZ.

¡La campana!...
¡van á venir!...

COLON.

Es locura
perderos así... y perderme...
cedo por piedad.

DOÑA FELIPA.

¡Oh angustia!...

DOÑA BEATRIZ.

Que vuela el tiempo.

COLON.

Señora...

si no cedeis á esta súplica
voy á salir del convento,
y á entregarme al rey.

DOÑA FELIPA.

¡Oh... nunca!...

COLON.

Partid, pues.

DOÑA FELIPA.

Pero tu vida...

COLON.

La conservaré segura.

DOÑA FELIPA.

¿Me das tu fé?

COLON.

A todo trance.

DOÑA FELIPA.

Si mueres... me abres la tumba.

ROMANCE XXIV.

Hermano sin hermandad.

No atreviéndose, entre tanto,
el preboste portugués
á echar al suelo las puertas,
consultado tiene al rey.
Esperando está respuesta,

y disponiendo á la vez
 los precisos menesteres
 para ejecutar su ley.
 Y cuando más enfrascado
 se encuentra en tal somaten,
 un corchete se aproxima
 con cierto misterio á él.
 Hablan aparte, y al punto
 dirigen ambos el pié
 al postigo solitario
 que describimos ayer.
 Allí están de vigilancia
 dos ministriles ó tres,
 pues saben que por donde entra
 se puede escapar el pez.
 Llego el preboste, se apea,
 y dice junto al dintel:
 —Aquí estoy, y de paz vengo,
 abrid, y sea por bien.

Y una voz ronca y cascada
 desde dentro del cancel,
 le repone:

—¿Venís solo?...

—Solo.

—¡El mensaje sabeis...

—Sí.

—¿Y estais pronto?

—Adelante.

—¿Hablais de veras?...

—¡Pardiez!...

—¿Nadie con vos?

—¡Fray Canuto!...

—Juradlo por Dios.

—Amen.

Y se abre el porton pausado,
 y dentro se deja ver
 un venerable eremita
 encorvado de vejez.
 Áspero sayo le cubre
 de la cabeza á los piés,
 y la sombría capucha
 su rostro oculta tambien.

El preboste impetuoso
 apenas abierto ve,
 échase dentro, y la puerta
 cierra el padre detrás de él.
 Y echa andar el pobre fraile
 por las calles del verjel,
 y paso á paso le sigue
 el preboste portugués.

ROMANCE XXV.

Trasformaciones.

Dentro de la agreste celda
 del venerable ermitaño,
 están Colon y el preboste
 cara á cara y mano y mano.
 Aquel de arrojar acaba
 al suelo el místico sayo,
 y el portugués le contempla,
 tamañito, estupefacto.
 Sombrío y glacial silencio
 media entre los dos un rato,
 hasta que de rabia henchido
 prorumpe al fin el fidalgo:

PREBOSTE.

¡Ira de Dios... Ya lo entiendo!
 ¡Esto á mí!... Traidor! Villano!

COLON.

Las injurias allá fuera,
 aquí lo que importa al caso.

PREBOSTE.

¡Dáos al rey!...

COLON.

Estais loco...
y me hareis reir, al cabo.

PREBOSTE.

Sois criminal.

COLON.

Y vos necio
á más no poder.

PREBOSTE.

¡Los hígados
he de sacaros!...

COLON.

¿A dónde
os vais así?...

PREBOSTE.

Por mis bravos.

COLON.

¡Já, já, já!

PREBOSTE.

¡Si aquí tuviera
mis treinta piés de caballos!...

COLON.

Dejadlos estar...

PREBOSTE.

De rabia
estoy hecho un dromedario.

COLON.

Dejémonos de simplezas;
ménos palabras, y al grano.

PREBOSTE.

¡Así se engaña á un biznieto
de los Pereiras y Vascos,
Ponte do Mar y Noroña,
más que el mismo rey hidalgo!...
¡Casi, casi yo debiera
no daros perdon!...

COLON.

Dejadlo.

Por lo demás, señor mio,
nada nos debemos ambos.
Yo estoy solo, vos con ciento,
y siempre en lances tamaños
el ardid contra la fuerza
y la ley del buen soldado.
Y acabemos, por Dios vivo,
y sea en paz.

PREBOSTE.

¿Me hablais alto?

COLON.

Como quien soy.

PREBOSTE.

Nada escucho,

sois mi prisionero... vamos.

COLON.

Aquí no hay ni rey ni Roque,
sino dos hombres barbados
que juegan á muerte ó vida.

PREBOSTE.

Un duelo aquí!...

COLON.

Aquí no hay campo
ni aire, ni luz... A más de eso
daria ruido y escándalo,
y todo ello es cabalmente
lo que de evitar yo trato.

PREBOSTE.

¿Y bien?...

COLON.

Menos que un combate
exijo de vos.

PREBOSTE.

Veamos.

COLON.

Quiero vuestro arnés.

PREBOSTE.

¡Por Cristo!...

COLON.

Y á dármelo vais.

PREBOSTE.

¡Yo!...

COLON.

Exacto.

PREBOSTE.

¡Favor al rey!...

COLON.

¡Miserable!...

Si dais otra voz, os hago
saltar al aire los sesos...
¡silencio, pues!

Y entre tanto,
poniéndole un pistolete
al portugués sobre el cráneo,
que era llegada su hora
hizo creer al cuitado.
Y Colon, este momento
de estupor aprovechando,
á la arriesgada aventura
quiso dar felice cabo.
—El arnés (prosigue fiero),
ó aquí los dos acabamos.—

Y tal fué el ademan torvo
y el són imponente y cóncavo
de la sangrienta amenaza,
que dió al traste con el ánimo
del portugués, ya por cierto
mohino y mal trecho hartó.
Y empezó á desbaliarse,
y aunque así de vez en cuando
lanza algunos resoplidos
y á Colon mira de lado,
como este entonces muy sério
le apunta á boca de jarro,

sigue el mísero su espolio
 desde las grevas al casco.
 Pero es fama que juraba,
 al descuido y por lo bajo,
 no comer pan á manteles,
 ni peinarse los mostachos,
 en desagravio y venganza
 de los Noroñas y Vascos,
 hasta no hacer en Lisboa
 una de *pópulo bárbaro*.

ROMANCE XXVI.

A paz y á salvo.

El día va concluyendo,
 y antes que venga la noche,
 por la angosta callejuela
 asoma el señor preboste.
 En su corcel caballero
 se presenta á su cohorte,
 con la visera calada
 y á estrepitoso galope.
 Con ademan altanero
 forma sus gentes en órden,
 y al són de roncás trompetas
 la marcha con ellas rompe.
 Y el público, que esperaba
 un espectáculo enorme,
 con un palmo de narices
 se queda y emprende el trote.
 Y en tanto, al alcázar regio
 dirígese nuestro hombre,
 para dar cuenta al monarca
 de su campaña disforme.
 Deja ante el pórtico estrecho
 los ginetes y peones,
 y echando pié á tierra, él solo
 de puertas adentro rompe.
 Mas no toma la escalera
 que va á los regios salones,

sino que del patio cruza
 los desiertos corredores.
 Y deslizándose aprisa
 porque el terreno conoce,
 por un pasadizo angosto
 que el palacio á través corre
 y cuyas sombras no estinguen
 melancólicos faroles,
 una puerta que dá al campo
 gana, y se interna en un bosque.
 Una vez allí, se sienta
 del profundo Tajo al borde,
 y el bélico arnés se quita,
 y en las aguas luego arrójale.
 La luna rasga una nube
 y alumbra su rostro entonces,
 pero ya el mismo declara
 quién es á nuestros lectores.
 —Colon... ¡sério ha sido el lance!...
 (dice entre sus reflexiones.)
 Salvé, al fin, su honor... y al cabo
 cumplí cual valiente y noble.
 Y echa andar, y de Lisboa
 entra por los callejones,
 murmurando alegremente:
 —¡Buen lance, señor preboste!

ROMANCE XXVII.

Tórtola aprisionada.

Melancólica y cuitada
 en su virginal retiro,
 la enamorada novicia
 ve pasar dias tristísimos.
 Muchos la niña ha contado,
 muchas lágrimas vertido,
 desde aquellos duros trances
 de su amor fatal principio.
 Entonces, al fin, hallaba
 casta expansion su cariño

en las pláticas nocturnas
 de su doncel bien querido;
 cuando amor hurtando horas
 del cláustro al reposo frío,
 le traía á los verjeles
 como el agua al ciervo herido.
 Aquello pasó, y ahora
 sólo tiene por alivio,
 verle desde la azotea
 vagar triste y fugitivo;
 y nada mas... aunque entrambos
 se idolatran con delirio,
 y se pierden sus miradas,
 y se estinguen sus suspiros.
 Mas la esperanza es un árbol
 que, en el corazón nacido,
 los abrojos trueca en flores,
 y el llanto cambia en rocío.
 Así transcurren los días
 monótonos, desabridos,
 ella triste y solitaria,
 él desolado y proscripto.
 Y seis meses de tormento
 voraz, perenne, sombrío,
 pasan también... y él y ella
 siempre amantes... siempre míseros!...
 Y la novicia muy pronto
 debe en el altar de Cristo,
 por el velo inviolable
 cambiar la toca de lino.
 Y ella gime, y él lo sabe,
 y en insondable conflicto
 van días y vienen días,
 y llega el plazo temido.
 Todo entre los dos en breve
 ha de acabar, es preciso;
 ¡ay, desdichados amantes!...
 ¡ay, malogrados cariños!

ROMANCE XXVIII.

La última ronda.

Es media noche; en el coro
 escúchanse los maitines,
 que al són del clave pausado
 entonan de Dios las vírgenes.
 Solitario está el contorno
 que iglesia y convento ciñe,
 y reina solemne calma
 en aquellas horas tristes;
 y por las limpias vidrieras
 de las bordadas elipses
 de las lámparas, el templo
 tibio resplandor despide.
 Y del cántico salidas
 dando á los ecos sutiles,
 las armonías sagradas
 subiendo al cielo se estinguen.
 Del convento la silueta
 hundida en las sombras grises,
 hace creer á lo lejos
 que aquellos sonos sublimes,
 perdidos y misteriosos
 del éter vago en los lindes,
 son el eco de las arpas
 de los bellos serafines.
 Una cosa así medita,
 si la apariencia no finge,
 un embozado, que apenas
 so el pórtico se distingue.
 Llegó hace rato... y escucha
 de las salmodias monjiles,
 pegado al umbral del templo,
 el són... y su alma se oprime.
 Entonce una voz adentro
 oye de angélico timbre,
 un versículo sagrado
 cual el mágico ¡ay! del cisne;

y entonces el caballero...

—«¡Es ella!... (esclama) infelice!

Esa es su voz, que al Eterno

dulcísima se dirige,

y de su alma dolorida

la melancolía esprime!...»

Calla... y el clave sonoro,

mientras el cuitado se aflige,

tristísimas melodías

vibrando en el éter sigue.

—«Es ella!... ¡y he de perderla...

para siempre! ¿Y es posible

vivir sin su amor, y el mundo

ser mi desierto sin límites?...

Más vale morir!»

Y el coro

evapora el ritmo triste

de una bíblica plegaria,

y á su són las auras gimen.

—«Estos lóbregos quiciales,

estos muros inflexibles

se alzarán mañana entre ambos

como fúnebres confines!

Y jamás tornaré á verla...

¡Oh, qué idea tan horrible!...

¡y se irán cual humo y sombra

las ilusiones felices!...

¡Miseros los dos!...»

Y queda

suspenso, porque percibe

una cántiga en el templo

de mágia plácida, insigne.

Y no es el múltiple coro,

sino el eco de una vírgen,

que en doliente cantilena

á la Madre de los tristes

cuenta el dolor de su alma

cual un moribundo cisne.

El penado caballero

cae de hinojos al oírle,

y ardiente lágrima surca

sus mejillas varoniles.

ROMANCE XXIX.

Dos embozados.

—¿Quién va?... esclama el caballero,
poniendo al estoque mano,
saliendo de sus tristezas
y oyendo próximos pasos.

Y dos ó tres á una sombra
que se acerca tambien dando,
se pone en guardia, y repite:

—¡Atrás, pues, el embozado!

—¡Imprudente!... (le contesta...)
¡nos vas á perder!...

—¡Hermano!...

—Vámonos de aquí.

—Imposible,
ó he de morir, ó la salvo.

—Locura...

—Estoy pronto á todo;
oye...

—Es en vano.

—¡Insensato!

—Mañana en el ara santa
me la roban los tiranos...
¡jamás!... ¡jamás!... Me enloquece
ese pensamiento infausto,
y siento estallar mis venas
y el corazon en pedazos!

—Pero ¿qué hacer?...

—En el templo
voy á penetrar osado.

—¿Y despues?...

—Entrada presta
un panteon al coro bajo...
luego Dios dirá.

—Abandona
ese proyecto... es aciago.

—Calla y parte.

—¡Qué! ¿no hay medio
de hacerte ceder?

—No.

—¡Júralo!

—Por jurado, y adelante.

—Pues perdámonos entrambos.

—¿Cómo pues?...

—No te abandono.

Donde tú caigas, yo caigo.

—¡Así quiero yo á los míos!...

¡Por ella y por mí los brazos!...

Y abrázanse tiernamente,

y despues, con entusiasmo,

se dicen el uno al otro

estrechándose las manos:

—Bartolomé... ó suyo, ó muerto!

—¡Prudencia, Cristóbal, y ánimo!

—¡A España, pues!...

—Vé por ella,

que yo voy por los caballos.

Y envolviéndose en su embozo,

echa andar á paso largo,

mientras el otro penetra

sin ruido en el templo vasto.

Y es cosa de media noche,

y está el confin solitario,

y no se oyen ya en el coro

clave, ni monjas, ni salmos.

ROMANCE XXX.

Plaza á su Alteza Real.

Es la aurora; y no hace mucho,

si no mienten ojos listos,

que en la sombra atravesaron

dos ginetes el camino.

Del convento de los Santos

tambien cuenta algun maligno,

que ha oido hace poco tiempo

crujir el ferrado quicio.

Y alguna vieja refiere

que aquellos desconocidos

llevan de mano una jaca

con los arzones vacíos.
 Y otros curiosos se dicen
 otras cosas al oído,
 y unos hablan de fantasmas,
 y otros sueñan con vampiros.
 Y hay quien opina que el diablo
 durante la noche vino,
 con valona y ferreruelo
 y bigotes retorcidos,
 y malignas tentaciones,
 á turbar en su retiro
 á la cándida paloma,
 que robarle quiere á Cristo.

Al són de tales hablillas
 y sus comentarios prolijos,
 dirígense al monasterio
 las gentes en torbellino,
 no bien sobre el campanario
 el esquilon desabrido
 hizo la salva primera
 del sol al naciente giro.
 Porque hoy es en el convento
 un día de regocijo,
 y así á la ciudad lo anuncian
 las lenguas del bronce místico.
 Y la ciudad se apresura,
 y vienen pobres y ricos,
 ociosos murmuradores,
 hombres, mujeres y niños,
 para tomar un buen puesto
 y ver el regio monjío,
 que ha estado semana y media
 en Lisboa dando ruido.
 Y no sólo viene el vulgo,
 pues llega al sacro recinto
 gente también que atesora
 sangre azul y escudo antiguo;
 ya en deslumbrantes literas,
 ya en palafrenes altivos,
 con escuderos y pajes,
 y con gala y con bullicio.
 Los diálogos se cruzan,

confúndense ecos distintos,
vienen, van, pululan, chocan,
y todo ello á un tiempo mismo.

—«¿Y es hermosa?

—Como un ángel.

—¿Años?...

—Diez y seis.

—¡Por Cristo,

que eso es cortarle las alas
á la tórtola en el nido!...

¡Pobre avecilla inocente,
presa entre dorados grillos,
sin respirar el ambiente,
ni dar á la luz sus giros!

¿Qué le sirven sus arrullos,
sus plumajes blanquecinos,
sus ojos enamorados,
su corazón dolorido?...

Así dos frescos donceles
entretienen su camino,
mientras de gentes del pueblo
se habla así en otro corrillo:

—¡Soberbia dote!

—¡Qué mucho,

siendo el mismo rey padrino!...

—No hubiera tomado el velo,
á no ser así.

—He oído

que hacen muy mala pareja
su solar y su bolsillo.

Viuda, anciana y sin fortuna,
su madre al rey ha acudido;
y Su Alteza le da en dote
tres mil ducados.

—¡Magnífico!

Es huérfana de un valiente,
de Pallestrello el marino;
y la deuda de los padres
es bien que cobren los hijos.»

Aquí, pues, nuestros plebeyos
llegaban, mas de improviso
los atropella un heraldo

de varios pajes seguido.
 —¡Paso al rey! el mensajero
 va clamando, á voz en grito,
 y del rey á poco trecho
 asoma el cortejo rico.
 Las pláticas se suspenden,
 agítanse blancos linos,
 descúbrense las cabezas,
 suenan aplausos festivos.
 Y á poco el rey y su corte,
 de la multitud seguidos,
 entran en el monasterio
 con palio, música y cirios.

ROMANCE XXXI.

Entre el mundo y Dios.

Bajo un dosel de brocado,
 sobre alfombras arabescas,
 allá, junto al presbiterio,
 el buen rey don Juan se sienta.
 Príncipes le hacen servicio
 y próceres le rodean,
 con cuanto Lisboa rica
 más noble y más bello encierra.
 Damas, cuyas hermosuras
 ensalzan galas soberbias,
 envidia dando á las flores
 y sombra haciendo á las perlas.
 Arrogantes caballeros,
 con ricos trajes de seda
 que en sus áureos recamados
 errante luz reverberan.
 Egregios hombres de Estado,
 dignatarios de la Iglesia,
 guerreros encanecidos
 por el mar y por la tierra.
 Todos del templo las naves
 altas y sombrías pueblan,
 sobre elevados sitiales

en ordenadas hileras,
 y en lo demás está el pueblo
 en masa espectante y densa,
 disputándose á codazos
 un pilar ó una escalera.
 Véanse allí el poder, el brillo,
 las mitras, las encomiendas,
 las plumas y los trofeos,
 los mantos y las veneras.
 Pues el monarca convida
 para la mística fiesta,
 y en las córtés nada se hace
 sin su razon y su cuenta.
 Y hay palaciegos gitanos
 que si el rey reza, ellos rezan,
 y si se vende al demonio,
 y les pagan... cosa es hecha.
 Pero ya del casto coro
 se abre la dorada verja,
 y sale en procesion santa
 la comunidad por ella.
 Cruces, ciriales é hisopos
 bermejos monagos llevan,
 y de acólitos en manos
 los incensarios humean.
 El órgano, con cien trompas,
 de magistrales cadencias
 inunda las vastas naves,
 y las almas enajena,
 al són del *Veni Creator*,
 cuya poesía etérea
 al viento dan los cantores
 conforme el ritual ordena.
 Al fin de la comitiva
 viene la novicia bella,
 entre su muy noble madre,
 y la muy grave abadesa.
 Vestida de blancos linos,
 coronada de azucenas,
 es la sombra de un querube
 que se aleja de la tierra.
 Por medio del templo avanza,

la vista en el suelo puesta,
 descolorido el semblante,
 la planta débil é incierta.
 Llega, y sube al dosel regio,
 del rey á las plantas se echa,
 don Juan la tiende su mano,
 la pobre niña la besa;
 y cuando de pié el monarca
 quiere ir al altar con ella,
 cae sin sentido en sus brazos,
 la voz helada en la lengua.

ROMANCE XXXII.

Secreto de sangre.

A la voz del rey, al punto
 damas y monjas acuden,
 los cortesanos se pasman,
 y la funcion se interrumpe.
 Y en brazos de las meninas
 á la novicia conducen
 á un camarín inmediato,
 mientras su vértigo huye.
 Y el rey, que una cuita grave
 en la doncella presume,
 absorto y enternecido
 se queda en sus inquietudes.
 Rogar quiere en tal fracaso
 á Dios que su mente alumbre,
 y en su cojín cae de hinojos,
 y un papel junto á él descubre.
 Mándasele alzar á un paje
 sin verlo la muchedumbre;
 le alza, le lee, y su rostro
 la conmocion mal encubre.
 Y parte, y deja á la córte
 que se impacienta y murmure,
 y al camarín se encamina
 do la pobre niña sufre.
 Entra en él al tiempo mismo

que abre los ojos azules,
y del corazon doliente
exhala un suspiro lúgubre.
Sobre un sillón recostada
de toledanos tisúes,
ve entrar al rey, y en sus ojos
lágrima elocuente luce.
Y manda salir Su Alteza
de allí á todos los que acuden,
y á solas queda con ella,
y en tales frases prorumpe:
—¿Es tuyo, acuitada niña,
(no te aflijas ni atribules),
este pergamino?

Y ella
procura, en afán inútil,
del rey á los piés postrarse,
para que su cuita escuche.
Y entonces don Juan la dice
con paternal mansedumbre:
—Yo á tu flaqueza dispenso
de las etiquetas fútiles.
Dí ese secreto de sangre,
oiga yo el árcano lúgubre.
—Señor, por ese secreto
ofrecísteis...

—No lo dudes.

La merced que ofrecí en cambio
dar al que me lo denuncie,
es tuya... y, á fuer de dama,
darte la eleccion me cumple.
—Rey y Señor, escuchadme,
y Dios mi razon alumbre.

ROMANCE XXXIII.

Lo quiero y lo mando así.

Prolija plática cuentan
 los misterios femeniles,
 que al rey don Juan la novicia
 en su afán refiere triste.
 Ha media hora, bien larga,
 que la comitiva insigne
 está en el templo esperando
 muy cerca ya de aburrirse.
 Los cortesanos bostezan,
 los curiosos se derriiten,
 y los donceles y niñas
 se hacen guiños y mohines.
 Y hay garzon, bien colocado
 junto á un serafin de quince,
 que ruega á Dios que la fiesta
 no acabe hasta el *Corpus Christi*.
 Cada cual forja en su mente
 algun caso inverosímil,
 ó aventura tenebrosa
 en las crónicas monjiles.
 Los devotos imaginan
 que anda el diablo suelto y libre,
 y que la novicia tiene
 tentacion de aquel belitre;
 y haciendo una cruz de á vara,
 y murmurando algun *kyrie*,
 ponen la faz lastimosa,
 se duermen, y *láus tibi*.
 Pero el rey sobre su estrado
 aparece, y cada *quisque*
 vuelve á guardar ceremonia,
 aunque esté echando la bilis.
 Y el rey á su secretario
 un pergamino con timbre
 entrégale, y que lo lea
 en público le prescribe.

Y el oficial de Su Alteza,
entre el silencio más firme
abriendo el sellado rollo,
así lee *ad pedem literæ*:
«Yo el rey Don Juan (Dios le guarde!)
otorgo gracia y favor,
y absuelvo de culpa y pena
por siempre jamás desde hoy,
al que á don Lope Ferrao
y Souza la muerte dió
en buena lid, frente á frente,
y á la ley de vencedor!
Y queda doña Felipa
de Pallestrello y Moñiz
para tomar hoy esposo
autorizada por mi.
Y en lugar de ser mi ahijada
en la profesion monjil,
lo será en el desposorio:
lo mando, y lo quiero así.»

ROMANCE XXXIV.

Funcion por funcion.

A los piés del rey al punto
la niña rubia aparece,
de las tocas despojada
y con sus cándidas vestes.
Y rompiendo entre el gentío
con bizarro continente
cierto galan caballero,
con estoque y gaban verde,
llega á las gradas del solio
pide la vénia y la obtiene,
y del rey don Juan la mano
á besar tambien asciende.
Conmovido está el mancebo,
la doncella se enternece,
y el rey á la córte dice
cuando á sus plantas les tiene:

—A una fiesta convidados
fuisteis por mí los presentes;
en vez de monjío, es boda;
nada vuestro rey os debe.

La córte se regocija,
leal aplaude la plebe,
en tanto que el arzobispo
bendice á los contrayentes.
Y estos, con dulces miradas,
se dicen en són muy leve:

—Lo ves, Colon!

—¡Angel mio!
uno de otro hasta la muerte.

CAPITULO VI.

1484.

LA RÁBIDA.

ROMANCE XXXV.

El toque de Ave-María.

Por el estrecho camino
de las soledades rústicas
que al Portugal y la España
parten con línea difusa,
van dos cansados viajeros
con faz demacrada y mustia,
cuando ya sobre las cumbres
tiende la tarde sus brumas.
Frisa uno en cincuenta años,
y aunque es noble su apostura,
más de penas que de días
su faz de surcos se cruza.
El otro es doncel donoso,
que quince mayos no suma,
de faz dulce y ojos claros,
y suaves guedejas rubias.
Paso á paso atrás se dejan,
con pena al parecer cruda,
las fronteras lusitanas,
y ya traen larga ruta.

A la hospitalaria tierra
del honor y la bravura,
país de cristianos viejos,
de alma sana y bondad mucha;
á España, en fin, los viandantes
con grata emocion saludan,
y se entran por sus comarcas,
que el Tajo rico fecunda.

Y ya la noche descende
desde las montañas húmedas,
y los tristes peregrinos
en vano un asilo buscan.

De un valle pasan á un cerro,
y del raso á la espesura,
y ni un redil, ni una aldea
sus vagos ojos columbran.

—¡Padre! (dice el pobre niño
con voz desvalida y turbia)
¡no puedo mas!...

Y en el césped

se sienta la criatura;
y á los párpados acude,
del infeliz que le escucha,
furtiva y sangrienta lágrima,
que heroicamente oculta.

—Ánimo, pobre hijo mio,
(dominando su amargura
repone el mísero padre)
que Dios siempre al bueno escuda.

—Tengo hambre y sed.

—Lo conozco.

en tu debilidad suma.

—¿Nada teneis?

—Nada tengo!...

(¡el corazon me tritura!)
mas tén ánimo. Es de noche,
y en esta soledad rústica
ni hay quien nos ofrezca asilo,
ni á quien demandar ayuda.

—¡Oh!... ¡Tengo miedo!...

—(¡Dios mio,
escucha por él mi súplica!)

Valor, mi Diego. Aquí cerca
hallaremos, por ventura,
algun redil de pastores,
granja ó alquería una,
de hospitalarios labriegos
que en estos valles se ocultan.

—¡Ay! que es muy negra la noche,
las fieras en torno aullan!...

¡Madre mia, madre mia!...

¿Dónde estás, que no me escuchas?...

Y rompiendo el niño en llanto,
parece tórtola viuda,
que llamando al dueño ausente
el desierto monte arrulla.

Y á este tiempo una campana
lenta en los aires retumba,
tañendo el *Ave-Maria*,
en solemnidad nocturna.

—¡Oh!... (clama el doncel absorto),
¡ella nos salva sin duda!...

¡No bien pronuncié su nombre,
Dios de mal nos asegura!...

—Pues roguemos, hijo mio,
á la Madre pia y suma,
por la prenda que perdimos,
con nuestras lágrimas juntas.

Y de hinojos abrazados
caen sobre la tierra dura,
mientras la oracion postrera
el metal sagrado anuncia,
disipándose sus ecos
por las montañas oscuras,
que repiten doloridos
espacios, valles y grutas.

ROMANCE XXXVI.

¡Pan, por el amor de Dios

De convento solitario
á los umbrales devotos
llegan los dos viajeros,
cansados y melancólicos.
Ve en la puerta una cadena
de los dos el ménos mozo,
y con mano temblorosa
tira de ella poco á poco,
y oye dentro lentamente
sonar un esquilon sordo,
que á la caridad avisa
en bien del menesteroso.
Y luego la puerta se abre,
y un lego, ya peli-tordo,
por ella asoma, y entabla
al símil de este un coloquio.

LEGO.

Paz en Dios á los que llegan.

COLON.

Con vos sea y con nosotros.

LEGO.

Digan, hermanos, qué quieren
de nuestra pobreza.

COLON.

Sólo
agua y pan para este niño,
en nombre del cielo todo.

LEGO.

¿Es su hijo?

COLON.

Soy su padre...
 y morir le veo á poco!...
 No me deis para mí nada,
 por mí, caridad no invoco,
 dadle á él la vida, y el cielo
 oiga para vos mis votos.

LEGO.

Basta hermano... que habla el alma,
 y no da con ningun moro.
 Tendrá aquí cuanto desea...
 pero entren bajo del pórtico,
 que la cocina está á mano,
 y allá en dos saltos me pongo.
 Ausentóse el pobre fraile
 enjugándose los ojos,
 y á su compás murmurando:
 —¡qué lástima de cachorro!...
 Y cumplió al pié de la letra;
 pues volvió el buen lego pronto,
 con una torta florida
 y un búcaro limpio y hondo.
 Colon, con ánsia indecible
 tomando la una y el otro,
 los entrega al pobre niño
 ahogando un suspiro sordo.
 ¡Sarcasmos de la fortuna,
 juegos del destino locos!...
 ¡Quien lleva un mundo consigo,
 mendiga, huésped ignoto!...
 Pero así la Providencia
 en sus arcanos recónditos
 probar suele á los humanos,
 cual en el crisol el oro.

Y no fué Colon más grande
 en sus triunfos fabulosos,
 que lo fué, tan grande siendo,
 en humillarse hasta el polvo.
 Hombres de vacías pompas,
 de vanidad llenas y ócio,
 fantasmas de la mentira,
 ¿qué valeis junto al coloso?...

ROMANCE XXXVII.

Los caminos del Señor.

Sobre el pedestal informe
 de una alta cruz de madera,
 donde agreste é inodora
 crece y se estiende la yerba,
 con su modesto refresco
 el débil niño se sienta,
 y del cuerpo dolorido
 restaura las ténues fuerzas.
 Colon le mira un momento,
 y luego al cielo con pena,
 y por fin, clava los ojos
 con grave absorcion en tierra.
 Y ve que el portero al niño
 asiste con diligencia,
 y habla entonces en su pecho
 de la obligacion la deuda.
 Y se vá hácia él, le toma
 con noble espresion la diestra,
 y le dice conmovido:
 —¡Bendita esta mano sea!

LEGO.

Jesús á los niños ama:
 el Evangelio lo enseña.

COLON.

¡Caridad teneis, hermano!

LEGO.

Es ley de mi santa regla.

COLON.

¿Sois hijo...

LEGO.

De San Francisco,
del Serafin de la Iglesia.

COLON.

¿Se llama esta santa casa...

LEGO.

La Rábida.

COLON.

¿Y la gobierna...

LEGO.

Un siervo de Dios.

COLON.

¿Su nombre?

LEGO.

Fray Juan Perez de Marchena.

COLON.

Siento no poder su mano
besar.

LEGO.

¿Por qué?

COLON.

Por mi ausencia.

LEGO.

¿Tan pronto parten?

COLON.

Ahora.

Tan solamente quisiera
me dijéseis donde se halla
algun cortijo ó aldea,
á que poder dirigirnos
y pedir albergue.

LEGO.

¡Buena
la hubiera yo!...

COLON.

¿Pues?

LEGO.

¡San Dimas,
me libre de tal! Dijeran
de una vez todo...

COLON.

No entiendo.

LEGO.

El padre fray Juan ordena
que el que llegue á nuestra casa
ha de hallar su casa en ella.
Con que, ¡adentro!...

COLON.

¡Oh!... ¡fuera mucho
de libertad é incumbencia!

LEGO.

¿Que fuera mucho, dijísteis?...
Eso lo hace con cualquiera;
moro, cristiano, judío,
sano ú enfermo, á la celda;
y á todos los llama hermanos,
y de Dios tristes ovejas!

COLON.

¡Varon santo!

LEGO.

¡Él es!
Pero... ¡calle!...

COLON.

¿Quién?

LEGO.

Su Reverencia.

Y el bueno de fray Juan Perez
 es, en efecto, quien llega,
 dirigiéndose tranquilo
 del templo á la humilde puerta.
 Sale el portero á su encuentro,
 la capucha atrás se echa,
 y pidiéndole la mano
 con respeto asaz la besa.
 Tambien Colon gravemente
 al santo varon se acerca,
 y aunque hinojarse pretende,
 lo impide aquel y lo veda.

FRAY JUAN.

Así, sólo á Dios.

COLON.

Ministro
 sois digno suyo en la tierra,
 y vuestra virtud...

FRAY JUAN.

Hermano,
 soy vaso de vil materia.
 Mas escusad mi pregunta,
 si la tachais de indiscreta;
 ¿qué haceis aquí?

COLON.

Con vos, padre,
 contraer piadosas deudas.

FRAY JUAN

Ignoro, á fé...

Y el portero
 dando aquí vado á su lengua,
 le contó al digno prelado

del agua y del pan la escena.

COLON.

Ya lo sabeis. Ahora, padre,
dadnos la bendicion vuestra,
y ¡adios!

FRAY JUAN.

Permitir no puedo
que partais.

COLON.

Está muy cerca
Palos de Moguer...

FRAY JUAN.

Mi ruego
hombres cual vos no desprecian.
Fray Serapion, id delante,
y alumbrad á la escalera.
Os quedais, pues, caballero.

COLON.

Pero...

FRAY JUAN.

No hay excusa buena.
Es algo tarde... ese niño
no puede más: la vereda
es peligrosa... ¡oh!.. seria
pesar para mi conciencia
si un mal caso en esos valles...
no ha de ser, mientras yo pueda.

COLON.

Vuestras bondades acepto,

aunque en el alma me pesa
ser incómodo.

FRAY JUAN.

Dejaos
esas vanas etiquetas
para el mundo... estais ahora
de Dios en la casa, y ella
por dueño tiene á los pobres,
la caridad por hacienda.
Y fray Serapion en esto
llegando con su linterna,
al padre guardian avisa
que sus órdenes espera.
Y á sus huéspedes guiando
el prelado, con fineza,
se entran todos por el cláustro,
y cierran tras sí las puertas.

ROMANCE XXXVIII.

Tesoros del mendigo.

Gravemente están sentados
de una mesa en derredor,
el doctor Garci Fernandez,
fray Juan Perez y Colon.
La curiosidad se pinta
en la faz de aquellos dos,
hasta que rompe el silencio
así su interlocutor:
—Llegué á Portugal, amigos,
por un milagro de Dios,
segun ayer os decia,
y lo dudo aun casi hoy.
Remito para otro caso
mis aventuras de amor...
ya sabeis que allí he perdido
la mitad del corazon!...
Mi esposa... luz de mi alma!...

pura y delicada flor,
tronchada en su primavera
por el terrible aquilon!...

Y haciendo el triste una pausa,
para templar el dolor;

—Dios me la dió, él me la quita,
(dijo), ¡bendito sea Dios!...

Pero volviendo á la historia
de mi Atlántica region,
llegó, al fin, mi pensamiento
á tomar forma y color.

Toqué su verdad al cabo,
y lo que fué inspiracion
hicieron ciencia y estudio
una verdad como el sol.

Mas ¡ay! mi plan gigantesco
de rasgar, tras luengo error,
el velo que al hombre encubre
la mitad de la creacion;
ese inmortal pensamiento
que hace un pigmeo á Nembrod,
de mostrar al ojo humano
toda la obra del Señor...

destinado está sin duda
en esta edad sin razon
á ser corona de espinas
en la frente de su autor!...
Brindé á mi patria, ante todo,
con mi arcano y no me oyó!
cumplí en ello cual buen hijo...
¡tarde llorará su error!

Del rey don Juan el Segundo,
díjome la comun voz,
que las empresas gustaba
de ingenio, de fé y valor.

Ansiaba el monarca abrirse
al través del Ecuador
un paso para el Oriente...

y en mi plan le ofrecí yo.
Habló á obispos y doctores,
consultó á su confesor,
y al menguado Cazadilla,

y á Rabinos tambien dos.
 Y al fin, despreció mi oferta:
 mas he dicho mal, no, no...
 pues mientras me entretenian
 sus sábios sin corazon,
 pidiéndome un plan del viaje,
 bajo un pretesto traidor,
 despachó una carabela
 á robarme en vil complot,
 la tierra de mis encantos,
 el porvenir, el honor...
 ¡Miserias del trono indignas!...
 rey don Juan, pequeño sois!..

ROMANCE XXXIX.

Los primeros amigos.

FRAY JUAN.

¿Y ahora qué pensais?

COLON.

Espero
 que los audaces ingleses
 acogerán mi propuesta.
 Tardar en volver no debe
 mi hermano, que al rey Enrique
 con mensaje reverente
 envié desde Lisboa,
 ha, por cierto, algunos meses.

FRAY JUAN.

¡Oh!.. no, no salgais de España;
 hay brio tambien y gente
 en este país de gloria,
 para aceptar los laureles
 que brindais en vuestro mundo
 á los ánimos valientes.

GARCI FERNANDEZ.

Quedaos, Colon, quedaos;
España es grande, potente,
y á lo heróico y sublime
responde entusiasta siempre.

COLON.

Lo sé bien. Es una tierra
muy privilegiada y célebre,
y de adoptar una patria
yo, errante y huérfano huésped,
me holgara mi nombre humilde
unir á su nombre fuerte.

FRAY JUAN.

Pues bien, partid á la corte
de nuestros ínclitos reyes.

COLON.

Peró allí desconocido,
y sin favor, é indigente,
¿qué puedo esperar?

GARCI FERNANDEZ.

El genio
es como el sol; brilla y vence.

COLON.

Al rey don Juan preguntadlo.

GARCI FERNANDEZ.

No hacen ley los portugueses.

FRAY JUAN.

Isabel y don Fernando,

que el cetro español sostienen
 son dos príncipes muy grandes!...
 ¡Id, buen Colon, id á verles!
 Vereis á la reina, el astro
 de la majestad terrestre,
 cándida, excelsa matrona,
 rama de inmortal progeñe.
 La reina, sí, la que reina
 sobre las almas dos veces,
 por su virtud, cual princesa,
 cual dama, por dulces bienes.
 La rica fembra sin tacha,
 el honor de las mujeres,
 la flor de las heroínas,
 del Señor la mujer fuerte!..

COLON.

¡Bien por el pintor!...

GARCI FERNANDEZ.

La copia
 el modelo no desmiente.

COLON.

Cualquiera, padre, creyera,
 si cual yo no os conociese,
 que os presta la fantasía
 sus poéticos pinceles.

FRAY JUAN.

Aunque á Su Alteza profeso
 un afecto reverente,
 el corazon no me ofusca...
 la pinto cual la veredes.
 Yo, que de la penitencia
 en el tribunal solemne
 donde á la verdad se postran
 los mundanos oropeles,

he leído en su alma pura
 como el ampo de la nieve,
 os fio, Colon, que en ella
 vereis dotes tan celestes,
 que halleis mi pobre pintura
 ante su original, débil.

COLON.

¡Reina sin igual!...

FRAY JUAN.

¡Prodigio
 de lo pasado y presente!

GARCI FERNANDEZ.

No bien la veais, os juro
 sereis suyo hasta la muerte;
 porque la nobleza y gracia
 de su regio continente,
 do envidia el arte unas formas
 ni exajeradas, ni débiles;
 su faz modesta y más cándida
 que la azucena campestre;
 sus ojos, que el matiz prestan
 al diáfano azul del éter,
 y cuya dulce mirada
 un ángel de luz enciende;
 y la aureola rubicunda
 que en torno de su alba frente
 forma la blonda madeja
 bajo las tocas de nieve...
 tanta mágia y alto influjo
 sobre las almas ejercen,
 que hace trocar en afectos
 los instintos mas rebeldes:
 ante su casta sonrisa
 sus más enemigos ceden,
 y á una señal de sus ojos
 bravos sus amigos mueren.

COLON.

Sois de buena ley vasallos.

FRAY JUAN.

Aun más Su Alteza merece.

COLON.

¿Y el Rey?...

GARCI FERNANDEZ.

En Castilla reina
doña Isabel solamente;
rey de Aragon, don Fernando
manda en los aragoneses.

COLON.

¡Cosa estraña!

FRAY JUAN.

Así se guardan
nuestras venerandas leyes,
que á lanzadas ganar supo
una raza inmortal de héroes.
Id, en fin, á esa matrona,
magnánima y prepotente:
digno sois uno del otro...
creedme, Colon, creedme.
De vuestra mision habladla,
magnífica, providente,
de llevar la luz de Cristo
del polo á la sombra inerte.
Habladla, sí, en el idioma
supremo, inefable, ardiente,
de intuicion, fé y poesía,
de luz, sentimiento y fiebre

con que el genio misterioso
se revela solamente,
y no más las grandes almas
adivinan y comprenden.
Id, el corazon me dice,
y una voz clama en mi mente,
fantástica, inspiradora,
que acaso del cielo viene,
que es doña Isabel el ángel
de vuestra mision terrestre,
y el sol de gloria y ventura
que os alumbrará por siempre.

COLON.

¡Oh!... ¡me fascinais!... El fuego
siento latir en mis sienes...
iré á la córte... á la Reina
por vos, mi buen padre Perez,
besaré los piés.

FRAY JUAN.

Dios quiera
daros su luz!

GARCI FERNANDEZ.

Parabienes
os ofrezco anticipados,
buen Colon.

COLON.

¿Y quién protege
mis afanes en la córte?...

FRAY JUAN.

Un valedor asaz fuerte.

COLON.

¿Quién?...

FRAY JUAN.

El padre fray Hernando
de Talavera.

GARCÍ FERNÁNDEZ.

¡Bien puede!...

FRAY JUAN.

Es confesor de la Reina,
que en grande estima le tiene,
y en los asuntos de Estado
mucho le fia y le atiende:
tambien es mi grande amigo,
es varon sabio y prudente,
y le contareis por vuestro,
porque mi amistad lo quiere.

COLON.

Os debo más que la vida.

FRAY JUAN.

Mientras tanto, aquí se quede
vuestro hijo, que otro padre
tendrá en mí!

COLON.

¡Tantas mercedes!...

FRAY JUAN.

¿Cuándo partireis?...

COLON.

Mañana.

FRAY JUAN.

El Señor con bien os lleve.

ROMANCE XL.

A la Corte.

Una mañana de enero
 del santo albergue, al fin, salen
 caballeros en dos mulas
 Colon, y Garci Fernandez.
 Dejan en la portería
 al prelado venerable,
 y al tierno niño, que triste
 mira partir á su padre.
 Vuelven atrás los viajeros
 de vez en cuando el semblante,
 y sus huéspedes entonces
 agitan blancos cendales.
 Va Colon enternecido,
 los ojos húmedos casi,
 aunque una esperanza inmensa
 en su alma eléctrica late.
 A Córdoba, la morisca,
 el aventurero parte,
 á la corte de los reyes,
 á la mansion de los grandes.
 Van á doblar un collado
 uno y otro viandante,
 y por vez postrera quieren
 mirar su caro hospedaje.
 Y desde la verde cumbre,
 antes de bajar al valle,
 así Colon le saluda
 con emocion entrañable:
 —¡Rábida!... ¡Asilo sagrado
 para mi existencia errante,
 puerto de luz y de calma
 de mi fortuna en los mares!...

Te dejo, al fin, y en tí dejo,
 con lo mejor de mi sangre,
 horas de aquellas que dejan
 en el alma eterna imágen.
 De tus silenciosos cláustros
 en las santas soledades
 para mí ha brillado el iris,
 tras de borrascas mortales.
 ¡Rábida!.. Mi fé y mi ciencia
 hallaron en tí ecos leales,
 y almas que creen y esperan,
 y corazones gigantes.
 A tí llegué yo agoviado
 de amarguras y desaires,
 de los sabios vituperio,
 mofa de los ignorantes.
 Las córtes me escarnecieron,
 holláronme en los alcázares,
 y apuré en amargos sorbos
 hasta las heces del cáliz.
 Filósofos desabridos,
 cuyo corazon no late,
 doctores sin sentimiento,
 sabios sin fé y sin exámen,
 por visionario é impío
 de sí osaron rechazarme...
 pero tú, Rábida humilde,
 me comprendes... y me aplaudes
 ¡Gloria á tí, mansion piadosa,
 hasta el fin de las edades!...
 ¡Tú avergüenzas á las córtes!...
 ¡Tú del siglo vas delante!...
 ¡A tí deberá la España
 de un mundo vírgen las llaves;
 y el mejor de sus florones
 sus coronas imperiales,
 y una página tan bella
 sus poéticos anales,
 que será el sol de la historia
 entre mil astros radiantes!
 ¡Rábida santa!... Tu nombre
 con acentos inmortales

quizá á los remotos siglos
la fama lleve triunfante.
Y cuando el tiempo su huella
sobre tus torres estampe,
(si acaso ingratos los hombres
te abandonan á su ultraje,)
y caigan tus capiteles,
y al polvo tus muros bajen,
y crezca el musgo sombrío
en tus desiertos sillares...
entonces para las almas
que sentir y aprender saben,
serás sagrado recuerdo
de inspiradoras imágenes.
Y pasarán murmurando
por tus ruinas venerables
sus cántigas el poeta,
el filósofo sus ayes,
cuando el viento de la noche
rodando por tus eriales
haga suspirar mi sombra
con ecos inescrutables.
¡Oh!... si matar mi esperanza
fiero al destino le place...
dale al extranjero tumba
en la paz de tus altares!...

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO VII.

1486.

DOCTORES Y PALACIEGOS.

ROMANCE XLI.

El huésped de San Estéban.

En Salamanca, la antigua,
del saber la madre insigne,
fanal del humano ingenio,
de Grecia y de Roma eclipse,
la de los cien monumentos,
la de escolásticas lides,
la de sagrados laureles,
la de recuerdos sublimes,
por mandato de los reyes
Cristóbal Colon asiste
en una mansion de sabios,
morador de celda humilde.
De Córdoba llegó, ha poco,
con letras de favor firmes
del gran cardenal de España
y del Nuncio Geraldini.
El contador Quintanilla,

que sin igual le distingue,
 con su autoridad le abona,
 cual columna indestructible.
 Pues aunque en la corte un día
 fué su fortuna muy triste,
 dió á la fácil rueda un giro
 la deidad incomprensible.
 Y él, despreciado por pobre,
 y por sus vestidos ruines,
 y cuyo arcano se mofa
 cual fábula inverosímil,
 creída de un pobre fraile,
 sólo en los sueños febriles,
 llegó, en fin, á los monarcas,
 que en su gracia le reciben.
 Y á su confesor le ordenan
 que su plan vasto y difícil
 en un consejo de sabios
 á toda luz se examine;
 y merced al gran Mendoza,
 que el rojo capelo viste,
 que la nave del Estado
 con robusta mano rige,
 y que en valedor y arrimo
 del triste Colon se erige
 vencido por la elocuencia
 de su genio inmarcesible.
 Y convoca fray Hernando
 para el solemne análisis,
 de las aulas y los claustros,
 las lumbreras más felices.
 Y Colon viene al certámen
 con su genio inestinguible,
 con su fé en la mision alta
 en que de agente á Dios sirve.
 No á luchar va con el vulgo,
 loco á quien nadie corrige,
 va á combatir con la ciencia
 en sus misterios sutiles.
 A lidiar vá con errores
 de añeja y tenaz estirpe,
 que á la nueva luz del genio

bárbaramente resisten.
 A mirar va frente á frente
 preocupaciones viles,
 que de la sabiduría
 bajo el árbol vital viven,
 cual suelen bajo las flores
 ponzoñosos los reptiles,
 envenenando el ambiente,
 que perfuman los jazmines.
 Y va contra quince siglos
 á revelarse inflexible,
 y de la humana progeñie
 á romper los viejos límites;
 y un mentís á dar al mundo
 de Bráma también y Osiris,
 y á Roma y Atenas sabias
 á que su cetro le abdiquen.
 Y va, en fin... ¿qué más, empero?...
 á señalar dónde existe
 la mitad de nuestro globo,
 tras los velos de Anfitrite!
 Y España, y el viejo mundo
 la empresa colosal miden,
 y en Colon fijos los ojos
 con duda y desden sonrien.
 Y en medio Colon de todos
 cual gigante inaccesible,
 va por Dios á dar y el hombre
 la mayor lid de las lides.

ROMANCE XLII.

La verdad ante el error.

Cuanto el español ingenio
 en sus sabios institutos
 cuenta de ilustre y glorioso,
 de laureado y augusto,
 teneis ante vuestra vista
 en el solemne concurso
 que encierran de San Estéban

los dominicanos muros.
 Ya lo veis; canos doctores,
 teólogos de nombre sumo,
 astrónomos y cosmógrafos,
 matemáticos profundos,
 dignatarios de la Iglesia,
 varones de inmenso estudio,
 prez y esplendor de las aulas,
 de los claustros luz y orgullo.
 Allí cándidas mucetas
 y birretes rubicundos,
 allí mitras y hopalandas,
 en imponente conjunto.
 El confesor de Su Alteza,
 severo y meditabundo,
 aquel senado preside
 bajo de un dosel purpúreo.
 Con él están los prelados
 respetables y vetustos,
 con galas pontificales
 cual cumple á tan alto asunto.
 Del vasto salon en medio,
 ante su auditorio iluso,
 Cristóbal Colon eleva
 su noble y sereno busto.
 Viste ropilla enlutada
 bajo un gaban gris oscuro,
 con calzas de trusa abierta,
 de España conforme al uso.
 Sin espada, ni valona,
 ni anteadas botas de embudo,
 al sabio más que al guerrero
 hoy así anunciar le plugo.
 Tiene delante una mesa,
 y sobre ella, al azar, juntos,
 libros, esferas y mapas,
 instrumentos y dibujos.
 Ni humillado, ni arrogante,
 tranquilo el rostro y el pulso,
 la visual de tantos ojos
 pára el rayo de los suyos.
 En blando sillón sentado,

espera con gozo mucho
 que el jefe de la asamblea
 abra el palenque al discurso.
 Y tiende, en tanto, la vista
 por los sitios difusos
 de la ojival sillería,
 do el arte compite al lujo;
 y ve sólo al padre Deza
 con sus ojos darle impulso,
 y á los demás contemplarle
 entre absortos y ceñudos.
 Y en varios semblantes lee
 un fallo precoz é injusto...
 la duda columbra en pocos,
 el anatema en algunos.
 Mas la fé del misionero,
 y la conciencia del justo,
 y la inspiracion del héroe,
 y del genio el sacro influjo,
 lo sostienen y lo elevan
 en este acto sin segundo,
 en este supremo día,
 de lucha, de ánsia y tumulto,
 que su alta mision ofrece
 en espectáculo al mundo,
 y que ante los siglos falla
 su perdicion ó su triunfo.

ROMANCE XLIII.

El paladin.

Da el padre Hernando la vénia
 con voz pausada y sonora,
 y Colon en pié se pone
 y así la palabra toma:
 —«Salud, areópago excelso
 de las ciencias españolas,
 oráculos del ingenio,
 del saber humano antorchas!
 Por merced de los monarcas

Cristóbal Colon ahora
 la mitad del universo,
 hasta hoy sumida en las ondas,
 á vuestra mente sublime
 de ofrecer tiene la honra
 y á la luz sacar sin velo
 entera de Dios la obra.
 Yo soy aquel (perdonadme
 la mencion de mi persona),
 á quien Dios en los arcanos
 de su Omnipotencia próvida,
 cual instrumento, aunque humilde,
 y por su gracia tan sola,
 de una mision ha elegido
 gigantesca, prodigiosa.
 Soy aquel, claros varones,
 al que dar cima le toca
 á bíblicas profecías,
 de la fé cristiana en gloria.
 «Los extremos de la tierra,
 (el Libro Santo lo otorga),
 «se han de unir, y á Jesucristo
 «adorar las gentes todas.»
 Así el Espíritu Santo
 inspiró á sagrada boca,
 y la vision del profeta
 es ley de verdad y gloria.
 El cielo á mi sér mezquino
 á mi mano frágil, tosca,
 de colmar sus juicios hondos
 el don altísimo otorga!...
 ¡Gloria al Señor, que al gusano
 así con su gracia abona,
 y con su soplo divino
 las sombras en luz trasforma!...
 ¡Gloria al Señor! Yo, en su nombre,
 á las naciones remotas
 llevaré la ley de vida
 conquistada sobre el Gólgota!...
 Y bajo la Cruz uniendo
 razas y tierras ignotas
 de culto bárbaro hundidas

bajo las mortales sombras,
la mística adivinanza
será el sol de una victoria,
de David y Ezequiel digna
en el arpa y en la trompa.»

ROMANCE XLIV.

Luz.

«Yo soy aquel que conoce
un hemisferio perdido,
al través de los desiertos
del Océano bravío.
De la intuición divina
lo adiviné al rayo nítido,
la fé me guió á sus puertas,
y la ciencia lo ha hecho mío.
¿Pedís pruebas?... Pues oidlas,
y aprended de mí el camino
que á la humanidad entera
abre un nuevo paraíso.
De consejos y antiguallas
en esta ocasión prescindo,
que á la razón y á la ciencia
les bastan sus propios bríos.
Ni la platónica Atlante,
ni otros hermosos delirios,
ni de las siete ciudades
el cuento asaz peregrino,
como del Estagirita
el poético desvarío,
ó del pastor Caledonio
el fantástico retiro,
hacen razón á mi asunto,
ni de vos, padres, son dignos:
allí habló la fantasía,
aquí habla el discurso frío.
Sabeis que el mundo es un globo,
que cuenta, en torno medido,
trescientos sesenta grados,

que el sol marca en su camino.
 Puede la terráquea esfera
 el viandante atrevido
 del Oriente hasta el Ocaso
 rodear en inmenso círculo.

La total circunferencia
 de nuestro mundano disco
 aun los hombres no conocen,
 ¡á su orgullo, qué castigo!..

De las horas veinticuatro
 en que el Ecuador divide,
 á razon de quince grados,
 del sol cuotidiano giro,
 la tercera parte entera,
 ciento veinte grados fijos,
 se esconden del ojo humano
 en los velos del abismo.
 Desde la Asiática Thine,
 lecho del dia florido,
 hasta las nuevas Azores,
 que ayer al Luso debimos,
 de Phtolomeo á nosotros,
 se comprende el mundo antiguo,
 pero es un mundo imperfecto
 de inarmónico artificio.

Y las soberanas obras
 del Artífice divino
 son la perfeccion sin tacha,
 y así al universo hizo.

Y mal pudiera la tierra
 sobre su eje diamantino
 girar con curso uniforme
 sin turbacion de los siglos,
 si al antiguo continente
 no sirviese de equilibrio
 otro antártico hemisferio,
 colmo del terrestre disco.

Este calculado tercio
 del planeta en que vivimos,
 porcion misteriosa y vasta
 de mundo desconocido,
 no debe ser de agua y viento

desierto, estéril, vacío,
 pues de la bondad eterna
 no sería entonces digno.
 Es tierra vírgen y rica...
 es el continente indio,
 que desde el Asia arrancando,
 cual brazo descomedido,
 y del África ciñendo
 á Este y Oeste el perímetro,
 á la Europa se aproxima
 por el Occidente frío.
 Aristóteles lo piensa,
 Séneca, Estrabon y Plinio,
 que del Océano acortan,
 los límites infinitos.
 Y el sabio árabe Alfrangano,
 lo confirma con buen juicio,
 calculando-nuestro globo
 con grados más reducidos,
 Así, pues, haciendo rumbo
 al Occidente sombrío,
 se halla la tierra encantada,
 el Eden del canto bíblico.
 Y la senda que conduce
 de la aurora al país rico,
 copa de abundancia eterna,
 tesoro intacto y magnífico.
 Y de aquel dorado mundo
 son umbrales argentinos
 como inmaculadas rosas
 en copa regia de vidrio,
 la*deslumbradora Antilla,
 Cipango feliz... oidlo,
 si quereis, á Marco Polo,
 y al gran doctor Florentino.
 Y por colmo de esta empresa,
 sin igual en ningun siglo,
 cual mágico panorama
 áureo, tentador, divino,
 surgirá de entre las ondas,
 el Cathay opulentísimo,
 con su atmósfera de nácar,

y su manto cristalino,
 sus céfiros perfumados,
 y su resplandor virgíneo
 y su sólio de diamante,
 y su aureola de zafiros.
 Y el triunfal pendon de España
 con el lábaro de Cristo
 de Isabel y de Fernando
 allí tremolaré al grito;
 y de la inmortal Castilla
 en el inmenso dominio,
 el sol no hallará Occidente,
 ni su gloria rival digno.»

ROMANCE XLV.

Sombras.

Dijo Colon, y sentóse,
 al discurso dando término;
 sobre su frente brillaba
 la augusta llama del genio.
 Entre su auditorio cunde
 un rumor sordo y siniestro,
 y estalla luego el tumulto
 en los doctorales pechos.
 Ya un teólogo le apostrofa,
 ya le increpa un reverendo,
 de irreligioso le tachan,
 tildanle de aventurero.

—Esférica no es la tierra;
 (le arguye un padre maestro);
 las Sagradas Escrituras
 lo enseñan, y hay que creerlo.
 Los cielos, dicen los Salmos,
 conforme al mejor comento,
 sobre la tierra se estienden
 cual un diáfano cuero.

Y añade un fraile vetusto,
 esforzando el argumento:

—«Cual tabernáculo pende

encima del mundo el cielo;»
 el Apóstol de las gentes
 habla así con los hebreos:
 la tierra, por tanto, es plana,
 y no hay mas mundo que el nuestro.

—Los antípodas no existen,
 con Lactancio yo lo niego
 (esclama un obispo anciano):
 es una ilusion, un sueño.

—Y sobre todo (prorumpo
 ora el rector de un colegio),
 San Agustin, el gran Padre
 de la Iglesia, el brazo diestro,
 de heterodoxo condena
 ese fantástico invento,
 que á la Biblia sacrosanta
 osa desmentir soberbio.
 De Adan descendemos todos,
 segun el divino Texto,
 y son sus hijos los hombres
 de todos climas y pueblos.
 Para cruzar el Océano
 jamás existió sendero;
 luego de Adan no son prole
 los hombres de otro hemisferio.
 Esto es impío... ante el Génesis
 es un teorema réprobo,
 y sosténgalo quien quiera
 de religion lesa es reo.»

Con aplauso este exabrupto
 recibe ardiente el Consejo,
 y las preocupaciones
 dominan su ánimo ciego.
 Mas un cosmógrafo ilustre
 se levanta de su asiento,
 y atencion pide al concurso,
 y así da su voz al viento:
 —«Es ya una ley de la ciencia
 que es un globo el universo;
 negarlo es error caduco
 que han borrado ya los tiempos.
 Tambien es cosa probable

que el ignorado hemisferio,
 no sea de sombra y agua
 inhabitable desierto.
 Mas no hay camino posible
 entre aquel mundo y el nuestro;
 la zona tórrida entre ambos
 levanta un muro de fuego.
 ¿Quién lo cruzará? Ninguno,
 porque aquel voraz incendio
 el aire convierte en llamas,
 y el mar en vapor sangriento.
 Las dos mitades del globo
 así separó el Eterno,
 y acatar al hombre toca
 sus altísimos decretos.»
 —«Yo, pues, de la Teología
 y dogmáticos comentarios,
 haciendo abstracción completa,
 (esclama un profesor médico)
 la seductora teoría
 de Colón tratar pretendo
 en el campo de las letras,
 en el práctico terreno.
 El radio inmenso del mundo
 hace que el viaje propuesto
 no pueda verificarse
 en tres años por lo menos.
 Y ¿quién en la mar resiste
 viandante tanto tiempo,
 y abandonado de todos
 entre la tierra y el cielo?...
 ¿Quién salva de las tormentas
 de los temporales recios,
 que asolan las latitudes
 del trópico turbulento?...
 ¿Dó hay bajel invulnerable,
 dó están los hombres de hierro
 que resistan victoriosos
 al mar, al aire, y al cielo?...
 ¡Y el hambre... y la sed!... ¡me espanto!...
 ¡Y las dolencias del cuerpo!
 ¡Oh!... perecieran los tristes

víctimas de su deseo!
 Así, pues, Colón insigne,
 vuestro colosal proyecto
 es una concepción alta,
 es la inspiración de un genio:
 pero la naturaleza
 con su inviolable imperio
 del pobre poder humano
 le ha colocado muy lejos.
 Y si al sol nos acercamos,
 cual Icaro iluso y ciego,
 quemadas las febles alas,
 en los abismos caeremos.»
 —«Concluyamos ya, (interrumpe
 un consulto palaciego);
 honor muy sobrado hicimos
 á un error vano y soberbio.
 Pues dado caso que exista
 ultramarino hemisferio,
 será un caos solitario,
 un golfo airado y tremendo,
 y nunca se hallará el linde
 de ese Océano sin puerto,
 según la autoridad suma
 de los autores añejos.
 Y en fin, marchando á Occidente
 con tenaz, remoto sesgo,
 hace el retorno imposible
 del globo el radio convexo.
 Porque superar el nauta
 la alta onda no pudiendo,
 ni montar la espalda corva
 del indomable elemento,
 perecería abrumado
 de las aguas bajo el peso,
 de temerarios y locos
 para lección y escarmiento.»

ROMANCE XLVI.

La Fé y la Ciencia.

Apenas fray Diego Deza
 con toda su autoridad
 puede calmar el Consejo,
 despues de combate tal.
 Por hombre sin fé ni seso
 quieren á Colon juzgar,
 y algunos enviarlo opinan
 ante el Santo Tribunal.

—«¡Bueno fuera (tambien dicen),
 que á un hombre sin ley ni hogar
 estuviese reservado
 lo que nadie halló jamas!»

—«¡Vanidad (murmuran otros),
 inflexible vanidad,
 pretender que un hombre sepa
 que todos los hombres más!...»

Contra Colon así ruge
 peligrosa tempestad,
 y el Consejo su doctrina
 se dispone á condenar.
 Pero el padre Deza calma
 con su prestigio sin par
 al ánimo apasionado
 del concurso doctoral.
 Porque el dominico insigne
 es un varon ejemplar,
 oráculo de la ciencia
 superior á aquella edad.
 Y de Colon convencido
 por la idea colosal,
 en su abogado se erige
 en aquel sacro lugar.
 ¡Así el vínculo del genio
 como magnético iman,
 sabe unir las almas grandes,
 en su region inmortal!

— «¡Dejadme, ilustres doctores,
hablaros una vez más,
y despues... Dios os alumbre,
y á mí me libre de mal!»

Así Colon, ya calmado
de pasiones aquel mar,
rompe animoso el silencio,
en pró de su fé y verdad

— «La Religion y la Ciencia
en su oposicion no están;
sino que el humano ingenio,
en su vana cortedad,
del Sumo Autor en agravio
quiere la obra limitar
á las falsas proporciones
de su miope visual.

Y lo que ver no le es dado
lo niega insano y audaz,
y á Dios por sí propio mide...
¡así se perdió Satán!...
¿Quién es el hombre, blasfemo
contra la Divinidad,
para decir, «de mis ojos
nada existe más allá!...»

Esta paradoja atea,
á la de un ciego es igual
que la luz del sol negase
por no ver del sol la faz.
¡Inepcia de los soberbios!...

¡Vanidad de vanidad!...
¡La Biblia, decís!... ¡Los Padres
de la Iglesia universal!...

¿Dónde la Biblia limita
á este hemisferio no más,
la estension de cuantas zonas
el hombre puede habitar?

¿Y quién, sino el gentilismo,
confesándose incapaz,
publicara su ignominia
diciendo: «no hay más allá?»

Señores, la Fé y la Ciencia
se adunan en la verdad;

de ella salen y á ella vuelven,
sin escluirse jamás.

Las dos por distintas vias,
nunca por contrarias van
á la magnífica meta
que á Dios le plugo trazar.

Y sólo los que no saben
el nexo que entre ellas hay,
piensan hallar en sus formas
oposicion radical.

La Iglesia, mi santa madre,
maestra de la verdad,
nada tiene definido
contra mi tésis actual.

Y aunque algunos Santos Padres,
en mi oposicion están,
sus dichos en nuestro caso
son hipótesis no más,
por que no llevan el sello
de infalible autoridad.

Y aunque son muy sana regla
en el dogma y la moral,
fuera de esto, sólo forman
dictámen particular,
digno siempre de respeto;
mas nos deja en libertad
de seguirlo ó rechazarlo,
pudiendo bien cada cual
abrazar sistema opuesto
y hallar en él la verdad.

Los filósofos antiguos,
de la esfera terrenal
ni conocieron la forma,
ni la armonía quizá.

La última Thule, del mundo
para ellos postrer umbral,
hoy tiene tras de sus playas
muéha tierra y mucho mar.

Las toscas razas que moran
bajo de la equinoccial,
ellos negaron... y huésped
yo he sido en su rojo aduar.

Ptholomeo, el padre augusto
 de la ciencia zodiacal,
 del sol al medir la senda
 quedó muy corto el compás.
 ¡Erraron!... ¡hombres al cabo!...
 ¿Y dó el privilegio está
 á ellos solos concedido
 y negado á los demás?...
 ¡Fueron sabios!... los respeto!...
 pero el númen inmortal
 Dios no agotó en ellos sólo...
 ¡mucho dejaron que andar!...
 Cumpla, pues, en la jornada
 su destino cada cual;
 ellos no lo hicieron todo...
 ¡aun nos queda un más allá!
 ¡La Biblia, decís, condena
 á Colon!... ¡Dios de bondad!...
 Pero no! El Libro Supremo,
 esa creacion sin par,
 de poesía increada
 inescrutable raudal,
 donde las arpas suspiran
 de los bardos de Judá,
 y mece los cedros sacros
 el profético cantar,
 y los coros se preludian
 de la Sion celestial;
 ¡la Biblia!... el centon divino
 de vida, luz y verdad,
 de eterna sabiduría,
 arca mística inmortal,
 aliento de los querubes,
 inspiracion de Jehovah,
 cuyas santas melodías
 adormecen al Jordan,
 y hacen florecer las tumbas
 de Abraham, de Jacob, é Isaac,
 y las cándidas baladas
 de la esposa virginal,
 los collados de Gelboe
 de alegría hacen saltar!...

¡la Biblia!... sacra epopeya,
 digna de Dios nada más...
 es el númen de mi alma,
 es la estrella celestial
 que me inspira y que me guía
 de un nuevo mundo al lindar.
 Ella habló por los profetas,
 y el tiempo llegando vá
 de que todas las naciones
 adoren á un Dios de paz.
 Así el Espíritu-Santo
 lo anunció, y así será!...
 y toca á los hombres sólo
 creer y perseverar.»

ROMANCE XLVII.

En són de guerra.

Trocando mallas por sedas
 y cañas por arcabuces,
 abandonan los monarcas
 á Salamanca la ilustre.
 Pues allá en las playas rojas
 de los moros andaluces,
 suena el grito de la guerra,
 y hasta el Tórmes raudo cunde.
 Y los Católicos Reyes
 á su són responden lúgubre,
 con las castellanas trompas
 y con las cristianas cruces.
 Sale á Córdoba la corte,
 cuando los campos palustres
 comienza la estacion verde
 á orear con risas dulces.
 Porque Málaga la rica,
 vengar osada presume
 de Loja y Moclin afrentas,
 y á las armas hoy acude.

Isabel y don Fernando
 al peligro que tanto urje,
 corren de su ardor en alas,
 con gente de brío y lustre.
 Y los certámenes doctos
 de la sábia muchedumbre,
 enmudecieron sin eco
 de Marte al estruendo fúnebre.
 Pues el viento de la guerra
 negro, voraz, insalubre,
 el campo del saber tala
 y á espinas la flor reduce.
 El confesor Talavera
 al regio cortejo se une,
 porque asiste á Sus Altezas
 en guerra y paz con sus luces.
 Los prelados á sus sillas
 se vuelven con pesadumbre,
 los doctores á sus aulas,
 el Consejo, en fin, concluye.
 Y á Colon deja indeciso,
 trás de tantas inquietudes,
 de heróicos sacrificios,
 de luchas nada comunes.
 Y van pasando los años,
 y su vida se consume,
 y sus bellas esperanzas
 una por una se huyen!...
 Pero siempre noble y grande
 aunque España mal lo juzgue,
 al riesgo comun de España,
 cual bravo y cristiano acude.
 Y pide plaza en los tercios,
 que los monarcas ilustres
 hácia las fronteras moras
 en són de guerra conducen.
 Cambia el compás por la lanza,
 por el palaflen el buque,
 las campañas por los mares,
 las batallas por las nubes.
 Que así se vengan los buenos,
 como quien son así cumplen,

y así la fortuna prueba
al que ha de pisar sus cumbres.
Así Colon de esperanza
con muy mezquinos vislumbres,
una ilusion mas perdida,
de la sabia ciudad huye.
A la guerra vá... y acaso
en sus azares volubles,
la corona del valiente
al laurel del sabio junte.

CAPITULO VIII.

1487.—1492.

MOROS Y CRISTIANOS.

ROMANCE XLVIII.

La guerra santa.

En torno á los recios muros
de Málaga la gentil,
las tiendas de los cristianos
alzan su blanco tapiz.
Largo y empeñado cerco
hácenla bravos sufrir
los católicos monarcas,
vencedores en Moclin.
Muchos meses van de asedio,
de horrenda, incesante lid,
y nada á domeñar basta
los vasallos de Boabdil;
pues la ciudad se resiste
con constancia varonil,
y cada palmo de tierra
cuesta á Dios un adalid.
Y han vertido mucho llanto
los soldados de Ismail,
y mucha sangre los nietos
han derramado, del Cid.

Mas ya en el último trance
 se halla la plaza infeliz
 con el hambre y la discordia,
 de la guerra prole vil.
 Pues batieron los cristianos
 á la hueste, que el emir,
 para alzar tan crudo asedio,
 envió desde el Genil,
 Y Málaga, desde entonces,
 no confía más que en sí,
 y está en su furia resuelta
 á vender caro su fin.
 El sitiador, entre tanto,
 redobla su frenesí;
 un rebato hay cada noche,
 cada día mueren mil.
 Asaltos, encamisadas,
 retos, batallas, en fin,
 cuanto la fuerza osar puede
 y el despecho y el ardid,
 sin compasion ni pavora
 lleva á cabo el paladin,
 como si de entre ambas razas
 fuese el postrer día aquí.
 Mañana será el asalto...
 vá Málaga á sucumbir,
 que Isabel y don Fernando
 lo quieren al cabo así.
 Pero no: que un morabito,
 que llaman Abdul-djerid,
 y que se dice inspirado
 por el Profeta muslim,
 preséntase en la mezquita,
 do gime la plebe ruin,
 y cual salvador se anuncia
 de Málaga la gentil.
 Un puñal blande en su mano,
 que afilado se halla, diz,
 en la santa piedra negra
 y en el alfanje de Alí.
 —«Del cielo yo soy el brazo,
 yo cortaré la cerviz

del Goliat nazareno...
orad, creyentes, por mí.»

Y circula por las calles
con turbante carmesí,
á la oracion convocando
con el grito del muetzim.
Y tras el santón cruento
va multitud incivil,
y á su paso en tierra cae,
para besar su tahalí.

* Pues cuentan que de la Meca
es misterioso dervich,
y tiene etéreas visiones,
y lee en el porvenir.

Y parece poseído,
á veces, de un frenesí,
que le deja ver en claro
lo que está lejos de sí;
y en vertiginoso ensueño,
cual pitonisa febril,
lee el pensamiento extraño,
y no da razon de sí.

Nadie sabe cómo vino,
ni á dónde va á discurrir...
más el ídolo es del pueblo,
y oráculo de Boabdil.

Y en tanto que los cristianos
esperan la hora feliz
de plantar en Gibralfaro
la bandera de Lain,
sale el santón una noche
de Málaga la gentil,
blandiendo el puñal sagrado,
y gritando: «¡Orad por mí!»

ROMANCE XLIX.

La Perla de Andalucía.

Orillas del mar sentada,
 linde entre España y el Moro,
 está Málaga la bella,
 de lujo y de gracia emporio.
 Sobre ancho tapiz de flores,
 alza la hermosa su sólio
 cual reina de las ciudades,
 arrullada al són del golfo.
 Y su manto de esmeralda
 borda el aljófár del ponto,
 y el nácar de sus espumas
 refleja en sus pliegues corvos.
 Blandamente recostada
 al pié del cerro escabroso,
 donde Gibralfáro eleva
 sus torreones melancólicos,
 parece una beldad plácida
 dormida al arrullo sordo
 del piélago, y cuyo sueño
 vela ceñudo un coloso.
 Y de la agreste Alpujarra
 más atrás, los cerros toscos,
 (en semicírculo vasto
 abrazando sus contornos),
 semejan inmenso alcázar,
 en cuyas torres de plomo
 se guarda contra malsines
 de tal belleza el tesoro.
 Y cubiertas las colinas
 de frescos viñedos ópimos,
 sobre la corona espléndida
 de sus minaretes de oro,
 ciñenla límpida aureola,
 que como rubíes rojos

los ricos frutos esmaltan,
 que envidia el Oriente pródigo.
 Y hacen á la bella sombra,
 al són de blandos favonios,
 las palmeras de Damasco,
 de Bagdad el sicomoro.
 Y los rosales de Memfis
 perfuman sus frescos sotos,
 y en sus collados florece
 el eterno árbol de Apolo.
 El Mediterráneo tibio
 cual un espejo sin fondo
 que un sol fecundo ilumina,
 un baño de plata y oro
 ante la ciudad tendido
 parece á los vagos ojos,
 donde la hourí encantadora
 flota en deleite y en ocio.
 A lo largo de la costa
 entre verjeles vistosos
 asoman blancas aldeas,
 con sus campanarios góticos.
 Y allí, al declinar la tarde,
 los pescadores ociosos,
 cantan, secando sus redes,
 sentidos y ardientes polos.
 Allí están las enramadas
 do murmuran los arroyos,
 y una primavera eterna
 embalsama con sus soplos;
 allí aquel jardin sin vallas,
 de los de Armida bochorno,
 do naturaleza y arte
 magnífico alzan su trono;
 allí aquel mar sin borrascas,
 siempre terso y luminoso,
 que cruzan á toda vela
 las naves del mundo todo;
 allí las cascadas frescas,
 los surtidores marmóreos,
 y las bucólicas granjas,
 y los parques deliciosos;

allí, en fin, Málaga bella,
que aparece desde el golfo
ramillete de azuzenas
en claro tazon de pórvido.

ROMANCE L.

Los reales de la Cruz.

Del campamento cristiano
entre las tiendas sin número,
cierto pabellon descuella
por su magnitud y lujo.
Está, por cierto, situado
con gran discrecion y gusto
en lugar tan pintoresco,
como el más bello del mundo.
De Málaga hácia el ocaso,
media hora de sus muros,
entre campos florecientes,
bajo un cielo alegre y puro,
la ciudad al frente mira
con capiteles morunos,
terrados de mil colores,
con alcázares augustos.
El mar á la diestra mano
con sus lejanos arrullos,
sus empavesados buques,
sus horizontes purpúreos.
A la otra banda, las sierras
en panorama confuso,
donde Antequera la fuerte
oculta el perfil vetusto.
El litoral á la espalda,
copioso en preciados frutos,
que entre cuadros de embeleso
guia hasta el Estrecho hercúleo.
Desde allí, pues, la mirada
abarca en vario conjunto
cuanto la naturaleza
crea poético y sumo.

Las azuladas montañas,
 con vapores errabundos,
 do se desgaja el torrente
 cual reptil enorme y fúlgido.
 El Guadalmedina manso,
 que entre helechos y entre juncos,
 trocando perlas por flores,
 rinde á Anfitrite tributo.
 Campos de rosas vestidos,
 en ricos dones fecundos,
 y colinas de esmeralda,
 y esferas de cristal pulcro.
 Y villas y fortalezas,
 templos, palacios y muros,
 y magníficos verjeles,
 y soberbios montes rústicos.
 Y el mar, el mar, sin medida,
 con bajeles vagabundos,
 que entre las brumas parece
 que hacen por los aires rumbo.
 Y todo bajo un sol mágico
 y un horizonte cerúleo,
 entre un balsámico ambiente,
 es lo ideal... ¡es lo último!...

Allí los Reyes alzaron
 aquel pabellon moruno,
 de alcázar marcial á guisa
 durante el asedio duro.
 Dentro de sus ricos paños
 con formidables dibujos,
 la noche de abril divierten
 en importantes asuntos
 una muy bizarra dama
 y un caballero muy suyo,
 que afablemente platican
 con un capitan ligurio.
 Por fuera de la real tienda,
 de la noche entre lo oscuro,
 divaga una sombra leve...
 envuelta en capuz difuso.
 Evitando con cautela
 los centinelas nocturnos

y las rondas de los reales,
 escondida entre los juncos,
 con ojo voraz acecha,
 y vijila con escrúpulo
 de la entapizada ojiva
 los umbrales mal seguros.
 Pues sin duda los guardianes,
 en la confianza estúpidos,
 ó duermen junto á las armas,
 ó al solaz se dan ilusos.
 Al primer canto del gallo
 un mesnadero asaz mustio,
 con la partesana al hombro,
 ante aquel pórtico augusto
 á lento compás cruzando,
 queda por custodio único,
 en la oscuridad mas densa
 y el silencio mas profundo.

ROMANCE LI.

El regicida.

Es la marquesa de Moya,
 una matrona clarísima,
 y de Isabel la Católica
 camarera más quérída.
 Doña Beatriz, que ilustra
 el solar de Bobadilla,
 es la primera en la córte
 de la hispana monarquía.
 Hermosa como las flores
 de los cármenes de Elvira,
 con pensamientos muy altos,
 con un alma fuerte y limpia,
 une en su feliz persona
 esta inmortal favorita
 al mérito de la bella
 la virtud de la heroína.

Departiendo con don Álvaro
 de Portugal, le confia
 grandes asuntos de guerra,
 y cosas de mucha estima.
 Cristóbal Colon, que asiste
 en la española milicia
 con la matrona y el prócer,
 es quien tan grave platica.
 La alta proteccion demanda
 de aquella dama ilustrisima,
 para hallar un nuevo mundo
 por Leon y por Castilla.
 En lo más sabroso, empero,
 de estas puridades íntimas
 á la cámara se lanza,
 como exhalacion mortífera
 un moro, puñal en mano,
 con la faz enrojecida,
 cual dos carbunclos los ojos,
 hecho un leon de la Libia.

—«No hay mas Dios que Dios!» esclama,
 y cayendo ciego de ira
 sobre don Álvaro, el hierro
 en él sepulta homicida.
 Y revolviendo cual tigre
 en menos que se imagina,
 á la absorta rica-fembra,
 mortal un golpe la vibra.
 Dá en vago el bárbaro, y torna
 su arma á levantar impía;
 ya el golpe fatal descende...
 ya triunfa el vil... ¡Oh desdicha!...
 Mas no!... que Colon, midiendo
 el peligro con la vista,
 bizarramente se arroja
 entre el verdugo y la víctima.
 En su peto de gamuza
 se hunde la gumia morisca,
 y algunas gotas de sangre
 poco despues lo salpican.
 Requiere Colon la espada
 que va pendiente en su cinta,

mas no hay campo entre él y el moro
que brazo á brazo le hostiga.

El fanático á su pecho
un amago atroz fulmina,
pues por salvar á la dama
Colon su peligro olvida.
A su daga de Toledo
pone al fin la diestra invicta,
y al moro atajando el golpe
lo tiende á sus piés sin vida.
Pajes, soldados y guardias
con ballestas y con picas,
en la tienda al propio tiempo
en tropel se precipitan.

—«Ya salvé á Málaga! (esclama
el santón en su agonía);
ya los monarcas no existen
de Aragon y de Castilla.
Abdul-djerid soy, cristianos,
el de la oriental Medina,
el vengador del Profeta,
mártir de mi ley!... ¡oh dicha!...
¡Matadme, pues!... las houries
ya el eterno Eden me brindan...
¡matadme! Málaga es libre,
y mi venganza cumplida!»

—«¡Mientes! (Colon le interrumpe),
trueca en furor tu alegría,
salvos están nuestros Reyes,
oye esa salva festiva.»

—«¡Maldicion!...» prorumpe ciego
el fanático, de ira;
y en su sangre se revuelca
entre bascas convulsivas.
En él los soldados quieren
hacer sangrienta justicia;
mas Colon les cierra el paso
y les habla en esta guisa:

—«Esta es presa del verdugo,
y no de valientes digna;
córtenle, pues, la cabeza,
y clávenla en una pica,

y un tiro de catapulta
 á la plaza, en pos, despida
 sus despojos execrables...
 y al asalto de seguida.

ROMANCE LII.

El jardin de Baza.

Rendida Málaga bella,
 los soldados de la Cruz
 á Baza, la fuerte, sitian,
 que osada resiste aun.
 Al campo llega la Reina,
 ángel de gloria y virtud,
 y ánimo infunde á los bravos
 para morir por Jesús.
 La plaza tienen los moros
 de Boabdil el andaluz,
 tan recia y bien proveida
 que no han pavor ningun.
 Largos meses van de cerco,
 y á unos y otros el albur
 muy sangriento y empeñado
 va siendo de mancomun.
 Una noche, en que su astro
 brilla en el etéreo azul,
 de la plaza salen moros
 en armada multitud.
 Mudos van y recatados
 bajo el mando de Yacub,
 hácia las tiendas cristianas,
 de la sombra entre el capuz.
 Mas dejan tras de sí ocultos
 en un bosque de abedul,
 cuatro bandas de ginetes,
 hijos fieros del simoun.
 Los reales, al fin, divisan
 del sitiador, á la luz

de algunas mustias hogueras,
 que agita el viento del Sur.
 Ni un eco de sus pisadas,
 ni de armas rumor algun,
 la audaz empresa revela
 de la mora juventud.
 Está el campo de Castilla,
 de la neblina entre el tul
 de espera; mas tan callado
 cual vastísimo ataud.
 Súbito un grito de muerte
 y las trompas de Estambul,
 y los infieles leilíes,
 perturban la honda quietud.
 El campo asaltan los moros,
 con la antorcha y la segur,
 por dar á su ley y patria
 la libertad, la salud.
 Pero los cristianos velan,
 con marcial solicitud!
 Trábase pelea horrible,
 tiñe la sangre el azud,
 y los hijos caen de Muza,
 y los nietos del Astur.
 No hay alfanje ni mandoble
 ocioso en el vericú;
 cada golpe abre una herida,
 cada herida un ataud.
 Inflámanse en los mosquetes
 las mechas de ígneo betun,
 y á sus relámpagos brillan
 mil aceros al trasluz.
 Como el leon del desierto
 contra el tigre de Cabul,
 así moros y cristianos
 en riesgo lidian comun.
 Pero antes de que la aurora
 tienda el manto de tisú,
 y el grito de la corneja
 ahogue el canto del bulbul,
 á ciar empieza el moro,
 aunque es en lides tahir.

—«¡España, cierra!... ¡Santiago!
 (esclama el cristiano.) ¡Sus!...»
 Y la luna oriental huye
 ante la española Cruz.

ROMANCE LIII.

Morituri te salutant.

Hacia Baza van los moros,
 y los cristianos tras ellos,
 cuchilladas y mandobles
 disparando y recibiendo.
 Y aunque resistir intentan
 á los ginetes de acero,
 que al ruido de la algarada
 evacuan el campamento,
 los alfanjes damasquinos
 saltan en trozos deshechos
 al golpe de las tizonas
 de Vizcaya y de Toledo.
 Y la chusma infiel al cabo
 desbándase por los cerros,
 y los castellanos fuertes
 á su alcance corren ciegos.
 El campo queda sembrado
 de los mal parados perros,
 que pagaron con la vida
 la alarma de tantos buenos.
 Ya el himno de la victoria
 entonan los caballeros,
 y de Isabel y Fernando
 la salva llena los vientos.
 Mas súbito, por su espalda
 suenan leilíes guerreros,
 y atabales y añafles
 crujen con bárbaro estruendo.
 Y desde el fondo del bosque
 á la campaña saliendo,
 gran golpe de gente mora
 lánzase en galope á ellos.

Y el escuadron fugitivo
 tras de un collado rehecho,
 sobre los cristianos vuelve
 cual un rayo, al propio tiempo.
 Cayeron en la celada
 de sus enemigos pérfidos,
 que ya en torno los acosan,
 como los canes al ciervo.
 Perdidos son los cristianos,
 que tarde palpan su yerro:
 ó difuntos, ó cautivos:
 es la ley del sarracenò.
 El bravo marqués de Cádiz,
 que rige el cristiano tercio,
 la bandera de Castilla
 alzando en su brazo recio:

—«¡A mí los valientes! (dice),
 y el honor patrio salvemos:
 hora es de morir .. muramos,
 cual deben morir los buenos!»

Y á su bridon aplicando
 los acicates sangrientos,
 váse al moro á toda brida,
 el lanzon en ristre puesto.
 Los suyos en pos le siguen,
 cual un torbellino negro
 que del huracan en alas
 tala cuanto hay á su encuentro.
 Sumergidos en un círculo
 de sangre, estridor y fuego,
 como descarriadas naos
 entre las barcas del piélago,
 los soldados de Isabela
 dan el rostro á todo riesgo,
 y uno contra cuatro lidian,
 antes que rendidos, muertos.
 Sus filas están diezmadas
 muchos valientes cayeron;
 mas pagaron los infieles
 sus vidas á mucho precio.
 Pues de cada castellano
 en torno al cadáver yerto,

en monton fúnebre yacen
 cabezas, troncos y miembros.
 Mas ¡ay! que rotas las presas
 de las acequias de riego,
 y empapándose aquel campo
 en el húmedo elemento,
 en el fango los corceles
 se sumen hasta los pechos,
 y en pié se tienen apenas
 sobre aquel lúbrico cieno.
 Y el agua por los arroyos
 que circundan los oteros,
 cierra el paso por do quiera
 é inútil hace el esfuerzo.
 Y en tanto, como una nube,
 al escuadron indefenso
 los fieros árabes llegan,
 palmas de triunfo batiendo.
 Pero el Marqués y su gente
 pié á tierra echando en un cerro,
 en grupo heroico unidos,
 y en las manos los aceros:
 —«¡Reyes de las dos Castillas,
 (claman con viril acento),
 los que por España mueren
 os saludan desde el féretro!»

ROMANCE LIV.

¡Cierra, España!...

Lanzando Boabdil soberbio
 el grito de la victoria,
 al frente de sus vasallos
 á las víctimas se arroja.
 Fulminan sobre sus cuellos
 ya las cimitarras corvas;
 no habrá perdon para nadie,
 que así lo escribe Mahoma.
 Y aunque el Marqués y sus bravos
 con las toledanas hojas

un cerco de fuego vibran
 en torno de sus personas,
 van á morir, no hay remedio,
 va á sonar su última hora;
 la morisma los envuelve,
 la catástrofe se colma.

¡No, pardiez!... Que por los cerros
 cristiano escuadron asoma,
 y cae sobre los infieles
 como irresistible tromba.

Colon viene al frente de ellos,
 sobre un alazan de Córdoba,
 con empavonadas armas,
 que el corcel de espuma borda.

—«¡Gloria al Patron!... ¡cierra, España!...»
 grita con voz estentórea,
 y cierra con los de Baza,
 lanza en ristre, á toda costa.

Y horror esparciendo y muerte,
 él y los suyos se engolfan
 en las sorprendidas filas,
 de castanes y marlotas.

Y dan mandobles y tajos,
 y hieren, matan, destrozan,
 con sus hercúleos lanzones,
 con sus cortantes tizonas.

Allí vuela un cráneo al viento,
 ó un potro al ginete arroja,
 y cual tronchadas espigas
 cae allá la gente mora.

En vano de la sorpresa
 cuando Boabdil se recobra,
 á sus mejores soldados
 reúne con alma heroica.

Y en vano al tercio cristiano
 resistir valientes osan,
 y al peso de las espadas
 con las cimitarras corvas;

Colon y sus caballeros
 ante sí todo lo arrollan,
 como asolador torrente
 desgajado de las rocas.

En flagrantés torbellinos
los combatientes se chocan,
en monton denso se agitan,
de polvo entre nube cóncava.
Pero, al fin, los sarracenos
en desordenadas tropas,
por los cerros se derrumban
y por los campos galopan.
Y luego que el aura fresca
despeja la tibia atmósfera,
y de pardos torbellinos
limpia el campo de victoria,
Colon y el Marqués de Cádiz
sobre una sangrienta loma,
abrazados aparecen,
entre un cántico de gloria.

CAPITULO IX.

1492.

EL HOMBRE SIN NOMBRE.

ROMANCE . LV .

Cuentos e imaginaciones.

En Córdoba están los Reyes
con su patria y con su Dios,
Isabel la de Castilla
y Fernando el de Aragon.
En Córdoba está la corte
del cristiano vencedor,
de su libertad y gloria
saludando al nuevo sol.
En Córdoba están los héroes,
y aquel pueblo lidiador
que triunfó en Alhama y Loja
con Gonzalo y con Leon,
todo fiestas es y juegos,
cantos de victoria y loor;
son dichosos los monarcas,
contentos los pueblos son.
Mas de tantas alegrías
sobre el múltiple clamor,
álzase de gente á gente
conseja estraña veloz.

Háblase de un viandante
sin país, nombre, ni pró
que diz inauditas cosas,
que nadie dijo hasta hoy.
Y en Córdoba apareciendo
cual quimérica vision,
viene sin saber de dónde,
marcha sin saber á dó.
Cuenta de él la fama errante
con muy misteriosa voz,
que platica con los astros
y tiene alucinacion.
Que en sus febriles insomnios
círculos traza veloz,
murmurando enardecido
frases de pálido són.
Y en un pergamino viejo
un curioso, diz, le vió
consultar lúgubres líneas
de negro y rojo color.
Y que le han oido en sueños,
presa de vértigo atroz,
clamar: «¡Allí está!... ¡es mi mundo!...
¡si Dios lo hizo... le hallo yo!...»

Así la nueva circula,
así aumentase el rumor;
hablar de él puede Granada,
mas Granada verle, no.
Quien le cree un nigromante,
que en las aras de Astarot
con negras artes evoca
profética inspiracion.
Quien un ente misterioso
en él ver imaginó,
que entre sombras y conjuros
busca la obra de Dios.
Y no falta en las veladas
timorato pecador,
que apurado se santigua
cual si hablasen de Moloc;
cuando un cronista del vulgo
dice del encantador,

que habla al ulema de Córdoba
 y al rabino de Ascalon.
 Y si la imbécil anciana
 cuenta que su confesor
 amenaza tremebundo
 con negar la absolucion,
 al mísero fiel que osáre
 creer el impío error
 de que Dios haya podido
 un mundo partir en dos,
 entonces la turba sándia
 murmura alguna oracion,
 y se duerme muy tranquila
 del lugar en derredor.

ROMANCE LVI.

El marino genovés.

Vestido de humildes ropas,
 que la indigencia descubren,
 sin amigos, sin parientes,
 y sin valedores útiles,
 el hijo de la Liguria
 lucha con sus pesadumbres,
 en un rincon de la córte,
 sin que su voz nadie escuche.
 Preséntase á fray Hernando,
 de Talavera, que une
 grandes prendas de privanza
 con los monarcas ilustres.
 Le espone su plan y le habla
 con la elocuencia del númen;
 las cartas del venerable
 Marchena en su apoyo aduce;
 pero el bueno del prelado,
 de las teológicas luces
 mirando el gran pensamiento
 á la enmarañada lumbre,
 lo rechaza por absurdo
 é insensato... y en resúmen,

al triste Colon condena
 y de humillacion le cubre.
 Y luego se habla en la córte,
 (campo de plantas inútiles),
 del errante visionario,
 del aventurero fútil,
 que ofrece mundos y sueña
 con reinos sin fin... Y crujen
 los sarcasmos implacables,
 y torpes sátiras cunden,
 porque del mísero nauta
 que por Córdoba discurre,
 no hay faisanes en la mesa,
 ni en el vestido tisúes.
 ¡Infeliz!... El pan, acaso,
 el triste pan no le acude
 alguna vez, y en su albergue
 la pobreza reina lúgubre.
 Y el trabajo de su ingenio
 emplea, y apenas suple
 á sus pocos menesteres...
 y calla, y espera, y sufre.
 Pasa, en tanto, el tiempo, y nada
 consigue. La guerra ruge,
 y una rémora es la guerra
 de lo grande, y bello y útil.
 De aquí para allá la córte,
 en movilidad voluble,
 tan sólo piensa en combates
 con los moros andaluces.
 Triunfa en Moclin, toma á Loja
 y por la Vega difunde
 de la encantadora *Elvira*
 el són de los arcabuces.
 Toma á Córdoba, y hay fiestas,
 y mercedes, y produce
 Colon de nuevo á los Reyes
 ardientes solicitudes.
 Pero Sus Altezas parten
 otra vez, porque les urge
 de un rico-hombre turbulento
 castigar las inquietudes,

que del Padron y el Cebrero
 las verdes y altivas cumbres
 de la feudal anarquía
 con el férreo grito aturde.
 Y de Colon las gestiones
 en el olvido se hunden,
 antes de que se abran paso
 del trono á las altitudes.
 Hace frente el sin ventura
 á sus sinsabores múltiples,
 con dignidad, fortaleza
 y elevación no comunes.
 Un año así... y sus recursos
 lentamente se consumen;
 no hay planisferios que venda,
 ni mapas hay que dibuje.
 ¿Qué va á ser de él?... ¿Será fuerza
 que á su esperanza renuncie,
 y haya de salir de España
 do no hay quien su ciencia ayude?...
 ¿Ha de sufrir por más tiempo
 que de su verdad se dude,
 que su oferta se desprecie
 y su indignancia se insulte?...
 Porque pasa el tiempo, en tanto,
 y crecen sus pesadumbres,
 y nadie en Córdoba le oye,
 y de humillación le cubre.
 ¡Pobre mártir de la ciencia,
 ¡del error víctima ilustre,
 tu siglo no te comprende!...
 ¡ay! calla, y espera, y sufre.

ROMANCE LVII,

Tesoro escondido.

Es una noche de otoño,
 están las nueve sonando,
 y Colon dar en su puerta
 siente dos aldabonazos,
 cuando en su modesto albergue
 ante un bufete sentado
 profundamente repasa
 las líneas de un astrolabio.
 Su huésped luego le anuncia
 la visita de un hidalgo
 de buen porte y nobles canas,
 sin espada ni mostachos.
 A poco, el recién venido
 en el aposento entrando,
 con Colon cambia en un punto
 los cumplimientos del caso.
 Y luego que frente á frente
 solos están y sentados,
 el visitador nocturno
 alza en esta guisa el diálogo:

—Cristóbal Colon os llaman;
 hablar de vos oí harto;
 en Italia habeis nacido,
 y sois muy desventurado.

—Decís bien; más ¿en qué puede
 serviros Colon?...

—Un trato
 quiero hacer con vos.

—No entiendo
 de mercancías.

—Despacio,
 y perdon si en lo que os diga
 soy impertinente, acaso.

—Hablad.

—Guardais un secreto,
 poseeis, lo sé, un hallazgo

peregrino de la ciencia
y del genio audaz milagro.

—¿Y bien?

—Partidle conmigo,
y pedid sin tasa.

—Agravio
me haceis, por Dios, caballero,
y en mi casa estais!...

—Calmaos.

—Es que hay cosas...

—Por las mientes
no me pasa el mal conato
de ofenderos.

—No comprendo
entonces.

—Gracia demando
de nuevo á la atencion vuestra.

—Decid.

—Seré breve y claro.
La existencia de otro mundo
mas allá del Oceano
sabeis, y de córte en córte
auxilio vais demandando,
para dar feliz remate
á ese inmenso plan...

—Exacto.

—A Génova, cual buen hijo,
el imperio trasatlántico
brindásteis... y vuestra patria
lo despreció.

—Por su daño.

—Bien podrá ser que algun dia
su error llore. Al soberano
de Portugal luego fuisteis...
y allí un nuevo desengaño.

—Id adelante... hay memorias
que al corazon hacen daño.

—Inglaterra no responde
á la voz de nuestro hermano;
España... ya lo veis, tiene
que pelear sin descanso
contra el moro... y ni se acuerda

de vos siquiera, entre tanto.

—Mas triunfará, al fin, y entoncés...

—¡Triunfará, Colon! ¿Y cuándo?...

Pero sea así. Sus arcas
vacías, sus pueblos cansados,
y de sangrientas heridas
convaleciente el Estado,
¿qué pudieran daros?

—Francia,

Europa, en fin...

—Sueños vanos!

Hay que luchar contra el siglo,
y es para vos demasiado.

—Es decir...

—Que vuestra obra
morirá con vos, si un brazo
potentísimo no acude
á salvarla y á salvaros.
Yo lo puedo ser. Cededme
la mitad de vuestro lauro...

—Jamás!

—Ved que el vulgo os mofa.

—Yo le compadezco.

—Un año

perdísteis ya aquí.

—He perdido,
sin desesperarme, tantos!...

—Los teólogos...

—No habéis de ellos...
Dios es siempre Dios.

—Los sabios
vuestro proyecto rechazan.

—¡Sin conocerlo!... ¡Es muy llano,
pardiez, el discurso!...

—Os tildan
las gentes de visionario
y soñador de consejos...

—Y vendrán por insensato
á darme, al fin.

—Estais pobre.

—El que alimenta al gusano
no faltará al hombre.

—En suma,
un cuento de doblas...

—¡Paso,
caballero, en tal oferta
y de una vez concluyamos!
¡Yo prostituer mi genio!...
¡De mi gloria hacer yo tráfico!...
¡Profanacion!... A Dios sólo
debo yo ese don tan alto;
ó llenará mi destino,
ó á Dios lo volveré intacto.
A nadie ante él, ni ante el mundo,
parte otorgaré en mi arcano...
¿qué padre vende á su hijo?
¿qué fruto abandona el árbol?...
¡Nunca, nunca!... Id, caballero,
y olvidad lo que ha pasado!

—Buen Colon, dadme la diestra,
y si os place más los brazos,
(su interlocutor esclama,
el duro sitio dejando);
ahora os conozco, sí, ahora
cual sois, os estoy mirando;
ensayar quise el diamante,
y ciego quedo á sus rayos.

Y median esplicaciones
y ofrecimientos entre ambos,
que tierna amistad se juran
estrechándose las manos;
y el humilde alojamiento
deja Colon, mal su grado,
con el noble Geraldini,
del Pontífice romano,
Nuncio, que á morar le lleva
por huésped de su palacio,
cuando suenan lentamente
las diez en el campanario.

ROMANCE LVIII.

El tercer Rey de España.

Dos horas llevan, lo menos,
de coloquio sin testigos
el gran Mendoza y Colon,
entre esferas y entre libros.
Y al cabo de muchas dudas,
debates y racionios,
el gran cardenal esclama
con efusion:—¡«Convencido!
—¡Loado Dios, que ilumina
á su fiel siervo!... (el marino
repone, y en su faz luce
mesurado regocijo.)
—¡Bien decia Geraldini!...
de mi proteccion sois digno.
—¡Monseñor!...

—Y yo os la empeño...
decidlo á vuestro padrino.

—Dios y España quizá deban
en ello el mejor servicio
á Vuestra Eminencia!

—Puede
muy bien ser.

—Agradecido
yo eternamente...

—No hago
sino cumplir con mi oficio;
quien á los demás gobierna
nada se debe á sí mismo.
Hablemos del plan. Al pronto,
con franqueza aquí os lo digo,
á la sagrada ortodoxia
de los escritores bíblicos
no lo encontré muy conforme...
mas no puede ser impío
de Dios conocer las obras
y estender su nombre místico,

bajo su pendon cumpliendo
los sagrados vaticinios.

—Todo eso y más yo esperaba
de vuestro elevado espíritu...

—¡Cual imaginé, así os hallo...
superior á nuestro siglo.

Veamos, Colon, ahora
lo principal. ¿Qué partido
propondreis á Sus Altezas,
si acogen vuestro designio?...

—De virey y de almirante
para mí y para mis hijos
el título, en cuantas tierras
y mares descubra, pido;
el diezmo de los productos,
el imperio mero y misto.

En tal sazón penetrando
sin anuncio, ni permiso,
fray Hernando Talavera
en la estancia del ministro,
dice á Colon, con enojo
y desden mal reprimidos:

—¡Así Dios mi ánima salve,
como habeis perdido el juicio!
¡Virey y almirante!... ¡Es corto
de genio el recién venido!...

Pero el cardenal, tendiendo
su diestra á Colon, benigno,
y presentándole al frente
del intolerante obispo:

—Ved aquí mi ahijado (esclama):
que seais quiero su amigo.

Decid á su señoría,
buen Colon, lo que os estimo.

—¡Virey y almirante (sigue
diciendo el prelado altivo)
jamás!...

—Pues jamás tampoco,
(replica Colon tranquilo),
el nuevo mundo á la España
pertenece.

—¡Delirios!

¡Muy alto, por cierto, pica
el modesto advenedizo!...

—¡La humanidad es mi raza;
mi patria el mundo!

—¡Un mendigo
alzarse al nivel del trono!
¡Profanacion!...

—Reprimíos,
señor, y á Colon tratadme
cual merece el desvalido.
Y vos, Cristóbal, en gracia
de vuestro porvenir mismo,
moderad las condiciones
y yo del éxito fio.
—Perdonadme, si no cedo,
monseñor.

—No pidais títulos
de autoridad soberana,
y en lo demás...

—No desisto
de mi empeño.

—¿Y si se pierde
por ello el plan?...

—Bien perdido.
—Considerad vuestro estado,
mirad por vos.

—Nada miro.
Se trata de un mundo entero...
y debo cumplir conmigo

Y el bueno de fray Hernando,
oyendo tal finiquito,
sálese del aposento,
mal compuesto y desabrido.
Y luego á Colon le dice
de la Reina el fiel ministro:

—¿Renunciais, en fin?...

—A todo,
si he de hacer el sacrificio
de mi honor...

—¡Bien! Así os quiero.
Adios, y contad conmigo.

ROMANCE LIX.

Audiencia real.

De la castellana Reina
y el Monarca aragonés,
dos graves varones yacen
afinados al pié.
Con digno respeto besan
la regia mano, y despues
á un signo de los Monarcas
sus frentes alzar se ven.

—Bien venido á nuestras tierras
sea el sábio, dice el Rey...

Pero el don de Reina uniendo
á la gracia de mujer,
con anhelo más sentido
prosigue doña Isabel:

—Buen huésped, ya os escuchamos,
hablad á los Reyes, pues.

—¡Salud y prez, nobles Reyes!
con vos quiera el cielo ser.

Y rindiendo á Sus Altezas
homenaje asaz cortés,
con noble talante acércase
al monárquico escabel
el huésped que dijo ella,
el sabio que llamó él.

Y por Cristo, que talante
más bizarro y más cortés,
ni las armas le midieron,
ni le dió el docto pincel.
Su leal y austero rostro,
de rico matiz ayer,
las fatigas han curtido
y el dolor quizá tambien.
En los elocuentes ojos,
del azul globo al través,

un alma ardiente fulgura
 su grandeza y su poder.
 Y aunque en la guedeja suave
 quiebra el opaco oropel
 más de una nevada hebra,
 el hielo en su frente no és.
 Pues si del vital descenso
 va frizando en el dintel,
 fuego aun existe en su sangre
 y en sus fibras robustez.
 Y en sus bien cortadas formas
 arrogante está el desdén,
 y en su perfil grave y puro
 desde la frente hasta el pié.
 Varonil la gentileza
 y noble aspecto hay en él,
 con un sello misterioso
 de genio, grandeza y fé.
 Ciñe su cinto la espada
 y calza espuela también;
 viste morada ropilla
 de damasco cordobés.
 Y sendas calzas flamencas
 completan su honesto tren,
 con anteados borceguíes
 que ciñen su airoso pié.
 Y dando á su continente
 un porte digno de un rey:
 —¡Salud y prez! (repitióles
 á Fernando é Isabel.)
 Soy Cristóbal Colon; torno
 á vuestra tierra otra vez,
 y ante el trono español vengo
 con mi ciencia y con mi fé.
 Yo soy aquel que hace un año
 ofreció á los reales piés,
 de su mente y de su aliento
 homenaje hidalgo y fiel.
 Conmigo llevo, hace mucho,
 y por siempre llevaré,
 un arcano de los siglos
 y conquista del saber.

Luengos años de vigiliás,
 de mi vida el mejor sér,
 mi tesoro me ha costado,
 no quiero morir con él.
 Yo sé donde existe un mundo
 que vuestros ojos no ven,
 trás el caos de los mares,
 de las sombras al través.
 La ciencia me abrió el camino,
 lo he encontrado con la fé;
 venid en mi pos, Monarcas,
 y allí alzad vuestro pavés.
 La espada que lavó invicta
 el ultraje de Jerez,
 descansa sobre el despojo
 de la casa de Ismael.
 Levantadla... y á los climas,
 do el sol da el giro postrer,
 llevad el pendon de España
 y de Dios la escelsa ley.
 Yo iré delante. A mi acento
 al Océano vereis
 abrir sus vírgenes olas
 y dar senda á mi bajel;
 y al vibrar la Cruz radiante,
 á su luz desaparecer
 el vallar de la ignorancia,
 del mundo antiguo el cancel;
 y enfrenar de las tormentas
 el negro ardiente vaiven,
 iluminar los abismos
 y la creacion crecer.
 Y del fondo de las aguas
 herido con vuestro pié,
 una tierra hermosa y virgen
 surgir un dia vereis,
 coronada de sonrisas,
 de luz radiante su tez,
 con manto de ricas flores
 cual trasunto del eden.
 Mi mundo es aquel... Yo vengo

á ofrecerlo á vuestros piés...
 la empresa es digna de España,
 llevad vuestro nombre á él.
 Porque allí los siglos vean
 siempre el español pavés,
 y un mundo entero sea el trono
 de Fernando y de Isabel.

ROMANCE LX.

Las veladas de la Reina.

Rodeada doña Isabel
 de las damas de su córte,
 de un cartapacio copioso
 las anchas fojas recorre.
 Y fijando el manuscrito
 sobre un rico atril de bronce,
 esmaltado de oro y plata
 en bellísimos festones,
 á la bella esposa dice
 del buen don Rodrigo Ponce:
 —Marquesa de Cádiz, llega,
 toma ese volúmen, y oye.
 Divertir, marquesa, quiero
 la velada de las noches
 en que del gobierno sumo
 el peso depongo enorme,
 de una historia peregrina
 con las páginas veloces,
 que luz presten al discurso
 y al espíritu den goce.
 Ese es el libro encantado:
 lee ya, pues corresponden
 á la mayor de mis damas
 de mi solaz los honores.
 —Nos honra hacer de Su Alteza
 todos los deseos órdenes.
 —Lo sé bien. ¡Qué dulces horas

la sed del saber absorbe!...

¡Oh! Y esos cortos anales,
en apariencia tan pobres,
para mí interés tal tienen,
me hacen tantas ilusiones,
que solaces muy sabrosos
y pensamientos muy nobles
su fugitiva leyenda
espero me proporcione.

—Quien de vos tanto merece
de dicha envidiable es hombre.

—De ella es digno asaz, y digno
de que en mucho se le honre.

Verdad es, que ni su ciencia,
ni las magníficas dotes
de su corazon y genio
son vulgares, ni mediocres.

Colon es un sér gigante,
Colon llenará los orbes;
mi corazon me lo inspira
y jamás mienten sus voces.

—¿Y esta deseada historia
es la de Colon?... Su nombre
con misteriosos afanes
ví pronunciar.

—Aprensiones
de estultos y de envidiosos
que atronar quieren la córte,
porque de Colon la gloria
su encubramiento no estorbe.
Sí: sobre estos pergaminos
el compendio trazó informe
de su azarosa existencia,
campo de abrojos sin flores,
desde la cuna del niño,
y las fortunas del jóven,
y los trances del valiente,
y las congojas del hombre.
Cuando ayer le recibimos,
escitó su hidalgo porte
mi atencion, y demandéle
que de sí me diese informe.

Uno me ofreció completo,
y en mis manos puso entonces
ese memorial, que estimo
como un don de inmenso coste.
Lee, pues, mi camarera,
que, en las cuitas del grande hombre
meditando, esparcir quiero
las veladas de la noche.

CAPITULO X.

LA ESTRELLA DE LA TARDE.

ROMANCE LXI.

Páginas del corazon.

«Vais á saber, padre mio,
un arcano de amargura
que dentro el pecho llevaba
cerrado como en la tumba.
A saber vais una historia
de dos almas sin ventura,
que á vos por consuelo acuden
y perdon para su culpa.
Vos que conoceis del mundo
las vanidades absurdas
y comprendéis los afanes
de la humana criatura,
del corazon las dolencias,
del alma las cuitas turbias,
vereis con ojos benignos,
fin dando á tantas angustias.
Pues aunque de malas horas
ese sayal os escuda,
y la virtud acendrada
en vuestro espíritu alumbra,
sabeis que débiles somos,
que senda es la vida húmeda,

donde el pié fácil resbala
 y la caída es profunda.
 Y sabéis que la obra santa
 es para las almas justas
 levantar á los caídos,
 de Dios por la gracia augusta.
 En vos el amigo me oye,
 el sacerdote me juzga,
 y el varon bien venturado
 es mi esperanza segura.
 Quiéroos hacer, con palabras
 dignas de entrambos sin duda,
 la historia, pues, dolorida
 de una pasión sin ventura.
 Cronista seré yo mismo
 de mis puridades sumas,
 como si en ellas contase
 las estrañas aventuras.
 Me olvidaré de mi propio
 al bosquejar tal pintura,
 porque así conviene al caso
 y al solaz de quien escucha.
 Pues que despues de escucharme,
 demandaré vuestra ayuda,
 para pagar como bueno
 deudas de honor y ternura:
 y antes de dar á esta tierra
 el postrer saludo, en busca
 de las europeas córtés
 (ya que España me repulsa),
 calmaré así mi conciencia,
 venceré la suerte adusta,
 y seré feliz un día...
 trás tantos de duelo y lucha.
 Y si en lejanos países
 quiere el cielo que sucumba,
 el huérfano tendrá un nombre,
 y luto por mí una viuda.
 Y si el mundo me abandona
 despojo de la fortuna,
 habrá quien al menos ponga
 una flor sobre mi tumba.

ROMANCE LXII.

Llegar á tiempo.

«Cinco años ha, más que menos,
vivía yo triste y pobre
en Córdoba la morisca,
de los Reyes marcial córte.
Sin escucharme los sabios,
sin admitirme los próceres,
luchaba con mi fortuna
y ocultaba mis dolores.
Pero en vano mi esperanza,
siempre varonil é incólume,
por mucho y muy crudo tiempo
esperó días mejores.
En la soledad hundido,
cercado de humillaciones,
sin hallar para mis planes
amigos ni valedores,
meses y meses pasaron;
de vuestra amistad los dones
agoté... y hasta el sustento
cotidiano, al fin, faltóme.
Llamé al arte y á la ciencia
en mi auxilio... mas mediocres
fueron sus frutos; que es raro
maridar lo útil y noble.
Era infeliz... mas volviendo
Colon á casa una noche,
siente al doblar una esquina
de espadas airado el choque.
Aguja el paso, y percibe,
á los trémulos fulgores
de un farolillo pendiente
ante un Cristo del Azote,
tres mancebos que acorralan
de la calle en un esconce
á un hidalgo, cuyo esfuerzo
á prueba el mal caso pone.

Pasa y cierra, quita y toma,
 tajo á tajo, golpe á golpe;
 su acero está en todas partes
 como una sierpe de azogue.
 ¡Valor perdido!... su brazo
 se debilita... y á un poste,
 para sostenerse, asido,
 todo su aliento recoge.
 Sus enemigos lo estrechan,
 como suelen en el bosque
 al leon calenturiento
 los lebreles cazadores.
 Llega Colon, y arrancando
 á un moribundo el estoque,
 arrójase á la pelea,
 gritando:—«¡Afuera traidores!»
 Y sin compasion descarga
 sobre la canalla innoble,
 por la espalda combatida
 cuchilladas y mandobles.
 De los tres tiende á sus plantas
 al que más próximo coge,
 y al siguiente le hace un chirlo
 mayúsculo en el cogote,
 y la espada de las manos
 le arranca en pos, de un rebote.
 Va á caer sobre el tercero
 como poderoso roble
 que se desploma, y dispara
 casi á quema ropa entonces
 el malandrín mal herido
 un pistolete de bronce
 sobre él... y perdida bala
 de rechazo un hombro tócale.
 Colon vuelve el rostro, y viendo
 que va el sicario á galope,
 su propio dolor olvida
 por prestar auxilio al jóven,
 que al postrer de los rufianes
 hace frente con buen orden,
 al ver, un tanto repuesto,
 que uno cae y el otro corre.

Pero aquel perdonavidas,
 para habérselas no es hombre
 en buena lid con quien llega
 sin que se atine de dónde,
 despavilando bellacos
 sin temer á Rey ni Roque;
 y dando punto al negocio,
 piés en polvorosa pone:
 —En salvo estais (Colon dice
 al caballero); y responde:
 —¡Páguenoslo Dios! (el cuitado),
 y sin sentido desplómase.

ROMANCE LXIII.

Deuda sin pago.

Mal herido el caballero
 y perdida sangre mucha,
 no da en grandísimo rato
 señal de vida ninguna.
 Entre tanto se reúne
 de corchetes negra turba,
 que á Colon y al triste mozo
 ansiosamente circunda.
 —Está difunto: dice uno.
 —La herida no es muy profunda;
 repone el otro.
 —Si de esta
 sale!... mas allá murmura
 un curioso, meneando
 la cabeza, en són de duda.
 —Pobre señor!... una vieja,
 con voz cascada pronuncia
 de pechos á un ventanillo,
 desde el cual la escena alumbra
 con rancio candil pendiente
 de su mano seca y sucia.
 —Pulsos tiene aun! la sangre
 por sus arterias circula;
 prorumpe Colon, y le echa

agua en la faz moribunda.

Y al compás de los comentarios,
él y los demás á una,
la herida al doncel restañan
y la ropilla le enjugan.
Y le dan sendas fricciones
de aloque en las sienes mustias,
y le hacen aire en el rostro
con los birretes de plumas.
Vuelve al cabo en sí... recobra
poco á poco la confusa
luz del sentido, y le dice
luego á Colon, con ternura:
—¡Os debo la vida!

—De eso
no habéis. Lo que ahora acucia
es tratar de vos. ¿A dónde
deseáis que se os conduzca?
¿Preguntaré...

—Por don Lope
Enrique.

—¿Hay fuerza?...

—Alguna.

Vamos, oid.

—Hablad.

—Tengo
una hermana... si se asusta...

—Basta: yo proveeré á todo.

—Gracias!

—Que Dios nos acuda.

Y cuanto hace al caso y punto
ordenando con premura,
Colon al lisiado mozo
con solicitud difusa
á su vivienda conduce
seguido de la patrulla,
y en brazos de dos corchetes
que trecho en trecho se mudan.
Llegan al umbral, á tiempo
que el ancho zaguan ya cruza
hermosísima doncella,
ayes lanzando de angustia,

y arrojándose exhalada
 á la comitiva muda,
 desencajados los ojos,
 suelta la guedeja rubia.
 Pero al ver del triste hermano
 la imágen sangrienta y mustia,
 precipítase sobre ella,
 con sus brazos la circunda,
 la estrecha contra su seno
 y de sus lábios de púrpura
 con el suave aliento anhela
 dar vida á la vida suya.

—¡«Mi salvador!...» entretanto
 á la afligida hermosura
 dice el hidalgo, maltrecho;
 y con la mano convulsa
 á Colon una escarcela
 alarga, diciendo:—«Es tuya.»
 Colon la toma, y sin darle
 lugar á mezquina duda:

—Gracias os dan por mi boca
 (repone con gran medida)
 todas estas buenas gentes,
 que os desean salud mucha.

Y así diciendo y haciendo,
 reparte toda la suma
 de la cartera á la ronda,
 vuélvela al dueño, y saluda.

—No os vayais; (la noble dama
 le dice entonces) es mucha
 nuestra deuda... y aquí hay alguien
 que la comprende... y os juzga.

Y tiende la rica hembra
 á Colon su diestra ebúrnea,
 que toma para besarla
 el marino entre las suyas.

—¡Sangre aquí también! (prorumpen
 la doncella pudibunda),
 estais herido!... ¡Dios mío!...
 y su voz el susto anuda.

Y mientras sus camareras
 de la bella niña curan,

y con esencias acuden,
y la desatan la túnica,
Colon, de sí mismo incierto,
deslizándose en la turba,
con su pensamiento á solas,
vá por las calles oscuras.

ROMANCE LXIV.

Las almas gemelas.

Van días y vienen días,
y en tanto el noble doliente
por su lesion mal parado
acaso espera la muerte.
Y cabe el sangriento lecho
pasan las noches no breves
doña Beatriz la bella,
y Cristóbal el valiente.
Y las prolijas veladas
de vez en cuando divierten,
con los proyectos que agita
el genovés en su mente.
Colon ya dijo á la bella
sus afanes y reveses,
la pobreza de su vida,
la ceguedad de su suerte,
y la gigantesca idea
que en su ánimo osado hierve,
y que inmortal por los orbes
habrá de hacer su progénie.
La noble jóven le escucha
con interés vehemente,
porque como bello el rostro
discreto el ánimo tiene.
Y es de Colon la palabra
tan íntima y elocuente,
tan rica de poesía,
de sentimiento tan fuerte,
que la embebe y arrebatá,
como por los campos suele

á quien la inspiracion lleva
 en sí, cual eterna fiebre,
 el susurro de los bosques,
 el murmullo de las fuentes,
 el suspiro de las brisas
 y del valle el eco ténue.
 Y en Colon columbró un hombre,
 de los hombres diferente,
 y él un corazon inmenso
 halla en aquel vaso débil.
 Pues cuando se hallan dos almas
 de privilegiado temple,
 con atraccion misteriosa
 se confunden y comprenden;
 y al encanto subyugadas
 de magnética corriente,
 viven una misma vida,
 con un mismo afecto sienten.
 Colon sus cuitas relata,
 y ella dulce llanto vierte;
 y si cuenta sus combates
 en altivo ardor se enciende.
 Y de sus labios la jóven
 en honda emocion pendiente,
 del genio que le ilumina
 la santa inspiracion bebe.
 Y la deslumbran, tan pronto,
 con su imágen floreciente
 en poéticas pinturas
 los atlánticos edenes,
 que á los seductores cuentos
 de las hadas se parecen,
 con mágica voz contados
 por los genios del ambiente,
 como se extasia luego
 cuando á vislumbrar se atreve
 el porvenir de grandeza,
 de aplauso y gloria perenne
 que guarda al náuta sublime
 la fortuna entre sus pliegues.
 Una de aquellas veladas,
 mientras el enfermo duerme,

están los dos asentados
 ante un gótico bufete.
 Cartas de mar hay encima,
 compases, mapas y enseres,
 y una esfera que el marino
 hace girar sobre un eje,
 para explicar á la dama,
 sencilla y visiblemente,
 de su colosal idea
 la demostracion más breve.
 Habla Colon con el fuego
 de la inspiracion celeste;
 fluye la voz de su boca
 como el agua entre los céspedes;
 arde la llama sagrada
 del entusiasmo en sus sienes,
 y su majestad augusta
 se ilumina, se engrandece.
 Llevan ya no corta pieza
 de espacio así frente á frente,
 cuando súbito la hermosa,
 estática y vehemente:

—¡Gloria al genio!... (clama) ¡gloria
 á quien de Dios se hace intérprete!
 No se cómo... mas comprendo
 que eso es grande, providente;
 me lo dice aquí en el alma
 una intuicion celeste.
 No habéis de ciencias... me pierdo
 en sus tenebrosas redes;
 con el fuego sacro habladme
 de los inspirados séres.
 Para maravillas tantas
 el entendimiento es débil;
 pero el corazon, sin darse
 de ello razon, las comprende.
 ¡Colon... Colon!... Dios ha impreso
 su dedo sobre esa frente...
 sois el mayor de los hombres!...
 ¡Mísero el que en vos no cree!...

—Feliz yo!... (Colon prorumpe,
 entregándose al torrente

de su emoción): Dios un ángel
 á mis dolores concede!...
 ¡Feliz yo!... Ya hay en el mundo
 fé para mí!... Hoy amanece
 el día del bien!... Yo encuentro,
 tras de pruebas muy crueles,
 un corazón como el mío,
 que á mi voz ecos devuelve
 por vez primera, y sus alas
 conmigo al espacio tiende.
 Campo virgen que retoña
 generoso la simiente;
 limpio lago, que refleja
 la espléndida luz del éter.
 En vuestra alma el númen sacro
 de los poetas florece,
 alma superior al siglo,
 y que del vulgo despréndese:
 alma, mitad de otra alma,
 que en el desierto terrestre
 buscábanse como hermanos
 que se unen hoy para siempre.

Y el sábio y la bella estrechan
 sus manos en dulces éxtasis,
 como dos estrellas se unen
 y en los espacios se pierden.

ROMANCE LXV.

El astro entre nubes.

No habrás, lector, dado á olvido
 que uno de aquellos bellacos
 hirió á Colon por la espalda
 con sendo pistoletazo.
 Pero lo que tú no sabes
 y hace que sepas al caso,
 es que enconada la herida
 le aqueja por cierto hartó.
 Las veladas, el desprecio
 del accidente liviano,

tantos dias intranquilo,
 tantas noches sin descanso,
 recrudecieron la herida
 y la salud le robaron.
 Y hoy yace en oscuro lecho
 en su albergue solitario,
 sufriendo solo sus penas,
 sufriendo triste y callado.
 No hay doctor que le visite,
 ni amigos que le den ánimo,
 ni quien le infunda esperanzas,
 ni le prodigue cuidados.
 Él propio su lesion cura
 de aceite y agua con bálsamo,
 y hace de sus pobres ropas
 los vendajes con sus manos.
 Con él lo poco que tiene
 apura el huésped honrado,
 y vá á verse en la miseria
 de muy corto tiempo al cabo,
 sin consuelos ni piedades,
 al frente del mal... ¡Cuitado!...

Una tarde, á sol poniente,
 está á solas contemplando,
 por la fiebre mal vencido,
 Colon su mísero estado.
 Frente á frente con sus males,
 en su lecho solitario
 tristísimos pensamientos
 llenan sus dias amargos.
 Y en tanto cayendo el dia
 lentamente paso á paso,
 con penumbras misteriosas
 envuelve el tétrico cuadro.
 Suena la oracion... y entonces
 murmura el paciente, á espacio,
 la plegaria vespertina
 al són solemne y pausado
 que en los altos agimeces
 del gótico campanario
 por el ambiente derraman
 los esquilonos cristianos.

La última palabra muere
 apenas entre sus labios
 del sordo rezo, y suspiros
 exhala del pecho, lánguidos,
 cuando el umbral del recinto
 viene en silencio cruzando
 una dama, bien velada,
 de aire gentil y pié escaso.
 Y dirigiendo hácia el lecho
 en pos sus ligeros pasos,
 parada á corta distancia
 queda, é indecisa en tanto.
 Porque Colon se incorpora
 su vista en ella clavando...
 y un instante de silencio
 y suspension media entre ambos.
 —¡Vos, señora, aquí!... prorumpe
 absorto, al fin: y quitando
 la tapada, al propio tiempo,
 de su frente el negro manto,
 tras de sus pliegues descubre
 un rostro de ángel tan plácido
 cual el de la blanca luna
 entre nubarrones pardos,
 suele al declinar el día
 asomar por los collados.
 —El que debe, satisface,
 (repone al lecho llegando
 la doncella.)

—Avergonzarme
 no querais.

—Mal vuestro grado,
 cumplirá el deudor, si admiten
 tan hidalgas deudas pago.

—No hay acreedor que demande...

—Por ende, obliga más alto.

—Cumplir con Dios y conmigo.

—Con vos cumplir es del caso.

—¡Tan discreta como hermosa!

—Tan noble como bizarro!

ROMANCE LXVI.

Hada benéfica.

Y una y otra vez la tarde
declina opaca y medrosa,
y repite la hermosura
su visita una vez y otra.
Colon casi va repuesto
de aquella lesion traidora;
pero hay otra herida en su alma,
ménos mortal y más honda.
Embebido está una noche,
por cierto á primera hora,
en sentidas puridades
por lo que el rostro denota.
Y acaso, acaso estaria
así la velada toda,
si la gentil cordobesa
no entrase en escena ahora.

—¡Albricias para mí!... (esclama,
con sonrisa deliciosa):
si el doliente deja el lecho,
el doctor está de sobra.

—¡Angel bienhechor!... (la dice
Colon, y pone su boca
sobre una mano de nieve
que al mármol terso abochorna.)

—¿Me aguardábais?

—Como aguarda
el labrador á la aurora.

—Visita de despedida
la de hoy ha de ser.

—Es cosa
triste, pardiez!

—Ya cobrada
teneis la salud.

—La debo
á vuestra presencia próspera.

—Bien es que por vuestra vida

mireis, porque mucho importa;
que para España y el mundo
vale por demás.

—Señora,
no habéis así...

—¿Pues qué?

—Nada...

nada, porque me sonroja
tanta bondad.

—A esa cuenta
mi hermano, Colon, responda.

—Nada soy...

—Teneis, empero,
corazon.

—Por la Madonna,
eso sí... y en él, eterna,
vivirá vuestra memoria.

—¿Eso tambien?..

—Para siempre...

¿lo entendéis bien?...

—Prenda heróica

soltáis!

—Vos de mi pobreza,
como un hada bienhechora
en el seno aparecísteis;
vos pasásteis tristes horas
junto á mi dolor, calmando
mis tristísimas congojas;
vos á mis lábios llevábais
el agua consoladora;
vos aliviásteis mis males
mejor que la ciencia toda.
Todo esto habéis hecho... y todo
lo tengo en el alma!... Ahora
partid, si quereis, y al cielo
rogadle que me socorra.

—¿Qué quereis de mí?... Es preciso
de esta existencia angustiosa
salir; ya hacemos en ello
don Lope y yo cuestion de honra.
Pedid estados.

—Humilde

mi cuna fué.

—Honores, pompas.

—Vanidad son.

—Valimiento

en la córte.

—De lisonjas

no sé.

—Fortuna.

—Voluble

deidad!

—Riquezas.

—La gloria

no dán.

—En fin, ¿nada?

—Nada.

—Pobre estais.

—Dios no abandona

al que fia en él.

—Mi casa

venid á habitar.

—Es honra

muy dulce... pero imposible
para los dos.

—¿No hay en Córdoba

nada para vos?...

—Dejadme

callar.

—¡Alma grande y sola

en el mundo!... Esta es mi mano,
tomadla, pues no tengo otra
prenda mejor para el hombre
acreedor á una corona.

ROMANCE LXVII.

El hilo de la ocasion.

Repique de aldabonazos
en la puerta de la calle
el diálogo interrumpe
y alborota el hospedaje.
Y sin vénia, ni cumplidos,
á poco penetra un paje
azorado y sin aliento
por la cámara adelante.
—¡Floret!... ¿Cómo así?...

—¡Señora!...

—Dime que hay.

— Perdonadme...

pero mi señor don Lope...

—Mi hermano... ¿qué?

—Duro, trance

le amenaza.

—¡Santo cielo!...

—No sé que oí de un derrame
interno... en fin, que un peligro
temen mortal...

—¡Cristo, válmel!...

—¡Corramos, pues, á su lado,
doña Beatriz! (alzándose
Colon de su taburete,
esclama resuelto y grave.)

—¡Tambien os matais!

—Cuidaos

poco de mí.

—Un crimen casi
fuera... no... no; la salud...

—Os juro

que es mi designio inmutable.

Y tomando un ferreruelo
y un buen estoque de Flándes,
su mano ofrece á la dama
con ademan arrogante,

y con presurosos pasos
de la estancia entrambos salen;
ella sin pensar en sí,
él de sí mismo olvidándose.
Pasa apenas media hora,
y junto al lecho en que yace
el mal parado don Lope,
se hallan los dos, y un enjambre
de domésticos y amigos,
médicos y practicantes,
en torno al enfermo asisten
en el imponente lance.

Calladas las lenguas todas,
mustios todos los semblantes,
mientras Colon le consuela
doña Beatriz le plañe.

Asido el pulso le tiene
un sabio médico árabe,
y para escuchar sus culpas
espera allí un pobre fraile.
Y un notario de Su Alteza
llega sin aliento casi,
con todos los menesteres
que á su oficio y uso atañen.
Y el noble enfermo, á la vista
de los mustios circunstantes,
ordena su testamento
con voz clara y rostro afable:

— «*Item...* (dice al escribano,
tras de las formalidades
jurídicas, el paciente,
como anudando la frase):
»A Colon, como recuerdo
»de gratitud perdurable,
»los señoríos y rentas
»de Torre-alta y Guadalfarce.»

Pero Colon le interrumpe
conmovido:—Perdonadme;
acepto ese sentimiento
noble, en lo mucho que vale;
mas renunció el don.

—Entonces

me pedireis lo que os cuadre,
que concedéroslo juro,
así Dios mi ánima salve:
aunque de mi casa y bienes,
de mi honor y de mi sangre
tal merced la mejor sea,
hablad, y es vuestra al instante.

Calla el enfermo... con ánsia
se miran nuestros amantes;
ella suspira... él vacila...
y se entienden, sin hablarse.
Un nombre asoma á los lábios
de Colon, pero recóbrase
súbito, lo que en él pasa
sin que alcanzar pueda nadie:
—Os pide (dice tranquilo)
sólo una gracia.

—Adelante.

—El perdon del desdichado
que os ha puesto en éste trance.

—¿Y nada á vos?...

—¡Vuestros brazos!

—¡Tomadles, Colon, tomadles!...

Y con las almas deshechas
ambos amigos enlázanse,
y lágrimas de ternura
de todos los ojos caen.

ROMANCE LXVIII.

Palabra contra palabra.

Tres meses ¡oh lector! pasa
de un solo salto conmigo,
en tanto que el buen don Lope
sale del mortal peligro,
merced á uno de Avicena
docto y osado discípulo,
que en las escuelas de Córdoba
presta á la fama prodigios.
Héle, pues, en su aposento

sobre un sillón bien mullido,
 en plática interesante
 á solas y sin testigos
 con su bellísima hermana
 que, desde un diván morisco,
 en esta guisa le escucha
 seguir al coloquio el hilo:
 —Sí, Beatriz; es ya tiempo
 de tomar ese partido:
 el trance por que he pasado
 me hace vivir sobre aviso.
 No quiero dejaros sola
 en el mundo, si en servicio
 del Rey sucumbo en la guerra,
 ó de otro mal caso.

—Fio

en Dios que os guarde la vida
 en guerra y paz.

—El destino

es un arcano, y debemos
 esperarle precavidos...

—Tomad esposo.

—Veamos

cómo ha de ser.

—Muy sencillo.

Lo será don Arias Ponce,
 Señor de Alcañiz.

—No admito.

—Es jóven, ilustre!...

—Nada

me da de más.

—Tiene brío

y gentileza.

—Mancebos

y con todo eso hay mil.

—Es rico...

—Nada he menester.

—Os quiere

bien.

—Podrá ser mi amigo.

—¿No más?

—No más.

—¿Por ventura,
á otro amais?

—Vos lo habeis dicho.

—¿Y quién?...

—Colon.

—¡Dios me valga!...

¡Colon vuestro amante!...

—El mismo.

—¡Imposible!

—Todo es suyo

mi corazon ya.

—¡Delirio!

Pero en él ¿qué amais?

—El genio,

de Dios reflejo magnífico.

—Oidme, Beatriz, oidme
y medita lo que os digo.

Os habla por mí el buen padre,
que con tanto amor perdimos.

—¿Qué misterio?...

—Allá en la rota

de Moelin, por la de Cristo

santa ley dando la vida,

«Guarda á tu hermana (me dijo):

«sobre ella el poder te lego

«de mi nombre, á tu albedrío;

«cásala, como merece,

«y hazla feliz, hijo mio.»

—¿Y bien?

(Con voz conmovida,

tras un intervalo exiguo

de silencio, la doncella,

repone):—¡Y bien!...

—¿Comprendido

no habeis?... (don Lope replica,

entre asombrado y esquivo):

—Comprendo que de mi padre

no interpretamos lo mismo

la voluntad.

—¿Yo no os caso

cu al mereceis?

—Es preciso

hacerme dichosa.

—Tengo
su autoridad, y os exijo
la obediencia.

—Mi desdicha
no pudo querer, no quiso
el que me dió el sér.

—Soy dueño
vuestro, pardiez!...

—Sólo es mio
mi corazon.

—Ved que he dado
mi palabra; y por Dios vivo,
la habré de cumplir.

—Palabra
tengo yo tambien.

—¡Me abismo!...
¡Amar á Colon!... ¡á un hombre
sin patria, ni hogar!... ¡á un mísero!...

—Le amo, sí, con toda el alma,
con entusiasta delirio.

—¡Y no os correis!...

—No; mi orgullo
en merecer su amor cifro;
porque es grande, porque lleva
en sí un tesoro escondido,
y en su frente de la gloria
brilla el sello eterno escrito.

—Habeis de olvidarle.

—Nunca
hembras como yo, al olvido
sus promesas dan.

—Veremos;
quién cede á quién.

—Os suplico
no seais tirano.

—Basta!
—¡Por la madre!...

—Basta, digo;
mañana don Arias llega.

—Oirá un no.

—¡Idos ya, idos...

Beatriz...

—Que Dios os guarde.
—Él alumbra vuestro espíritu.

ROMANCE LXIX.

Un duelo de buena ley,

Por las riberas pintadas
del claro Guadalquivir,
Colon pasea una tarde
pensando en su Beatriz,
cuando á él se llega un mancebo
de continente gentil,
que con marcial desenfado
la plática entabla así:
—¿Cristóbal Colon?...

—El mismo.

—¡Os busco ha dias!

—Decid

por qué y para qué.

—Al demonio

me iba dando ya.

—Con ir

á mi alojamiento, fuera
de pena estabais.

—Allí

penetrar no puedo; luego
sabreis la razon.

—En fin,

ya me hallais.

—¡Dios sea loado!

Voy á ser muy breve, oid.
A doña Beatriz Enriquez
amais.

—¡Caballero!...

—A mí

me estorba ese amor.

—¿Acaso

sois don Arias Ponce?

—Sí.

—Ya estoy al cabo.

—Es preciso matar por ella, ó morir.

—¿Y cuál es vuestro derecho para tanto?

—¿Cuál es mi...
El de que es mi prometida.

—Y su corazon, decid,
pues no debeis ignorarlo,
¿es vuestro?...

—No, pese á mil
de á caballo!... mas don Lope,
su hermano mayor...

—Seguid.
—Y señor natural, tiene
palabra dada.

—¡Y así
una doncella pensais
hacer vuestra! ¡Y la infeliz
no tiene voluntad!... Ella
es quien debe decidir
entre vos y yo.

—No entiendo
esa plática sutil.
El caso es de honra. Una dama
hay comprometida aquí:
un hidalgo á quien en coro
silbará todo el país,
si cobarde ó desairado
deja el campo, y un feliz
amante.

—¡Don Arias!...

—Todo,
y más de lo que á una lid
hace falta. ¡En guardia, amigo,
y válgao San Martin!

Y tira de su tizona
con arranque varonil,
saluda á su antagonista,
y le presenta el perfil.

—¡Bien está! (sin conmoverse
Colon le dice) reñir

podemos... antes, empero,
oidme.

—¿Y bien?

—¿No advertís
que la honra de una dama
en lenguas del vulgo vil
vamos con nuestro combate
á entregar?

—Quizá.

—¿Y tan ruin
quién será que no anteponga
el respeto mujeril,
á su venganza?

—Y entonces,
¿cómo hacer?...

—Contra Coín
los monarcas aparejan
una algarada; venid
conmigo á ella.

—¡Me place,
me place, por San Dionís!
—Veamos quién contra el moro
sabe mejor esgrimir
la fuerte lanza; veamos
quién es más bravo adalid;
y el que arranque más laureles
á los hijos de Boabdil,
y en el campo de la gloria
dé mejor razon de sí...
ese sea el venturoso
y haga suyo el serafín.
—¡Soberbio, pardiez!...

—Mañana
pido plaza.

—De Alcañir
en el tercio falta me hace
un capitan.

—Yo lo fui
por tierra y mar.

—Admitida
la banda, pues.

—A partir

cuando os plazca.

—Que uno solo
ha de volver.

—Recibid
mi palabra.

—Esa es mi mano.

—¡Ponce!...

—¡Colon!...

—¡A Coín!

ROMANCE LXX.

Funcion de guerra.

Sobre Coín la florida
caen los castellanos tercios,
y un golpe de mano arriesgan
contra su castillo recio.
Mas alcaide es de la villa
Halec, cierto moro terco,
y á los cristianos recibe
pronto á morir en su puesto.
Tres días hace que dura
el crudo y porfiado cerco,
y dia y noche se lidia
donde quiera cuerpo á cuerpo.
Dos asaltos van perdidos
y urge intentar el tercero,
pues la Alpujarra está en armas,
y Boabdil manda refuerzos.
Mas las murallas son fuertes,
defiéndenlas como perros
los infieles, y muy caro
vender saben su terreno.
Los soldados de Castilla
demandan á sangre y fuego
entrar la enemiga plaza,
en desagravio sangriento
de las malas aventuras
de los pasados encuentros,
que asaz mohinos les tienen

y á darse al diablo dispuestos.
 Al fin, el conde de Niebla,
 caudillo en aquel asedio,
 ordena hacer escalada,
 cara á cara, y pecho á pecho,
 en aquella noche misma,
 del gallo al canto primero,
 y todo al caso se apresta
 en su débil campamento.
 Caen las sombras de los montes
 sobre los valles amenos,
 y las campiñas y aldeas
 la noche envuelve en su velo.
 La plaza está alerta; el campo
 de España yace en silencio;
 densísima es la tiniebla,
 y poco apacible el tiempo.
 Ya la primera vigilia
 tocando se halla á su término,
 y en ordenanza formados
 están los cristianos tercios,
 detrás de las estacadas
 y matorrales y setos,
 que en torno guardan y ocultan
 su escaso atrincheramiento.
 Rompen su marcha en tres grupos
 que, por tres puntos diversos,
 han de dar sobre la villa
 á la vez y de concierto.
 Don Arias Ponce es el jefe
 del más crecido y apuesto
 que ha de atacar de improviso
 un portillo algo desierto,
 mientras las otras mesnadas
 llaman por puntos opuestos
 la atención del enemigo,
 con el terror y el incendio.
 Y queda el valiente conde
 con cien hombres de repuesto,
 para acudir donde el lance
 lo haga menester y el riesgo.
 Cada cual por su camino

marcha, los pasos midiendo,
 sin que aperebirse puedan
 los vigías moros de ellos.
 Y piérdense entre las sombras
 de los olivares densos,
 como fantasmas nocturnos
 que en sus alas lleva el viento.
 Calla todo... el centinela
 da el alerta soñoliento,
 que de boca en boca corre
 y va á perderse á lo lejos.
 Y otra vez todo enmudece,
 y el triste muetzelin luego
 desde el minarete anuncia
 de la noche el punto medio.
 Y súbito rasga el aire,
 al són de confuso estruendo
 el grito de: «¡Viva España!
 ¡Santiago, cierra y á ellos!»
 Y las bombardas retumban,
 y estalla el mosquete fiero,
 y ya las espadas crujen,
 y ya el combate está ardiendo.
 Pues los sitiados no duermen,
 y en tropel acuden presto
 á la defensa del muro
 que asaltan los nazarenos.
 Y á los que por las escalas
 osan trepar los primeros,
 á los fosos precipitan
 sino mal heridos, muertos.
 Pero otros valientes suben
 y otros suben detrás de estos,
 en tanto que otros intentan
 prender á las puertas fuego.
 Quien pone el pié sobre el muro
 allí queda sin aliento;
 quien, al derrumbarse, arrastra
 al que le ha pasado el pecho.
 Alguno hay tambien que lucha
 brazo á brazo y peto á peto
 con el infiel, lo levanta

y lo arroja por los vientos.
 Terrible es la lidia; el campo
 harto enriscado y estrecho;
 van los cristianos en baja,
 los moros van en aumento.
 Halec defiende en persona
 la puerta del Sultan viejo,
 y el yatagán en sus manos
 es un rayo del infierno;
 y Alarce, jéque de Ronda,
 en el pórtico del Cuervo
 hace frente al enemigo
 con dos tribus de Marruecos.
 Aquí y allá la contienda
 se encrudece por momentos;
 furor respiran las almas,
 nadie escatima su esfuerzo.
 Tajos, reveses, mandobles
 repártense ciento á ciento;
 corre la sangre, esparcidos
 ruedan despojos y miembros.
 Y en tanto que el viento asordan
 los leilíes sarracenos,
 los castellanos, repiten:
 —«¡Santiago, cierra y á ellos!»

ROMANCE LXXI.

El rival.

En lo mejor del combate
 sale del cercano soto
 Arias Ponce con su gente,
 con paso ligero y sordo.
 Una viga formidable
 de diez peones va en hombros,
 que por un cabo remata
 el férreo cráneo de un toro.
 Y colosal catapulta
 en vilo conducen otros,
 y escalas desmesuradas,

y haces de leña y abrojos.
 Avanzan por la vereda
 en haz de batalla todos,
 y sobre el portillo alto
 desembocando de pronto,
 arrojánse á la embestida,
 cual sobre el redil los lobos.
 Y mientras los vigilantes
 dan el alarma en redondo,
 y al són de sus arcabuces
 á Halec demandan socorro,
 los bravos hijos de España
 sin lanzar un grito solo
 aparejan sus ingenios,
 y con tablas y con troncos
 de árboles, ciegan la cara
 y llano dejan el foso.
 Y empujan á la carrera
 el ariete doce moros
 robustos, sobre el rastrillo,
 que á su empuje tiembla ronco.
 Y se hacen atrás de nuevo
 con el artefacto monstruo,
 y nuevo golpe descargan
 que estremece el muro todo.
 Pero á las altas almenas
 acuden, al fin, los moros,
 y lanzan piedras y dardos
 y cuanto encuentran atónitos
 á mano, entre la sorpresa
 y el desórden: y aunque pocos,
 la rabia en que arden ayuda
 presta á sus ánimos torvos.
 Dobla el sitiador, en tanto,
 sus ímpetus; el destrozo
 de la máquina ferrada
 es en el peine notorio.
 Mas en turbion ya descenden
 por los mata-canés góticos
 cien proyectiles mortíferos,
 que grima ponen y asombro.
 Ballestas, arcabuzazos,

venablos cortantes, chorros
 de cera y pez derretidas,
 de hirviente cal denso polvo,
 en infernal remolino
 sobre el escuadron heróico
 caen, desolacion sembrando
 y estrago y horror en torno.
 El ariete ya no puede
 jugar: pero sobre el roto
 peine lanzan las balistas
 de granito enormes globos,
 que los portones y lobas,
 haeiendo á su ímpetu trozos,
 desquician y echan por tierra
 entre ruinas y entre escombros.
 Exhalan nuestros valientes
 un alarido de gozo,
 y la morisma responde
 con gritos de furor rancos.
 Ordena Ponce una escuadra
 de soldados animosos;
 forma el testudo y penetra
 bajo un diluvio de plomo
 y de arrojadizas armas,
 (que hieren con fragor bronco
 los broqueles), por la oscura
 poterna, entre los despojos
 de destruccion y de muerte
 que obstruyen sus quicios toscos.
 Mas ¡ay! que desde lo alto
 del baluarte, los moros
 le ven acercar, y hallándose
 de su furor en el colmo
 sin medios de resistencia,
 arriman los fuertes hombros
 á las almenas, y empujan
 los sillares que, el aplomo
 perdiendo, caen por lor aires
 cual si horrendo terremoto
 los derrumbase. Y es tanta
 la furia de los indómitos
 defensores que, arrastrados

por la ruina siete ú ocho,
 al abismo envueltos ruedan
 entre piedras y entre escombros.
 ¡Terrible, espantoso estrago
 en los cristianos briosos
 causa el desmoronamiento
 del torreón!... casi atónitos
 les deja algunos instantes,
 y dudando de sí propios.
 Sobre la banda de Ponce
 desciende, al tocar el pórtico
 fatal, y veinte hombres lisia,
 que al suelo caen redondos.
 Nada sirven los escudos
 del galápago: pues rotos,
 y abollados y deshechos
 bajo el peso estrepitoso
 de los fragmentos, rodando
 van en piezas por el lodo,
 con sus mal parados dueños
 en horrible trastorno.
 Quienes aplastados quedan
 bajo los pedruscos toscos;
 quienes vomitan su sangre
 por oídos, boca y ojos.
 Muchos con miembros perdidos,
 dislocados por los lomos,
 y aturdidos por el golpe
 no faltan ¡ay Dios! tampoco
 en aquel monton horrible,
 tinto de sangriento lodo
 de heridos y moribundos,
 y muertos que, entre unos y otros,
 revuélcanse entre agonías
 convulsiones y sollozos.
 Ponce, de entre los caídos
 levántase, en sangre rojo,
 y grita:—«¡A mí los que vivan!
 ¡adentro, y Dios sobre todo!»
 Y á su voz veinte valientes,
 reuniéndose de pronto,
 lánzanse por el postigo

como manada de toros.
 Ya pisan la villa!... pero
 los musulmanes furiosos
 al paso salen y cierran
 con Ponce y los suyos. ¡Hórrido
 combate se trava!... Y dan
 y toman á firme rostro
 la muerte... pero no cejan
 los cristianos ni un pie solo.
 Y se aumenta la morisma
 en desórden, así como
 el revuelto río suele
 cuando las lluvias de otoño
 en avenida violenta
 sus caudales cenagosos.
 Y aparecen los cristianos
 entre ella como los troncos
 de los gigantescos pinos
 en alborotado golfó.
 ¡Ay tristes!... que los infieles
 les cercan ya, y el retorno
 les impide á sus reales...
 y de yataganes corvos
 estrechados y absorbidos
 en un remolino cóncavo,
 serán, pese á su bravura,
 muertos ó cautivos todos.

ROMANCE LXXII.

El amante.

— «¡Vuela, buen conde de Niebla,
 vuela, que el peligro urge,
 al socorro de los tuyos,
 que como buenos sucumben!»

El veterano aguerrido
 oye estas palabras lúgubres
 á un desbocado ginete,
 que en su campo se introduce.
 Y pica al caballo, y corre

con sus bravos andaluces,
 y da sobre aquellos canes,
 que el fatal postigo cubren.
 Y crece en furor la lucha,
 y crece la muchedumbre,
 y amigos con adversarios
 se chocan y se confunden.
 Las espadas centellean
 como serpientes de lumbre,
 y los aceros retumban
 cual martillos sobre el yunque.
 Ya forzó el conde la entrada,
 pero cía al rudo empuje
 de Halec, que con lo escogido
 de sus gentes allí acude.
 Cae el bárbaro arrastrado
 por sus mismas gentes, que huyen
 en tropel ante el anciano,
 que vuelve como una nube
 derribando con su potro
 cuanto el paso le interrumpe,
 y á mandobles paso abriendo
 á los bravos que conduce.
 Pero ¡ay! que si los cristianos
 socorro tan fuerte y útil
 reciben, también la villa
 le aguarda en sus inquietudes.
 Y no se engaña; pues llega,
 por la ausencia de las luces
 favorecido, un buen golpe
 de gente mora, las cumbres
 y veredas de la sierra
 salvando osada é impune.
 En silencio se aproxima
 por entre unos abedules,
 y haciendo alto, al fin, tres veces
 del buho el graznido fúnebre
 el jefe con su bocina
 remeda... y calla... y trascurren
 momentos, y desde el muro
 el canto se reproduce,
 y otra vez hácia adelante

el callado escuadron sube.
 Y mientras que á la poterna
 del opuesto lado fluyen
 en masa los defensores
 de la plaza, y allí ruge
 furiosa la lid; sin ruido,
 ni desman llegan inmunes
 á la mina del castillo
 los soldados de Aben-zulme.
 Dan y reciben la seña,
 al pecho los arcabuces,
 y por la poterna adentro
 rápidamente se escurren.
 Dentro de la fortaleza
 todos ya están, cuando surge
 de entre ellos tremendo un grito
 de guerra iracundo y fúnebre.
 —«¡Coín por Castilla!» clama
 el jefe, y la muchedumbre.
 —«¡Coín por Castilla!» dice,
 y los alfanjes relucen.

Y dan sobre los infieles,
 que á tal arranque se aturden,
 y á cuchillo van pasando
 al que resiste y al que huye.
 Por el alcázar la alarma
 como el són del trueno cunde,
 y la guarnicion intenta
 obrar como al honor cumple.
 ¡Es tarde ya!... el enemigo
 obtuvo ventajas múltiples
 en los primeros instantes
 de la sorpresa... ¡es inútil
 la resistencia! Y con todo,
 los moros no se reducen
 á entregar su real... pelean
 con brios nada comunes.
 Se combate en las crujías
 y en los patios: quienes luchan
 hay tambien por los adarbes
 y las torres; y en resúmen,
 donde á un español y un moro

el mútuo furor reune,
 allí hay una lid á muerte,
 allí una vida concluye.
 Unos, viéndose vencidos,
 la gúmia en el pecho se hunden;
 otros, se arrojan sin armas
 á morir sin pesadumbre.
 Los centinelas defienden
 sus puestos con marcial lustre,
 hasta que en ellos los clavan
 de los lanzones los fustes.
 Los que huían, ya rehechos,
 á sus camaradas se unen,
 y perecer todos juran
 antes que el cristiano triunfe,
 pues Castilla vence; apenas
 hay sitio que ya no ocupen
 sus combatientes osados,
 desde el suelo á la techumbre
 de la fortaleza: empero,
 la fortuna es muy voluble,
 y aun la jornada no es suya,
 y aun hay infieles que luchan.
 En la plaza de armas juntos
 treinta kabilas de Túnez,
 que de la guarnicion quedan
 vivos, no más, (sin que turben
 su espíritu el abandono
 y la matanza) discurren
 desesperada batalla
 dar, que allí mismo sepulte
 sus dilacerados cuerpos
 entre la yerba palustre.
 Y tañen una bocina
 en són de guerra, y concurren
 en tropel los castellanos
 donde tal llamada surge.
 Van á dar sobre los moros
 como vendaval de octubre;
 pero á quietud una seña
 del capitan les reduce.

—«Treinta son; treinta debemos

ser nosotros; los que sumen
de más, orarán de hinojos
para que Dios nos ayude.»

Dice, y con las tres decenas
de mesnaderos que bullen
mas cerca de él, hace cara
á los tunecinos. Crujen
las cuchilladas al punto;
almetes y petos tunden
los kandjiars del desierto;
el viento trémulo aturden
los aceros con su choque,
y en rudo són se confunden
golpes, caídas y encuentros;
mas todos callan y sufren.
Y hay algo, en verdad, horrible,
y algo fatídico y lúgubre,
en esa lid silenciosa,
sin rumores y sin luces,
donde un eco ni un gemido
el martilleo interrumpe
de las duras cimitarras,
que presto y voraz reduce
á despedazados restos
que sangre cálida fluyen,
el puñado de valientes
que al rostro la ira se escupen.
Y sigue el combate, y luego
los que aun en pié quedan útiles
brazo á brazo unos á otros
avanzan... ¡horror!... ¿Que luchen,
es posible, como atletas
en el circo? ¿Que se anuden
con nervudo brazo, y caigan
como árboles por la lumbre
del rayo heridos?... ¿Que el fuerte
al menos fuerte allí abrume,
y entre la sangre le ahogue
que el césped marchito cubre?...
¿Y que cual rojas serpientes
enlazados ¡ay! desnuden
la daga, y sus pechos cosa

con cien heridas?... ¡No alumbre
el sol cuadro tan horrible!
El último infiel sucumbe,
al fin, y los castellanos
tremolan sus rojas cruces
en lo alto del homenaje
del alba al primer despunte,
gritando: —¡Victoria á España,
y gloria á Colon ilustre!

ROMANCE LXXIII.

Paloma herida.

Puesto fin á la campaña,
coronados de laurel
retornan los vencedores
á la corte de su Rey.
Y todo júbilo y fiestas
Córdoba la rica és,
porque ya en Coín tremola
la Cruz del Dios de Israel.
Y gozan todos!... tan sólo
entre el ruido y el placer,
llora cuitada doncella
lágrimas de acerba hiel.
¡Doña Beatriz!... ¡ay triste!...
¡muy caro el triunfo la fué!...
No ha vuelto Colon, y nadie
sabe dar noticia de él.
Y por él todos preguntan,
y lo buscan por do quier,
y el honor de la jornada
le adjudican á la vez.
Mas pasa el tiempo... y no vuelve,
y al cabo de casi un mes
lo vienen á dar por muerto
en aquella noche cruel.
Y le olvidan, porque el mundo
es de memoria algo infiel,
y no hay quien su hazaña diga

pocas semanas despues.
 Y aunque la niña lo llora
 y siempre le guarda fé,
 y ruega á la Virgen Santa
 de dia y noche por él,
 mucho tiempo va pasado
 y el capitan genovés
 á Córdoba no regresa,
 donde lo aguarda su bien.
 ¡Ay de la hermosa que aguarda,
 ay de la niña que fiel,
 como la paloma herida
 en lo íntimo del sér,
 desde el solitario nido
 su arrullo exhala de miel,
 y lo llama y no responde,
 y lo anhela y no lo ve!
 Por boca de los soldados
 corrieron rumores cien,
 y sus imaginaciones
 cada cual soltó á placer.
 Contaron unos, por cierto,
 que en el combate postrar,
 cuando tomado el castillo
 á los soldados de Halec
 atacó por retaguardia
 de la plaza en el dintel,
 cayó mal herido y muerto
 del combate en el tropel.
 —Y á mí, (añaden en voz baja
 mas de cuatro y mas de diez,)
 que vertió tan noble sangre
 un hidalgo aragonés,
 que en lo recio del encuentro
 á Colon creyó y su grey
 (por la apariencia del trage
 y la escasa luz tambien)
 gente mora, y un venablo
 lanzando al que vió primer
 robó de aquella jornada
 el mejor soldado al Rey.
 Ni falta alguno tampoco

que dá en sospechar quien fué,
 y aun habló de amor y celos...
 pero el vulgo suele ser
 largo de lengua y no corto
 de malicia y, con la fé
 mejor, echa por los cerros,
 que no lo alcanza un lebrel.
 Cuentan otros, de magin
 mas dramático, pardiez,
 que á toda brida lo vieron
 salir al amanecer,
 una hermosísima mora
 á grupas de su corcel
 llevando, mientras las gentes
 de Fernando y de Isabel
 á saco entraban la villa
 de la guerra por la ley.
 Y de aquí las buenas almas
 (esas que quitan la piel
 al prógimo, nada más
 que por estimarlo bien),
 gentes que sueñan despiertas
 noventa veces al mes,
 y que más allá dos dedos
 de sus narices no ven,
 infieren ¡cosa más clara!...
 que Colon es un infiel,
 y que por los ojos negros,
 y el buen talle, y lindo pié
 de una hija de Mahoma,
 ha echado en un *sancti-amén*
 á paseo á Dios y al mundo,
 quedando con el tercer
 enemigo, en paz y á salvo,
 y camino para Fez.
 Pero otros, más timoratos,
 dan en decir que todo es
 arte del malo, que tienta
 á las almas... ¡San Fidel!
 que era la hermosa cautiva
 una hechicera, con cien
 cuentos á renglon seguido,

de fantástico jaez,
 santiguándose á la postre
 y conjurando á Luzbel,
 que de más de cuatro cosas
 en que no toma papel
 suele cargar con las mechas;
 mas va así el mundo, y va bien.
 Y lo cierto es que lastiman
 mucho á la doncella fiel
 esas y otras varias glosas,
 y doblan su padecer.
 ¡Colon muerto! ¡Horrible idea!
 ¡En brazos de otra mujer
 Colon!... ¡pensamiento impío!...
 Y en esa duda cruel
 pasa sin dormir las noches,
 y los dias sin comer,
 de llanto llenos los ojos,
 henchida el alma de hiel;
 como la paloma herida
 que llama al perdido bien;
 y lo llama y no responde,
 y lo busca y no lo ve.

ROMANCE LXXIV.

Lucero eclipsado.

Vencida, al cabo, la hermosa
 de seis meses asaz tristes
 de esperanzas ilusorias
 y de afanes infelices,
 por las instancias y apremios
 de don Lope, y los humildes
 rendimientos de Arias Ponce
 su herido corazon rinde.
 Mucho de lloro la cuesta,
 mucho combate y resiste,
 porque es muy dura la prueba
 y el sacrificio terrible.
 Pero está sola en la lucha,

y la cercan, y la oprimen,
 y la esperanza postrera
 en su corazon se estingue.
 Y cede, al fin, y disponen
 de la boda inverosímil
 los ricos preparativos
 de joyas, trajes y dijes.
 Y por Córdoba, entre tanto,
 corren versiones disímiles,
 y cada uno comenta
 el lance, según su bilis.
 —¡Al fin, mujer!... (los ateos
 de amor, con sarcasmo dicen:)
 ¡el ángel descubrió el barro!...
 ¡cuitado el que en ellas fie!...

Los mercaderes de lonja
 y otras gentes de su estirpe,
 dichasas almas de cántaro,
 que comen, beben y viven,
 hallan muy santo y muy bueno
 el lance... y quizá se rien
 del pobre amante, á su costa
 gastando imbéciles chistes.
 Las gentes sentimentales,
 á Beatriz, lanza en ristre,
 motejan de infiel y aleve,
 en torneos y festines.
 Tirano á don Lope llaman
 los jóvenes paladines;
 y de don Arias murmuran,
 sospechas, por Dios, muy viles.
 Mas los que razon de estado
 llaman al abuso insigne
 de hacer cuestion de fortuna
 los afectos juveniles,
 dan á entrambos ricos hombres
 la razon, á rostro firme.
 Y los necios, turba magna
 que antaño, de ogaño al símil,
 pulula do quier zumbando
 como en agosto los cínifes,
 sobre el tema de la boda

mueven un millar de chismes,
y dicen lo que no saben,
y no saben lo que dicen.
En tanto, se llega el día
designado para unirse
los prometidos esposos,
con bendiciones felices.
Ya cae la tarde, y al templo
el cortejo se dirige
en portátiles literas,
á las que en redor asisten
respetuosos servidores,
que en rico arreo compiten.
Por la catedral penetran,
y ante un altar de la Virgen
los novios y sus padrinos
híncanse en blandos cojines.
Doña Beatriz va hermosa,
cual un celaje del Iris,
de negro brial vestida,
sin arracadas ni dijes,
con blanco encaje velada
y corona de alhelíes.
Muy tristes están sus ojos,
morado cerco los ciñe,
y pálidas sus mejillas
como marchitos jazmines.
Ya el ministro de Dios reza
la rogativa sublime
que hace de dos almas una,
como el Libro Santo escribe.
Ya las manos palpitantes
á los contrayentes pide;
ya en sacro nudo las une,
ya á los esposos bendice.
Resuena el órgano; tañen
pífanos y bandolines,
y el coro con dulces cantos
el templo amplísimo hinche.
Súbito un ¡ay! penetrante,
histérico, incomprensible,
doña Beatriz exhala,

y cae entre mortal crisis.
 Los himnos cesan; las lenguas
 hiela el asombro; se aflige
 don Arias, y no hay ninguno
 que el fatal lance descifre.
 Y mientras que en su deliquio
 á la nueva esposa asisten,
 y en la iglesia el pasmo cunde,
 y el gentio se despide,
 salir un hombre embozado
 por las puertas se percibe,
 que va entre dientes diciendo:
 —¡Dios mio, no la castigues!

ROMANCE LXXV.

Dar razon de si.

Ya que saber mi aventura,
 el de Niebla, deseais,
 aunque el corazon me duela,
 escuchad, pues, escuchad.
 Llevábamos ya de asedio
 una semana quizá,
 y Coín no se rendia
 de nuestro esfuerzo á pesar.
 Murmuraban los soldados,
 descontento estaba el real,
 y el honor de nuestras armas
 mal parado por demás.
 Rondaba yo el campamento
 una noche, tarde ya,
 cuando al doblar un ribazo
 distingo entre el matorral
 cruzar rápida una sombra,
 que hácia la plaza se vá.
 Me lanzo en su pos, gritando:
 —«¡Alto á Castilla! ¡pié atrás!»
 pero el fugitivo, entonces,
 á correr sin tino dá.
 Dispárole una ballesta,

herido al momento cae
 en tierra, y sobre él me arrojo
 sin dejarle espacio á más.
 Es un moro, que la vida
 me demanda por piedad,
 cuando caído y maltrecho
 ve que en mi poder está.
 Le interrogo, le amenazo
 con llevarlo al General
 por espía, y con ahorcarlo
 de una escarpia como un can.
 Júrame, de la existencia
 por la merced, revelar
 cosas de monta; la otorgo,
 y un pergamino me dá.
 Era un noble granadino,
 de Zenetes Capitan,
 al Alcaide de la villa
 enviado por Ahatar,
 para que á riesgo y fortuna
 resistiera dos dias más,
 mientras los socorros llegan
 que á marchas forzadas van.
 —¿Cuántos vienen?

—Cien ginetes,
 de lanzas número igual,
 y de picas y ballestas
 pasa de otro centenar.
 —¿Dónde se hallan?

—Dos jornadas
 de aquí.

—¿Cuándo llegarán?...
 —Al segundo sol.

—¿La hora?
 —El alba.

—Y qué via traen?
 —Por la sierra.

—Hacen su marcha
 en las noches.

—Lo acertais.
 —Sin duda tú sabes...

—Todo.

—Seña y modo...

—Es mio el plan.

—A mi tienda, pues.

—Soy vuestro,
pero...

—Puedes desechar
temores.

—Guiad adonde
gusteis.

—¡Guarte de un azar!
Sírvenme bien y eres libre,
sino te ahorco... y en paz.

ROMANCE LXXVI.

Celada.

Vuelta de Coín camina
un escuadron taciturno
de aguerridos musulmanes,
entre los breñales rústicos
que la Alpujarra desierta
alza el zenit con orgullo,
entre vastas espesuras
y precipicios profundos.
Recatados y cubiertos
de la noche por lo oscuro,
van cruzando una vereda
que serpea entre los juncos,
solamente conocida
por pastores vagabundos
y por torvos bandoleros
divorciados ya del mundo.
A cosa de media noche
llega el escuadron á un punto
do los montes (estrechando
sus depeñaderos rústicos)
angosta cañada forman,
que atraviesan uno á uno
los viajeros extraviados
en aquel país inculto.

Dominan á un lado y otro
 el valle riscos sin número,
 que hacen su largo pasaje
 tan árduo como inseguro.
 Los árabes atraviesan
 de un torrente el cáuce turbio,
 que rugiendo se desgaja
 de los breñales parduscos;
 y por el desfiladero
 penetran hasta los últimos,
 por un pontejon de leños
 mal anudados con juncos.
 Las malezas escabrosas
 van rompiendo en lento curso,
 aquí hollando ásperas piedras,
 allí zarzales y arbustos.
 En lo mas recio del monte
 de guerrera trompa, súbito,
 el són truena, y sobre el moro
 en torno cae un diluvio
 de proyectiles y golpes,
 al estrépito confuso
 de mosquetazos ardientes
 y de alaridos sañudos.
 —«¡El enemigo!...»—prorumpen
 los batidores, con susto,
 y cejan sobre la hueste
 en azaroso tumulto.
 —«¡El enemigo!» repiten
 los infieles mal seguros,
 y de fila en fila vuela
 este grito tremebundo.
 Los cristianos son. Del valle
 desparramados y ocultos
 por las quiebras escabrosas
 desde que cayó el crepúsculo,
 en honda celada esperan
 á los sarracenos duros,
 y de sorpresa los cogen
 con ataque furibundo.
 Truenan los mosquetes, silban
 las ballestas, choca rudo

el acero, y de las teas
 brilla el fulgor rubicundo.
 Mas los árabes (repuestos
 del primer alarma) al crudo
 riesgo dar osan la cara,
 y hacen de sus armas uso.
 Trepan unos por las rocas
 con el alfange en el puño,
 buscando á los castellanos,
 entre blasfemias é insultos.
 Otros, con brios resisten
 á los que en espeso grupo,
 bajan del monte vecino
 como granizo de Julio.
 ¡Vano afan!... Encajonados
 en el sendero profundo,
 los desesperados moros
 en anárquico conjunto
 se embarazan y atropellan,
 como remolinos turbios
 de corrientes encontradas
 en cáuce de rocas duro.
 Y los cristianos, en tanto,
 desde sus puestos seguros,
 á ballestazos los diezman
 sin perder tiro ninguno.
 Gritan los desesperados,
 quéjense los moribundos;
 los corceles sin ginetes
 vagan de espanto convulsos.
 Ni adalides, ni soldados
 dar cuenta en tan negro apuro
 pueden de sí ni la hueste;
 y hiérense con el puño
 el sangriento rostro, y piden
 locos la muerte á los suyos,
 de impotente furor ébrios,
 como el tigre entre los nudos
 de estrecha red, forcejea
 y revuélcase sin fruto.
 Al fin, los infieles vuelven
 la espalda, con pavor súbito,

y por el camino, andando,
 la fuga emprenden, en brusco
 tropel... al torrente llegan...
 ¡horror!... está el mal seguro
 puente deshecho, y defiende
 la opuesta margen un grupo
 crecido de arcabuceros,
 que en nubes de fuego y humo
 la muerte lanzan!... Los moros,
 perdido hasta el resto último
 de esperanza, aun no renuncian
 á su salvacion. Los unos,
 se lanzan del agua, á nado,
 entre los abismos húmedos;
 otros, retroceden; otros,
 en fugitivo tumulto,
 por la sierra se desbandan
 y son cautivos al punto.
 No pocos moros, matando
 huyen, ó van iracundos
 á los cristianos; el hierro
 contra sí vuelven sañudos
 los más fieros... pero al cabo
 rotos, perdidos, confusos,
 á las armas de Castilla
 el cuello entregan robusto.

ROMANCE LXXVII.

Cautivo de su cautiva.

Rota la hueste agarena,
 cambiar hice á mis valientes
 los sayos y las lorigas
 por caftanes y alquiceles;
 y en tal guisa aderezados,
 sorprendí el alcázar fuerte
 de la temeraria villa,
 sin pedir, ni dar cuarteles.
 Y alzando el pendon de Cristo
 en sus rojos minaretes,

Coín quedó por Castilla,
 nuevo florón de sus Reyes.
 Mas mientras á vuestro auxilio
 iban mis bizarras gentes,
 cuando en las cercas lidiábais
 contra la morisca hueste;
 en tanto que por la espalda
 dando sobre los infieles
 á forzar os ayudaban
 el portillo mis valientes,
 quedé yo en la fortaleza
 con un puñado de héroes,
 para asegurar el puesto
 y rendir los más rebeldes
 moros, que aun se defendían
 en fosos y terraplenes.
 Casi ya todos vencidos,
 me encuentro en un gabinete
 con un mal herido alarbe
 y una jóven, más bien fénix
 de candor y de belleza,
 que tiernas lágrimas vierte.
 Hácia sí el moro me llama,
 y dícame con voz débil:
 —Sois caballero, y os fio
 esta doncella inocente;
 devolvédsela á su padre,
 de Ronda perpétuo jeque.
 Prometédmelo, y á Cristo
 en este trance solemne
 me convertís...

—Lo prometo,
 por mi honor.

—Cristiano, vedme...
 —Bendito Dios!

—Es preciso
 partir al punto... si vienen
 vuestros soldados, la triste...
 es perdida. Palafrenes
 hay ya prontos, salid luego,
 y el cielo tanto bien premie.
 —Pero ¿y vos?...

—Soy del castillo

alcaide... mi puesto es este,
y mi obligacion postrera
morir entre estas paredes.

Le aprieto la mano... saco
del brazo á la adolescente,
en salvo con buena escolta
la envio á nuestros cuarteles,
y yo hácia Málaga corro,
porque allí moran los Reyes
y de la victoria quiero
la fausta nueva ofrecerles,
y el pendon que tremolaban
de Coín los minaretes
por primicias de tal triunfo
rendir mi afan reverente.
Pero en mitad del camino
me asaltan treinta ginetes
moros: y aunque intento osado
hacer á sus armas frente,
es en vano. Prisionero
caigo en su poder; me hieren,
llévanme consigo á Ronda,
y de la ciudad agreste
el Walí descomedido
en mazmorras me sumerje.
Llega más tarde Palmira,
y en vano por mí intercede,
encareciendo á su padre
que vida y honor me debe.
El bárbaro, ingrato y fiero,
nada oye, ni atender quiere,
más que á saciar de venganza
la sed, que en su pecho encienden
el triste fin de su hermano
y de Coín los reveses.
Y ante la voz de la sangre,
y ante la fé del creyente
sólo en mí un cristiano mira,
sólo un enemigo advierte.
Quiere, además, que en mí hagan
garantías y rehenes

los prisioneros de guerra
 en Coín hechos: y ofrece
 mandar que maten á quien
 por mi vida se interese,
 ó matarme por su mano
 si mi libertad pretenden.
 Y como el Walí es muy hombre
 de cumplir lo que promete,
 así acabó mi campaña,
 y así pasaron seis meses,
 día por día contados
 que encanecieron mis sienes,
 y hora por hora sentidos
 tan largas como crueles.
 Fué el Jeque, al fin, á Granada
 por quince días ó veinte,
 por el rey Boabdil llamado;
 y Delisha (que allí ejerce
 la autoridad en su ausencia),
 mi prision abre... y pretende
 conmigo huir: mas acepto,
 á su pesar, solamente
 de tan heróico rasgo
 una parte: con pié breve
 á Córdoba vengo... ¡tarde,
 muy tarde ya!... ¡nada tiene
 mi alma aquí!... ¡nada ya espero
 de mi libertad! lo quiere
 Dios, y me resigno y torno
 (antes de que torne el Jeque)
 á mi encierro y mis cadenas,
 cumpliendo cual noble siempre.

ROMANCE LXXVIII.

La luna de miel.

Cruzando valles y sierras
 sobre una alfana morisca,
 Colon triste y despechado
 vía de Ronda camina;

mientras que don Lope Enriquez
con suma cortesanía
término á la fiesta pone
de las bodas consabidas.

Y con la frase que encuentra
en su atencion más cumplida,
despide á sus convidados
porque la novia delira.

Y haciendo varios comentarios,
unos tras otros la pista
le van siguiendo á la calle
al són del *Ave Maria*;
del chasco cargados unos,
otros tomándolo á risa,
y cada cual reservando
su más ó ménos malicia.

En su camarín de boda
los desposados platican,
y se dicen cosas tales
que son para muy sentidas.
Luego que de aquel desmayo
volvió la cuitada niña
y que los salones deja
desiertos la comitiva,
con Ponce y su hermano á solas,
dando á su pena salida,
en són de queja, enojada
hablarles oía en tal guisa:

—«¡Mal hayan los caballeros
que así á las damas acuitan!
¡Mal hayan, *amen*, mal hayan
los que mal casan las niñas!

Y el llanto mal comprimido
ahogó su voz argentina,
y bañó un raudal de lágrimas
el jazmin de sus mejillas.

Y la cándida corona
de rosas y siempre-vivas
que ciñe su tersa frente,
arrancándose con ira:
—¡Afuera, afuera, atavíos
abhorrecibles! (decía).

¡Lejos de mí, torpes galas,
lejos, que cegais mi vista!...

Y deshojó entre sus manos
aquellas flores marchitas,
sembrando con sus despojos
la estensa tapicería.

—¡Doña Beatriz!... (entonces
Ponce se atrevió á decirla,
picado de aquel arranque),
advertid que ya sois mia,
y que...—Pero la doncella
con resolucion altiva:

—¡Colon vive!... (le responde);
¡vive!... ¡lo he visto yo misma!

Quedóse el noble don Arias
con la increíble noticia,
como quien caer contempla
un rayo á sus plantas mismas.

—¡Vive Colon!... (entre tanto
la de Enriquez repetia);

¡Ni soy, ni puedo ser vuestra!...
¡Vuestra!... ¡imposible!... ¡mentira!

Mas Ponce, que es un mancebo
de corazon y de fibra,
repuesto del golpe al punto,
con firme actitud replica:

—Bien está; mas yo no os cedo,
ni á Colon, ni al Rey.

—Que viva

Colon (añade D. Lope),
aquí ni pone, ni quita;
estais ante Dios velados
y no hay contra Dios salida.

—¿Qué es ceder?... ¡Señor don Arias!...

¿Soy quizá vuestra cautiva?

Esa es una impertinencia...
que raya en descortesía.

Por lo que hace á vos, don Lope,
me permitireis que os diga
que sois mi hermano... ¿entendéislo?
y no más, desde este dia.

DON LOPE.

¡Yo haré, vive Dios...

DOÑA BEATRIZ.

Casada

estoy ya, segun deciais;
y el marido es sólo el dueño
de su mujer, en Castilla.

DON LOPE.

¡Eso á mí!... no á mí!...

PONCE.

Id despacio,
don Lope, por vuestra vida,
y ved...

DON LOPE.

Tambien vos!...

PONCE.

Lo siento,
mas perdonadme. A mi vista
nadie á mi esposa se atreve,
mientras yo espada me ciña.

DON LOPE.

Caballero!...

PONCE.

¡Señor mio!

DOÑA BEATRIZ.

Nada de inútiles riñas,
 ó lograreis que á uno y otro
 de mi presencia os despida.
 (Y colocándose entre ellos,
 sus enojos apacigua).
 Don Lope, oid, en silencio,
 (dice despues mas tranquila),
 y sed testigo en mi nombre
 de esta aventura inaudita,
 para no olvidarla nunca
 y ahorrar á mi honor mancilla.

Entonces la rica-hembra,
 con mano pronta, registra
 un cofrecito de nácar
 bordado de orfebrería,
 y un rollo de pergamino
 en su cavidad exigua.
 Toma, y á Ponce lo alarga,
 diciendo:—Leed á prisa. —
 Y el buen don Arias, abriendo
 aquella página, escrita
 en góticos caracteres
 con sellos de roja tinta,
 en voz alta va leyendo
 estas palabras precisas:

«Nos el Cardenal Primado
 »de toda la monarquía;
 »Por cuanto á la sede nuestra
 »llegó la noble pupila
 »doña Beatriz Enríquez,
 »nuestra hija en Dios muy querida,
 »con razones valederas
 »y pretensiones legítimas,
 »que de Nos han merecido
 »gracia y proteccion cumplida;
 »Por tanto, merced hacemos
 »á la dama susodicha
 »de que, luego de velada,
 »con Arias Ponce y Valvídora,
 »pero sin partir el lecho,

»ni al varon dar acogida,
 »pueda, si es tal su albedrío
 »y su conciencia la inspira,
 »tomar el velo sagrado
 »y consagrarse á María
 »en uno de los conventos
 »de las Madres Carmelitas;
 »pues por las presentes letras,
 »en tal razon espedidas,
 »declaramos dirimido,
 »roto y sin fuerza efectiva
 »el mencionado consorcio,
 »como es de costumbre antigua
 »y la potestad usando
 »de nuestra episcopal silla.
 »Dado en Córdoba el tercero
 »dia de abril.—Sello y firma.»—

Así que dió su lectura
 don Arias por concluida,
 gritando como un demente
 salió por las galerias;
 y en pos suyo va don Lope
 con turbacion infinita,
 para que el buen caballero
 no haga cualquier demasía.
 Y doña Beatriz ordena
 á Floret que la aperciban
 una litera cerrada,
 sin escudos ni divisas,
 y á la media noche en punto
 tener pronta su salida
 para el convento del Cármén
 do aguardan una novicia.

ROMANCE LXXIX.

En tierra de moros.

Cautivo en Ronda la fuerte
 está el infeliz Colon,
 y vienen y van los dias,
 y el tiempo corre veloz.

Cautivo se halla entre moros
 de Coín el vencedor,
 menos que de las cadenas,
 de su propio corazon.
 Hierros no lleva de esclavo,
 ni con afanosa voz
 de los eslabones canta
 como los siervos al són.
 Pero tiene un cautiverio
 sobre sí mucho mayor;
 porque está sin paz su alma,
 sin libertad su razon.
 Un mes largo vá corrido
 desde á Córdoba dejó,
 sin venir consuelo alguno
 á endulzar su situacion.
 Doña Beatriz casada,
 Ponce gozando su amor,
 malograda su victoria,
 disipada su ilusion.
 ¡Querida ilusion del genio,
 en sueño fascinador,
 que al disiparse, le lleva
 pedazos del alma en pós!
 ¡Y qué mucho!... Era la hermosa
 la única y postrera flor
 de su esperanza, la estrella
 que en la tarde asomar vió
 de sus fatigados días
 con cándido resplandor.
 ¡Qué mucho, pues!... Ella sola
 en aquel mundo feroz,
 que por humilde y por pobre
 le cubria de baldon,
 con ojos de buenandanza
 á contemplarle acertó,
 y al desvalido le abria
 los tesoros de su amor.
 ¡Qué mucho!... Cuando olvidado
 de todos en su afliccion
 cerrábanle los umbrales
 del poder y del favor,

y por menguado de juicio
 le trataban á una voz
 en el pueble y en la córte
 con ademan mofador,
 Beatriz, Beatriz sola
 sin duda enviada por Dios,
 con dulcísimas finezas
 consolaba su dolor
 y entrevia de su mente
 la sublime concepcion.
 ¡Beatriz!... Él la creía
 un sér, el sér superior
 de los de su oscuro siglo,
 un espíritu precoz
 capaz de seguir los vuelos
 de su heróica ambicion
 y de compartir su gloria...
 ¡ideal deslumbrador
 que la ardiente poesía
 de su genio le pintó,
 y que evaporarse ha visto
 cual quimérica vision!...
 ¡Beatriz casada!... ¡La bella
 perjura y traidora!... ¡oh!...
 ¡La que por él hizo tanto,
 y de tan alto valor!...
 ¡Casada Beatriz!... ¡La prenda
 de la acendrada pasion,
 que con los mágicos lazos
 del genio unia á los dos!...
 ¡Ya está eclipsada la estrella,
 ya está marchita la flor,
 malograda la esperanza
 y deshecha la ilusion!...
 Además, el tiempo corre,
 corre con pié volador,
 y los dias del cautivo
 trascurren en la inaccion.
 Y el inmortal pensamiento
 que su mente concibió,
 estéril y oscuro yace
 en lo hondo de una prision!

Su edad avanza; pudiera
 ir menguando su vigor...
 y los días que así pasan
 ya no volverán, ya no!...
 Y esos días que así corren,
 fugaces como el vapor,
 tesoros desperdiciados
 para su alma ansiosa son.
 Así se agita y consume
 aquel genio emprendedor,
 como el águila encerrada
 lejos del aire y del sol,
 cual torrente aprisionado
 en las vallas de un peñon,
 ó cual volcan cuyo cráter
 su misma lava cerró.
 ¿Y cuándo el rescate, cuándo
 á cambiar su condicion
 podrá venir?... ¡Nunca! En valde
 aguardará un bienhechor.
 ¡La libertad para siempre
 quizá el mísero perdió!...
 ¿Y si al Africa lo llevan?...
 ¿Y si del suelo español
 los fugitivos infieles
 lo arrancan cuando el pendon
 de la Cruz clave en Granada
 el cristiano vencedor?...
 ¿Y si el musulman imperio
 á Castilla y Aragon
 resiste audaz? Si del tiempo
 no ha sonado en el reloj
 la hora de su ruina ¿cuándo
 libre será?... Sólo Dios
 lo sabe: y de él solamente
 espera ya un salvador,
 cuando está en tierra de moros
 cautivo el triste Colon.

ROMANCE LXXX.

Un capitan de caballos.

Treguas hay entre los moros
y los cristianos pactadas,
y ni castillos se toman
ni escaramuzas se traban.
Los unos en sus cuarteles,
y los otros en sus plazas,
callan la voz de la guerra
y el estruendo de las armas.
Y no en fiestas se entretienen,
ni se divierten en zambras,
para distraer un tanto
el rigor de las campañas;
sino que todos se aprestan
á la última jornada
que entre la Cruz y la luna
ansiosa espera ya España.
En lo mejor de la tregua
y en medio de quietud tanta,
súbito en Ronda se escucha
el rebato una mañana.
Porque el centinela atento
de la próxima atalaya,
el grito de guerra envia
á la ciudad descuidada.
Y este grito, difundido
por sus calles y sus plazas,
llevado en alas del viento,
la poblacion pone en armas.
—«¡Los cristianos!...» el vigía
con voz de trueno esclamaba,
y en lo alto de su torre
enciende inmensa fogata.

Los demás atalayeses
de las vecinas montañas:
—«¡Los cristianos!...» repitiendo,
su gente al combate llaman.

Y á su són mil y mil voces
 en Ronda, la fuerte, claman:
 —«¡Los cristianos!... ¡los cristianos!...»
 y el eco sus notas vagas
 exhalando por los aires,
 —«¡Los cristianos!...» murmuraba.

En los jardines del Jeque
 á la primer luz del alba,
 Colon el giro admirable
 de los astros observaba;
 y luego que el sol naciente
 borró sus huellas de plata,
 y que el pálido lucero
 se eclipsó de la mañana,
 puesto á recortar se habia
 de boj una estensa rama,
 en forma de carabela
 con sus castillos y flámulas.
 Mas al oír sorprendido
 la belicosa llamada,
 á un mirador inmediato
 apresurado se lanza.
 Y un escuadron acercarse
 ve á Ronda, en buena ordenanza,
 gran polvareda dejando
 tras de sí con lenta marcha.
 ¡Es gente de guerra! Brillan
 al sol los yelmos y lanzas,
 y agita en sus cascos plumas
 de vario color el aura.
 Y Colon se regocija
 en lo íntimo del alma,
 á vista de las banderas
 y las cruces castellanas.

Llamado por un alcaide
 luego del Jeque á la estancia:
 —Colon (el moro le dice),
 se acercan fuerzas cristianas
 á la ciudad; el motivo
 mi imaginacion no alcanza.
 Quiero que con cien ginetes
 para inquirir de ellos salgas

si vienen en són de guerra,
 ó si es de paz su arribada.
 Encomiendo este mensaje
 de tu honor á la fianza,
 para que á los nazarenos
 tu mediacion sea grata.
 ¡Vete, y torna en paz!... ya sabes
 te tengo en estima harta;
 y sé que aunque espero mucho
 has de colmar mi esperanza.

Atento Colon escucha
 del musulman las palabras,
 y á corresponder se muestra
 propicio á tal confianza
 que casi la suerte pone
 en sus manos de la plaza.
 Pero no quiere soldados,
 ni aparatos de campaña;
 y á los cristianos va solo
 y tambien va sin espada.
 A buen trote por la via
 echa que conduce á Málaga,
 por donde los castellanos
 sosegadamente avanzan.
 Y al cabo de un cuarto de hora
 ya oye el ruido de la marcha,
 que el callo de los bridones
 sobre el pedregal levanta.
 Y trae hasta sus oidos
 el viento en sus ondas vagas
 el eco de sus relinchos,
 y el dison de sus pisadas.
 Ya los avista: ya de ellos
 un valle sólo le aparta
 regado de manso arroyo
 por las clarísimas aguas.
 Y el capitan á su frente
 divisa ya que comanda
 el tercio real, caballero
 sobre una hacanea blanca.
 ¡Sintió Colon á su vista
 una emocion en el alma!...

puso el jaco á media rienda
 y descendió á la hondonada,
 por entre revueltas filas
 de granados y de acacias
 que el escuadron castellano
 encubren á sus miradas.
 Pero al volver un recodo
 que el verde camino traza,
 entre los suaves recuestos
 de la hermosa vallejada,
 encuéntrase frente á frente
 con la marcial cabalgata,
 y un grito arroja á su vista,
 y á tierra del arzon salta.
 —¡Padre mio!...—al mismo tiempo
 una voz amante esclama,
 entre los ginetes bravos
 que á su sonido se paran.
 Y el capitan al galope
 su blanco palafren saca:
 —¡Padre mio!... ¡padre mio!—
 repitiendo en tiernas ansias.
 Y adelántase, y ligero
 del noble corcel se lanza,
 y á Colon llega que, ansioso,
 hácia él tambien avanza.
 Y en medio de la vereda
 con honda efusion se abrazan,
 y Colon lanza un suspiro
 y el jóven vierte una lágrima.
 Y entre ambos secretamente
 cámbianse algunas palabras,
 cual las tórtolas su arrullo
 perdidas en la enramada,
 mientras de los dos en torno
 los fieles guerreros callan,
 y los arroyos murmuran,
 y el blando césped esmaltan,
 y susurran dulcemente
 en los árboles las auras.

ROMANCE LXXXI.

Campaña de amor.

Cuarteles á la mesnada
 tomar en el valle ordena
 el capitan castellano,
 en haz y trance de guerra.
 Y mientras por el otero
 su campo la gente asienta,
 los árboles por barracas
 y los sotos por trinchera,
 Colon y el adolescente
 con sus jacas de la rienda,
 internándose en el soto
 de su compañía se alejan.
 Y en su vereda encontrando
 una alquería desierta,
 para platicar á solas
 al rústico umbral se llegan,
 un escudero dejando
 con los caballos afuera
 y sentándose en el pórtico,
 só un toldo de madres-selvas
 que á guisa de cobertizo
 pinta con su sombra fresca
 las cancelas solitarias
 de la rústica vivienda.
 —¡Beatriz!... ¡Colon!...—casi á un tiempo
 ambos prorumpen... y quedan
 con la emocion embargados
 y sin palabras sus lenguas.
 —¡Vos aquí!... ¡La esposa de otro
 (Colon dice, en són de queja),
 la falaz, la olvidadiza,
 tan tirana como bella!...
 —¡Aquí yo!... (á Colon responde
 la hermosura cordobesa,
 dos lágrimas á sus ojos
 asomando cual dos perlas):

¡Aquí yo, la fiel amante,
la leal, la siempre vuestra,
la de vos mal conocida,
la que habeis en tanta mengua!...

Y rompió en llanto la hermosa,
como una tórtola tierna
en el corazon herida
por agudísima flecha.
Colon se conmueve, en tanto,
con el lloro de la bella,
y la dice, sus enojos
acallando con nobleza:
—¿Cómo aquí tú?...

—A devolverte
la libertad.

—¡Mucho intentas!...

—Cautivo estás por mi causa,
hacerte libre es mi deuda.

—No, Beatriz; si estoy cautivo,
culpa es de mi impía estrella.

—Por mí la corte dejaste,
por mí saliste á la guerra,
yo soy quien te entregó al moro,
yo quien labró tus cadenas.

—¡Infeliz de mí!...

—A tus cuitas
no así dar pávulo quieras;
cada lágrima tuya abre
en mi alma una herida intensa.
Pero, aunque mujer, me sobran
voluntad y fortaleza,
y cumpliré como suelen
y saben las ricas-hembras...
—Y yo consentir no puedo
que tanto te arriesgues.

—Fuera
yo por Dios necia y menguada
é indigna de la grandeza
de tu amor.

—¡Beatriz! no sigas,
que tiene dueño esa prenda.

—El dueño eres tú.

—¿Y don Arias?

—Al tiempo esa historia deja.

—¿Y es mia tu fé?

—Costumbre

y buen uso es de mi tierra
dar de una vez para siempre
su palabra las doncellas.

—Pero ¿sabes que aventuras
mucho en ello?...

—No hay que tema.

—Gente son sin ley los moros...

tú eres cristiana... y muy bella!...

—Si osar quisieren los canes
algo más que á la existencia,
renovarse el alto ejemplo
de Simancas en mí vieran.

—¡Honor á las castellanas
que, con sangre de sus venas,
escribieron en la historia
el valor de su pureza!...

—Aquellas nobles mujeres
han dejado altivas nietas,
que llevan bien el renombre
de sus ínclitas abuelas.

—Te conozco y no me admiro,
mas tiemblo por tu existencia.

—Dios será conmigo. Doblo
ante tu fé mi cabeza.

Mas ¿qué harás?

—Pedir al Jeque
tu rescate.

—¿Cómo?

—Es cuenta
para con él.

—¿Y en rescate
qué le ofreces?...

—Una sierva.

—¿Donde está?

—Yo.

—¡Desdichada!...

—Yo soy.

—¡Dios del cielo!...

—Esta

mujer, Colon, está triste,
no tiene haberes, ni haciendas
que dar al moro Rondeño
de tu redencion en prenda;
pero tiene su albedrío,
pero es de sí propia dueña,
y sangre con sangre compra,
y vida por vida trueca.

—Mujer sublime!... ¡Y dudaba
de tí yo!... ¡Y pudo mi lengua
enojos dartel!... ¡Perdóname!

—Vamos á Ronda.

—¡Alma bella!...

ahora te conozco... ahora
lo que vales sé.

Y la diestra
mano Colon estrechando
de la hermosa cordobesa,
con efusion vehemente
sus labios imprime en ella.
Y reclinando la niña
su encantadora cabeza
sobre el pecho del grande hombre,
que estático la contempla,
con dulces ojos lo mira
con faz de amor lo enagena.

—Pero sacrificio tanto
no puedo aceptar.

—Es fuerza.

—Imposible.

—Yo lo exijo...

—Advierte que me va en mengua.

—¡Escucha, Colon, á espacio!...

—¡Qué de mí el mundo dijera!

—Yo nada valgo en el mundo,
soy una oscura doncella...

—Tú eres un ángel nacido
para hermosear mi existencia.

—Mas tú estás, Colon, llamado
á una magnífica empresa
que ha de asombrar á los siglos;

y á España dar gloria inmensa.
 Y cautivo de los moros
 por mí quedar en la tierra,
 de tu genio malogrando
 la creacion gigantesca,
 robar seria á la patria
 muchos dias de grandeza
 y al mundo cuanto sublime
 y colosal de tí espera:
 fuera robarte á la gloria,
 fuera robarte á la ciencia,
 parar tu vuelo infinito,
 cortar tu inmortal carrera...
 ¡Y no ha de ser! Yo no quiero
 tener sobre mi conciencia
 cargo tal, y que las gentes
 me abrumen con su anatema.
 —¡Pero esclava tú!...

—Y en tanto
 irás tú á la nueva tierra,
 harás la inmortal conquista,
 lograrás membranza eterna.
 Y cuando triunfante, y rico,
 y grande á este país vuelvas,
 de que por tí hay una esclava
 entre los moros te acuerda,
 que ha contado tus hazañas
 al compás de las cadenas.

Y hablando estas puridades
 Colon y la Rica-hembra,
 continuaron largo rato
 en la alquería desierta.
 Y de nuevo se entendieron
 aquellas almas gemelas,
 que se hallaron sin buscarse
 del mundo en la estéril senda.
 Pero aunque sus corazones
 latian con violencia,
 con él su cariño estaba
 y su honor tambien con ella.
 —¡No, Beatriz, no!

—Eres dueño

de rehusar mis ofertas;
 pero de partir contigo
 la esclavitud yo soy dueña.
 A tu lado quedo en Ronda,
 del moro quiero ser sierva,
 tu suerte será mi suerte,
 tu existencia mi existencia.

Y tras plática prolija
 la plácida granja dejan,
 y desde allí á trote largo
 de Ronda toman la vuelta.

ROMANCE LXXXII.

Cautiva de su cautivo.

Cautiva por su cautivo
 la cordobesa beldad,
 de Colon la triste suerte
 comparte osada y leal.
 La dama ilustre y hermosa,
 es un mancebo galan
 que gasta birrete y trusas
 en vez de sayo y brial.
 Se llama el doncel don Diego;
 de cien lanzas capitán,
 habido de su consorcio
 por Colon, en Portugal.
 Bello, ingenioso y travieso,
 el adolescente audaz
 da deseos á las moras
 y á los moros celos da.
 Desde que llegó á la plaza
 hace tres meses ó más,
 se gana amor en las bellas
 y en los bravos amistad.
 Entre los esclavos mora
 por abnegacion filial,
 mas como libre es tratado
 por todos en la ciudad.
 Por su grado prisionero

saben que del Jeque está,
 y á Ronda ha venido en alas
 del cariño paternal.
 Y que ha ofrecido se cuenta
 el garzon su libertad
 de Colon por el rescate...
 pero que Colon jamás
 romper sus cadenas quiso
 á precio y cuantía tal.
 Estas y otras bizzarrias,
 que refiriéndose van,
 en las risas y en las zambras
 le dan en mucho á estimar.
 Enaltecido de prendas,
 de garrido personal,
 loado por los valientes,
 bien quisto de los demás
 el mancebo nazareno,
 ¿qué cosa más natural
 que dar amor á las moras
 y á los moros celos dar?...
 Dígalo, sino, por todos
 el rondeño Abdul-Jarac
 que por la hermosa Palmira
 siente en el pecho un volcan,
 y anda celoso y perdido
 porque el cristiano zagal
 con la bella niña tiene
 misteriosa puridad.
 Prometida en matrimonio
 por el Jeque le fué ya,
 luego que en la guerra santa
 triunfen los hijos de Agar.
 Y en tanto que llega el dia
 suspirado de su afán,
 con sus esperanzas vive
 y á mala cada vez más.
 Pero en mal hora venido
 el castellano rapaz,
 de sus amantes ensueños
 turbó la sabrosa paz.
 Y en vano pidió á la hermosa

razon de tamaño azar,
 y demandó de su agravio
 la reparacion cabal.
 Picado así en lo mas hondo,
 creciendo sus celos van,
 y de las armas resuelve
 al trance, en fin, apelar.
 Y busca á don Diego un dia
 del huerto en la soledad,
 y con él traba palabras
 de resuelta hostilidad.
 Mas á los juro del moro
 la cara el mancebo da,
 y se le rie en las barbas
 con gracejo sin igual.

—¡Poder de Allah, (dice, al cabo,
 el moro, hecho un alquitran!)
 ¡Poder de Allah! el rapazuelo
 no entiende de lances!

—Báh!...

de lances y de lanzadas
 doy lecciones.

—¡Voto á tal!...

—¡Por vida de cual, seor moro,
 que estais fuerte, por demás!...

—Yo haré pues...

—Va de pendencia?

—Estoy por darme...

—Á Satán,

y hareis una buena obra,
 si al fin habeis de ir allá!

—He de arrancarme las barbas,
 si un escarmiento ejemplar
 no hago contigo!...

—Adelante.

—¡Válgame el ángel Reduan!

—Y el diablo, vuestro patron,
 tambien.

—Eres mi rival
 y yo no sufro...

—¡Bien hecho!

No hay cosa más natural.

- Y hemos de matarnos.

—Pues...

es una barbaridad.

—¡Tal dice un hombre!...

—Y un hombre

más duro que el pedernal.

Creyendo voy, por lo visto,
que eres mujer.

—¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!...

¡Pues ya se vé!... ¿Y cuánto diérais
entonces, á la verdad,
por un beso de estos labios,
de este pecho por un ¡ay!...

—Vete al infierno!...

—¡Yo hembra!...

¡Yo bello sexo!... Mirad,
mirad este mi talante,
esta apostura marcial,
esta féménil mirada,
este genio de huracán!...
¿os placen, pardiez?...

Y al frente

del sarraceno brutal
colocándose la bella
con donosa gravedad,
le contempla de hito en hito,
le mira de faz á faz,
dando cierto aire tremendo
á su rostro angelical;
recostado el lindo talle
sobre el recio gavilan
de su toledana, en tanto,
que el índice y el pulgar
de su diestra mano lleva
sobre el labio de coral,
y hace que atusa y retusa
los mostachos, y, además,
tira recio y largo escupe
cual diciendo «¡venga más!»
Amostazado el de Ronda
echa un taco capital,
y entrando á sangre y á fuego

desenvaina el yatagan.
 Y el bárbaro lleva trazas
 de dar en algo bestial,
 en lo fiero del semblante
 y en lo atroz del ademan.
 —Defiéndete!... (con voz ronca
 esclama aquel Goliat),
 ¡defiéndete... ó te abro al medio,
 voto al patriarca Abraham!...

Y avanza resueltamente,
 de batalla en forma vá
 con la cimitarra en alto
 al risueño capitán.
 Pero por entre unos setos
 aparece de arrayán
 Palmira, en el punto mismo
 gritando: «¡Bárbaro, atrás!...»
 Y el moro queda tamaño,
 y caer deja el kandjiar;
 y antes que un vocablo pueda
 en su abono pronunciar,
 —No teneis perdon, (le dice
 la mora, con sequedad),
 y si esto pasa adelante
 no he de ser vuestra jamás.

Y las dos niñas se abrazan
 con efusion fraternal,
 mientras por la huerta el moro
 váse dado á Barrabás.

ROMANCE LXXXIII.

Un buen lance.

Mal curado de sus celos,
 el hijo de los Gazules
 al capitán retar osa,
 y así le escribe en resúmen:
 «Si eres hidalgo y valiente
 »como tu porte descubre,
 »con dos hojas bien templadas

»y otros tantos arcabuces,
 »á las doce de esta noche
 »en el bosque de abedules
 »te espera quien tiene celos,
 »y quien rivales no sufre!»

Y á la hora de la cita
 dos sombras vagas discurren
 entre los árboles densos
 que el soto de sombra cubren.
 Opaca cerró la noche
 y encapotada de nubes,
 la atmósfera es tenebrosa,
 ni un astro en ella reluce.
 Solitario está el paraje,
 un silencio reina lúgubre
 que el suspiro de las auras
 en las hojas interrumpe;
 y honda tristeza y misterio
 la noche en torno difunde,
 y que reposa allí todo
 en sueño parece dulce.
 La pareja de embozados
 en la selva oscura se hunde,
 sin parar el paso un punto,
 ni cambiar palabra inútil.
 Uno en largo ferreruelo
 y otro en alquicel de Túnez,
 hasta las cejas se envuelven
 y encuentros y guardas huyen.
 Bajo un árbol de ancha copa
 que el manso viento sacude,
 con otro par de encubiertos
 se encuentran los transeuntes;
 cuando el muetzelin, que vela
 de la mezquita en la cúspide,
 de la media noche anuncia
 que la hora en paz se cumple.
 Los cuatro, en silencio, cambian
 los cumplidos de costumbre,
 aunque entre gente de guerra
 son ceremonias inútiles.
 Parten dos de ellos el campo,

cuyos límites reduce
 una espesísima selva
 de arrayanes andaluces.
 Y los otros empuñando
 dos espadas de buen fuste,
 frente á frente se colocan
 con bizarras actitudes,
 en guardia, y tiran: cruzados
 los blancos aceros rugen,
 y choque tras choque suena,
 y golpe tras golpe surge.
 Bravamente lidian ambos,
 bien su brio y arte lucen,
 ni ganan ni pierden tierra,
 de igual á igual va el empuje.
 El filo de las tizonas
 se embota en las corvas cruces,
 que paran las cuchilladas
 y los fendientes concluyen.
 El hierro de cuando en cuando
 brota regueros de lumbré,
 rugiendo cual rugir suele
 ronco el martillo en el yunque.
 Van tajos y vuelven tajos,
 hoja contra hoja sacuden,
 los rápidos cortes caen
 cual gotas de agua en octubre.
 Un cercén para un mandoble,
 á un revés otro destruye;
 ¡bien se baten los valientes!...
 ¡Que Dios al mejor ayude!
 Cía un tanto el moro; avanza
 hácia él su contrario, y ruge
 sobre su cara un fendiente
 que casi, casi le aturde.
 Mas resbala al dispararle
 en un ribazo palustre,
 el castellano, y en tierra
 á poco más da de bruces.
 Repuesto el infiel, entonces,
 ganar ventajas presume,
 y cierra y cae sobre el flanco,

de su antagonista ilustre.
 Y el filo acerado blande
 lanzando un rugido lúgubre,
 y por suyo el lance cuenta
 merced á ese ataque impune.
 Pero el cristiano, cobrado
 del mal paso, el golpe elude
 con un quite violento,
 donde sus fuerzas reune;
 y al moro desarma y vuela
 por medio al aire voluble,
 y de la diestra le arranca
 la espada en pedazos dúplices,
 que á caer van á diez pasos
 sobre unos almoraduces,
 que al agitarse embalsaman
 el viento con su perfume.
 —¡Dóime por vencido! (dice
 el infiel, con pesadumbre).
 —«¡Idos en paz! (le contesta
 el vencedor); mas me cumple
 deciros que vais vencido,
 y aunque pese á vuestro lustre,
 vos, el que rabia de celos,
 vos, quien rivales no sufre,
 por una mujer... que sabe
 de espadas y de arcabuces!»

Y envolviéndose en su embozo
 á su camarada se une,
 y toman ambos la ruta
 que hasta el alcázar conduce;
 mientras atónito y ciego
 sin saber lo que le ocurre,
 se mesa de ira las barbas
 el nieto de los Gazules.

ROMANCE LXXXIV.

Ministro de redencion,

Con la Cruz sagrada al pecho
de la religion de Cristo,
á Ronda morisca llega
viandante peregrino
de la valerosa Orden
de redencion de cautivos,
un sacerdote profeso,
que trae largo camino.
Luenga la copiosa barba,
el cabello encanecido,
el semblante demacrado,
y el continente tristísimo.
De una vejez prematura
dá el piadoso hermano indicios,
debida más que á los años
quizás á dolores íntimos.
Sin más guarda ni defensa
que la gloria del Dios vivo,
solo y mendicante cruza
el país del enemigo.
Á las puertas de la plaza
se acerca osado y tranquilo;
los guardias gritan: —«¿Quién vive?»
y él responde: —«¡Jesucristo!»
Y aquellos canes se alteran,
y blasfeman los impíos,
y á las armas echan mano
contra el viajero atrevido.
Vánse á él y le rodean
con amenazas y gritos,
y unos quieren darle muerte
y otros empalarle vivo.
Pero de los insensatos
firme y sereno entre el círculo,
el varon sagrado muéstrase
como en los mares un risco.
Y cuando uno de los moros
levanta el brazo sacrilego,

de una mirada le deja
petrificado al inícuo.

—Matadme! (les dice, al cabo)
si digno soy del martirio;
ni os temo, ni menos huyo;
pronto estoy al sacrificio.

Al rumor de la aventura
llega el jefe del postigo,
y á cintarazos pone orden
entre aquellos descreídos.
Y como espía prendiendo
al consagrado ministro,
ante el Jeque le conduce,
sin mas escolta que él mismo.

—¿Quién eres? (al prisionero
pregunta el Walí).

—Un ministro
del Señor: (contesta humilde
el religioso).

—¿Has venido...
—A servirle.

—¿Como bueno?
—Como quien soy... mal he dicho,
como quien es.

—Por espia
te dan aquí.

Un rayo ígneo,
al són de palabras tales,
brilló en los ojos altivos
del sacerdote: mas luego,
dominando el noble ímpetu:
—Ese insulto en otro tiempo
(al Jeque absorto le dijo)
con la vida me pagarais,
mas hoy perdono y olvido.

—El Jeque soy.
—Yo soy noble
y ceñí espada en el siglo.

—¿Qué quieres aquí?

—Un esclavo.
—¿Quién?

—El que yo elija.

—Exijo

su nombre.

—Despues.

Y vierte

sobre el tapiz berberisco
la bolsa de oro, que lleva
oculta entre su vestido.

—Ese es el rescate.

—El nombre

ahora.

—Colon.

—Le estimo

en mucho.

—Doblo la suma

por él.

—¡Colon!...—La triplico;
¿quereis más?...» Pero vacila
y lucha el Jeque consigo,
mientras el fraile á sus plantas
el oro derrama á rios.

—Dádmele pues.

—No.

—¿Pues?...:

—Tratos

sobre Colon yo no admito.

—¿Le conoceis?...

—No tan sólo

le conozco...

—¿Qué?...

—Le admiro.

—Dadle libertad!

—No sé

lo que es, ni lo que haya sido:
pero hay algo en su persona
que hace impresion.

—Os suplico...

—Cónstame tan solamente
que un dia pudo á su arbitrio
de mi poder libertarse,
y ¡vive Alláh, que no lo hizo!

—Eso es digno de él!...

—Es hombre

muy superior, os lo fió.
 —Su redencion os demando,
 en nombre del Dios que sirvo;
 otorgádmela.

—Primero
 os diera cien siervos mios,
 que á Colon.

—Yo de rodillas
 lo pediré, si es preciso.
 —En ese cristiano hay algo
 que en los demás no se ha visto;
 y ¡no sé!... pero me place
 tenerle en Ronda conmigo.
 —¿No aceptais?...

—A cuenta de oro
 de él y de mí fuera indigno
 cedéroslo.

—Ciertamente;
 hay cosas que el oro mísero
 no puede pagar!... El vuestro
 recojed, pues.

—Mas no insisto,
 y á decir voy á Castilla
 que le llore por perdido.
 —No así os vayais.

—En tal caso
 ¿qué hacer?...

—Demándeme él mismo
 la gracia... y es otorgada.
 —Sea, pues.

—Id á decírselo.
 —Corro á el; pero decidme
 ¿por qué así?

—Por que os he visto
 bizarro y noble, y no quiero
 ser ménos que vos.

—De amigo
 cumplo el deber.

—Yo le cumplo
 de adversario... pero digno.
 —Así se hace entre nosotros.
 —Así se hace entre los mios.

ROMANCE LXXXV.

En manos de la justicia.

Boca en boca y lengua en lengua
 un cuento por Ronda corre
 de tajos y de reveses,
 á solas y á media noche.
 Y se refiere y comenta
 que hay por medio unos amores,
 y cierto oficial cristiano,
 y un moro de mucho porte.
 Y hablan de ello los valientes
 en los corrillos á voces,
 y las damas al oído
 en las zambras y alborosques.
 Y tanto se habla en secreto,
 y tanto se glosa á voces,
 que al fin el Cadí lo sabe,
 como suele, mal y al postre.
 Mas lo sabe, en fin, y es fuerza
 ejercer su oficio noble,
 y al capitán echar mano,
 y á justicia obrar conforme.
 Y dicho y hecho; sumido
 en la prisión de una torre,
 por reo van á juzgarle
 de escándalo y de desórden.
 Pues los lances de amoríos
 que nadie vé, sabe, ni oye,
 (do suelen juzgar las hembras
 y perder suelen los hombres)
 á lo mejor del negocio,
 y sin por qué y sin por dónde,
 por arte del diablo vienen
 á manos de pecadores.
 Y ¡aquí fué Troya!... Y por tanto
 nada hay de extraño, pardiobre,
 que de aquel caso platiquen
 los rondeños moradores.

Pero es lo cierto que, al cabo,
 puesto á buen recaudo el jóven,
 que decir dá á las hermosas
 y hacer á los fanfarrones.
 Porque desde la hora y punto
 del campal nocturno choque
 Jarac no ha vuelto á su alcázar,
 ni está del Jeque en la córte.
 Nadie dónde se halla sabe,
 ninguno de él da razones,
 y por él todos preguntan,
 y ni uno sólo responde.
 Y se hacen varios comentarios,
 y hay tambien muchas versiones,
 y quién difunto lo cuenta,
 y quiénes hecho gigote.
 La bella que á los dos bravos
 hizo cruzar los estoques,
 y cuya honra en aventuras
 tamaño estrépito pone,
 no adivinan los curiosos
 los del vulgo no conocen;
 y aunque algunos lo malician,
 todos se guardan su nombre.
 Y la bella endulza, en tanto,
 del mancebo las prisiones,
 y en Ronda deja que hablen,
 y al juez que el proceso forme.
 El buen Colon hace frente
 sereno á tan rudo golpe,
 aunque en lo más vivo ha herido
 á su corazon de bronce.
 ¿Qué hacer? A Beatriz, si calla,
 en gran compromiso pone,
 y por la persona y vida
 del moro un castigo enorme
 querrán para la infelice
 los musulmanes feroces.
 Callar no es posible. Y si habla,
 si el velo oscuro descorre,
 que á la noble dama encubre
 y es disfraz de sus amores,

su honor y su fama echa
 de la perdicion al borde,
 y atraer sobre ella puede
 las iras del Jeque atroces.
 ¿Cómo hablar, pues?... Y salvarla
 es preciso á todo coste,
 sin peligro que lo impida
 y sin poder que lo estorbe.
 Es la víspera del juicio,
 el dia su luz traspone,
 y Colon con la de Enriquez
 asuntos de mucho importe
 á solas está tratando,
 cuando rugiendo los goznes
 del porton en el encierro,
 entra un religioso pobre
 con el sayal revestido
 de la Trinitaria Orden,
 la capucha sobre el rostro
 y embozado en su anascote.
 Vuelve tras de sí la puerta,
 va á los interlocutores,
 y atrás el capuz echando
 faz á faz les mira entonces.
 — ¡Don Arias!... ambos esclaman,
 como heridos de un resorte:
 y en silencio todos quedan,
 y él dice luego:

— Sí... ¡Ponce!

Ponce, señora, que huyendo
 las mundanas ilusiones,
 viene á deciros, sois libre;
 vuestra voluntad cumpliósse.
 Él fué quien hizo aquel nudo;
 él es quien tal nudo rompe;
 él era el deudor, y él paga;
 ¡que Dios de ventura os colme!

Y á Colon, con rostro dulce
 volviéndose el sacerdote,
 mientras la niña en sus ojos
 una lágrima recoge:

— Ponce, Colon, Ponce (esclama);

que de Dios ministro dócil,
os dice: «Ya no sois siervo,
»quebrad vuestros eslabones.
»Quien robó vuestra ventura
»ese la ventura os torne;
»que es bien que se cumpla el plazo
»y es bien que el acreedor cobre.»
Y ¡ojalá que llegue á tiempo,
y ojalá mis culpas borre!...
¡Así Dios al feliz guarde,
y así al mísero perdone!

ROMANCE LXXXVI.

El mejor testigo es Dios.

¡Oh bien haya el caballero,
el caballero cristiano,
el modelo de los nobles,
el de los buenos dechado!...
¡Bien haya Ponce, bien haya
el triste infanzon bizarro,
aquel de amor bien herido,
aquel de amor mal pagado!
El que en su noche de boda,
de seso por poco falto,
salió de Córdoba huyendo
á sepultarse en un claustro.
¡Infeliz!... Perdió en el mundo
con horrible desencanto,
la ilusion de su esperanza;
perdió á Beatriz!... ¡Cuitado!...
Y con el corazon muerto,
y de la existencia harto,
de Dios llamó á los umbrales,
consuelo y paz demandando,
como de tormentas bravas
llega á quieta playa el náufrago,
entre las olas maltrecho,
salvo casi por milagro.
Allí se hundió, y allí el jóven

de frescos y alegres años
 se hizo en la flor de la vida
 un viejo pálido y cano.
 Porque es el dolor del alma
 traidor y voraz gusano,
 que hace del árbol florido
 un tronco inútil y exhausto.
 Y allí le dijo la fama
 con acento desolado
 que Colon era cautivo,
 cautivo de los paganos.
 Y que la infelice niña
 por quebrar el triste lazo,
 iba á consagrarse á Cristo,
 en heróico holocausto.
 Y pensó que él quizás era
 causa de males tamaños,
 y que el deber le tocaba
 en espiacion y descargo
 de salvar aquellos tristes
 y tornar su bien pasado.
 Vuela á Córdoba; no encuentra
 en el retiro monástico
 á Beatriz, y pregunta,
 y busca é inquiere!... ¡En vano!
 No le dicen que la hermosa
 en aquel asilo santo
 de Colon supo la suerte
 y corrió osada á su lado:
 sólo el buen Conde de Niebla,
 su proyecto audaz fiando,
 y pidiéndole cien lanzas,
 para darle cima y cabo,
 Ponce adivina y comprende
 el misterio de aquel caso:
 su corazon se lo dice
 y el corazon vé muy claro.
 Y reduciendo á dineros
 su patrimonio no escaso,
 en busca de Colon parte
 á los moriscos Estados.
 Loja, Granada, Almeria

recorre con viaje raudo,
y la Alpujarra y la Sierra
cruza tambien sin descanso.
Y á Colon no halla: y las plazas
del litoral Africano
correr imagina en breve
hasta el desierto abrasado;
cuando en Málaga descubre
por un fujitivo esclavo
que Colon preso está en Ronda,
y parte á ponerle en salvo.
¡Y en Ronda está! Pero inútil
es tanto afan y ardor tanto!...
Colon rescate no acepta
que ponga su sangre en trato,
ni quiere humillar su nombre
al pié de un mahometano,
demandándole una gracia
que se le debe de grado.
Y tiene sobrada honra,
y tiene corazon vasto
para hacer frente sin mengua
á su destino menguado.
—Sea así: (el buen religioso
dice al fin de cuento largo):
pero admitid de mí, al menos,
un bien.

—¿Cuál?

—Arrodillaos.

Y Colon y la doncella
se hincan con respeto y pasmo,
al poder de aquel acento
fascinador, inspirado.
Y del Eterno el ministro
une de los dos las manos,
y con voz solemne esclama
sobre ellos tendiendo el brazo:
—¡En nombre del Uno y Trino,
en gracia y paz os enlace,
y bendíceos la Iglesia
por mí; esposos, levantaos!
Y sin volver de su asombro

aun, los recién desposados,
se aleja el buen caballero,
el caballero cristiano.

ROMANCE LXXXVII.

A cual mejor.

Sentado está el noble Emir
en su diván arabesco,
haciendo jura y audiencia
contra el capitán don Diego.
El Cadi asiste á su lado
de la ley órgano recto,
y la mano de justicia
tiene en las suyas por cetro.
Y el Arraez de su guardia
está en pie al lado siniestro,
con el alfanje desnudo
y el rostro y mirada fieros.
En torno al estrado vénse
oficiales y domésticos,
y ministriles, y guardias,
esbirros y carceleros.
Sobre un sitio sin respaldo,
frente á sus jueces severos,
está el castellano mozo,
firme, y altivo, y sereno,
sin espada en la cintura,
sin birrete en el cabello,
amor causando á las moras,
y dando á los moros celos.
Lo más granado y notable
que Ronda encierra en su seno,
del salón artesonado
los ámbitos llena estensos:
las moriscas hermosuras
mal ocultas tras sus velos,
los donceles de más nombre,
los más curtidos guerreros.
Más de un corazón palpita

de las bellas en el pecho,
y más de un alma hace votos
por el cristiano mancebo.
Y á los rincones se agolpa
copiosa gente del pueblo,
por el interés traída
de lance tan romancesco.
Todos esperan y callan,
hasta que el Jeque, su dueño,
manda hacer al cartulario
la informacion del proceso.
Pero entonces se levanta
de pié el galan caballero,
y dice con voz sonora,
sin dar á otra cosa tiempo:
—Todo es inútil. Yo soy
el culpable, lo confieso,
y no han menester papeles,
palabras de caballero.
Jarac me retó; lidiamos
frente á frente y cuerpo á cuerpo,
vencí, le otorgué la vida
y no hay mas, testigo el cielo.—
—Es inocente!... (prorumpo
por el concurso rompiendo
Colon, que avanza tranquilo
del Jeque hasta el sitial regio).
En mí teneis quien la espada
cruzó en tenebroso reto
con Jarac, quien le ha batido
de igual á igual, pecho á pecho.
Como leales lidiamos
y cumplimos como buenos,
limpio el vencedor de sangre,
de mengua el vencido ileso.

Queda el tribunal un punto
entre asombrado y suspenso,
y los concurrentes todos
de ansia y curiosidad llenos.

—No es él, no es él, no, el culpable;
(clama el capitan intrépido),
por mi salvacion se acusa

de cariño loco y ciego.
La prueba ved!

Y sacando
bajo el anteado colete
el cartel del desafío
que escribió su rival fiero,
á los jueces lo presenta
y hace en ellos grande efecto.
—¡Ahí van las mias!... repone
Colon, con talante austero;
y el rico alfanje del moro,
ganado en campal encuentro,
ante el tribunal ostenta,
que le mira, y da por cierto.
En competencia tan noble
en tan heróico ejemplo
de valor y de grandeza,
de abnegacion y de afecto,
no saben qué hacer los jueces
en duda y confusion puestos,
ni cual desechar por falso,
ni cual admitir por cierto.
Por una y por otra parte
hablan las probanzas recio,
y de la justicia ponen
la balanza en el fiel recto.
Con el Arraez platica
y el Cadí el Jeque, en secreto,
de la absorta muchedumbre
en el mas hondo silencio;
y entre Colon y la hermosa
se cruzan en tal momento
del corazon arrancadas,
estas palabras de fuego:
—Cede, Beatriz!

—Tú en el mundo
vales más que yo: no cedo.

—Déjate salvar.

—¡Ah! Nunca,
á costa tal!

—¡Por el cielo...
oid! (el Jeque prorumpe

con recia voz, á este tiempo);
 el capitan es culpable,
 la ley le declara reo.

—En el capitan cristiano
 á mi esposa yo os presento,
 Doña Beatriz Enriquez
 Rica-hembra de los reinos.

Dijo así Colon: la bella
 baja sus ojos modestos,
 y en su faz de nieve y nácar
 pinta el carmin sus reflejos.

—Mi esposa, ante Dios; (prosigue
 el ilustre prisionero)
 la flor de las castellanas,
 de las damas prez y egemplo;
 la que por mí dejó un dia
 patria, riquezas y deudos;
 la que arriesgó vida y honra;
 la que ocultó nombre y sexo;
 la que su libertad daba
 á mi libertad por precio;
 la que ha partido conmigo
 las horas del cautiverio;
 la que por mí se ve ahora
 de la ley ante el aspecto,
 y á la que pagar no es dado
 tanto bien como le debo.

Calla Colon, se levanta
 el Jeque del sitial regio,
 y á los esposos bizarros
 dice, de entusiasmo ardiendo:

—Tanto amor, tal bazarria
 galardón merece inmenso:
 ¡Capitan, vas perdonado!
 ¡Colon, por libre ya os dejo!

Y la multitud aplaude,
 y entre vítores frenéticos
 el capitan y el cautivo
 se unen con abrazo estrecho.

CAPITULO XI.

EL CAMPO DE SANTA FÉ.

ROMANCE LXXXVIII.

Eden árabe.

El que no ha visto á Granada
no ha visto el alba de Abril,
ni abrió sus ojos al día,
ni sabe que hay sol, en fin.
¡Granada... sueño del moro,
áurea esfera de la houri,
maga hermosa de los montes,
hada ideal del jardín!
¡Mágica y radiante *Elvira*,
azucena del Genil,
nube de esplendor y aroma,
suspendida en el zafir!
Quien no te ha visto, Sultana,
tan bella cual yo te ví,
en roja tarde de Mayo
cuando el sol iba á morir,
con tus torres rutilantes,
con tus minaretes mil,
con tu manto de laureles,
tu corona de jazmin,
en tus cármenes perdida,
como belleza infantil,
velada con frescos velos
de rosas y de alhelí,

no ha visto nada en la tierra
 que haga el corazon latir,
 vive en un mundo vacío...
 ¡bendicion, Granada, en tí!...
 ¡Qué es verte desde esa loma
 de florescente cerviz,
 cual aparicion de encanto
 entre las sierras surgir!
 Desde ella Gonzalo, el grande,
 de hinojos cayó ante tí,
 nuevo cruzado, exclamando:
 —«¡Granada!... Granada!... allí!...»
 Que eran los ojos absortos
 del épico paladin
 los primeros de Castilla
 que te vieron... ¡Fué feliz!...
 ¡Qué es verte desde la cumbre
 del misterioso Albaicin,
 como una alfombra de Oriente,
 cual fantástico tapiz
 con perlas de Ormuz bordado,
 con oro virgen de Ofir,
 y alcázares de rocío,
 y rayos de un serafin!...
 ¡Qué es verte desde la Vega
 alzarte rica y gentil,
 de esmeralda sobre un trono
 vaporosa emperatriz,
 por dosel Sierra-Nevada
 que asalta audaz el cenit,
 por alfombra un paraíso,
 que no se halla mas que aquí!...
 Sirvente siete colinas
 de voluptuoso cogin,
 donde tus sueños arrullan
 los suspiros de Boabdil.
 Y allá en el fondo del cuadro,
 se ve tu Alhambra gentil,
 de caladas azoteas
 y de torreón marroquí,
 y la torre de la Vela,
 desde cuya cima gris

se abarca esa Vega hermosa,
 verjel del pueblo muslim,
 con sus blancas alquerías
 mansion del moro feliz,
 con sus montañas azules,
 con sus raudales sin fin,
 y sus campiñas risueñas
 de vario y rico matiz,
 y sus flores, y sus áuras,
 su ideal belleza, en fin!...
 ¡Granada!... ilusion del moro,
 puro y flagrante rubí,
 en un círculo engastado
 de agua y luz, de oro y carmín;
 yo tambien quiero llamarte
 cual los nietos de Tarif,
 rio que murmura, perla
 columpiada en un jazmin,
 espuma de los arroyos
 entre guijas de marfil,
 luz de la oriental estrella,
 plumaje del colorin,
 diadema del rocío,
 fragante áura del pensil,
 rama en flor que de la aurora
 el soplo mece infantil,
 copo de brillante nieve,
 ojo del sol!... ¡Infeliz,
 Sultana de las ciudades,
 quien no te vé cual te vi!...
 pues ni abrió al dia sus ojos,
 ni sabe que hay cielo, en fin.

ROMANCE LXXXIX.

La postrer campaña.

Devora el fuego los reales
 plantados por Sus Altezas,
 entre las mieses y olivos
 de la granadina Vega;

y una ciudad almenada,
 al acento de la Reina,
 á guisa de encantamento
 brota el centro de la tierra.
 Santa Fé le da por nombre
 con su voz doña Isabela,
 como símbolo elocuente,
 como victoriosa prenda
 de la fé santa y heróica
 que inflama su ánima regia
 de poner la Cruz de España
 en la torre de la Vela,
 y de dar inmortal cima
 á la hazaña gigantesca
 que de ocho generaciones
 forma la corona inmensa.
 Mitad córte y mitad campo,
 alcázar y fortaleza,
 Santa Fé á la flor de España
 da hospedaje en sus trincheras.
 Junto á la barraca humilde
 se alza la ostentosa tienda;
 pecheros en una moran
 y Ricos-homes en éstas.
 El Maestre de Santiago
 en rico albergue se hospeda,
 y al pié de sus torreones
 dos mesnadas vivaquean.
 Un tercio de ballesteros
 que Zaragoza sustenta,
 y en cuyo aspecto distínguese
 la arrogancia aragonesa,
 acampa en toldos colgados
 de seculares moreras,
 y al són de cantos marciales
 acicala sus ballestas.
 Mas allá los caballeros
 de Alcántara y de Montesa,
 en lonas blancas y azules
 su alojamiento aderezan.
 La nobleza de Castilla
 y su fiel gente de guerra,

con chozas de verdes ramas
 forman dos calles enteras.
 Los ginetes extremeños
 sus fuertes potros arriendan
 en los troncos enfilados
 de sombrías alamedas;
 y de vistosos trofeos
 á guisa, en los olmos cuelgan
 caparazones y lanzas,
 yelmos, manoplas y espuelas.
 Los béticos escuadrones
 dos ó tres cortijos pueblan,
 y en su umbral á todas horas
 la procaz guitarra suena.
 Y las arábigas quintas
 de torrecillas aéreas,
 por arte de encantamento,
 en hospedaje se truecan
 de señores acerados
 de pendon y de caldera,
 por los vasallos seguidos
 que su hogar con ellos dejan.
 Pintadas tapicerías
 la blanda mansion ostenta,
 entre floridos oteros
 de las bravas Ricas-hembras
 que la belicosa corte
 siguen en paz como en guerra,
 y del regio sol en torno
 forman rutilante pléyada.
 Allí se oyen por las noches
 vagas, dolientes endechas,
 que el tenaz grito perturba
 del cruento centinela.
 Y do quier que la mirada
 por la real ciudad se tienda,
 no se ven más que soldados,
 tahures y vivanderas
 entre enmarañadas calles
 de cabañas de madera,
 de barracas puntiagudas,
 de palizadas y cercas;

y techos de frescos juncos
 con banderolas ligeras,
 y morunos capiteles
 sobre atalayas de piedra;
 y palafrenes que ruan,
 y soldados que bravean,
 y gitanillas que, á sueldo,
 buenas venturas les cuentan.
 Y brillo, y ruido, y colores
 en perspectiva compleja,
 y fuego, entusiasmo y vida
 fascinadora, magnética,
 á guisa de encantamiento
 brota la faz de la tierra
 en la ciudad que nomina
 Santa Fé doña Isabela.

ROMANCE XC.

Ancora de salvacion.

Doña Isabel de Castilla
 y el bueno de fray Juan Perez,
 en un camarín de audiencia
 platican muy gravemente.
 —Señora, (esclama el prelado)
 de vos nada mas ya penden
 las postreras esperanzas
 del triste Colon... creedme.
 —Ya la Marquesa de Moya
 interesó mis mercedes
 por él, y por vos... y gracia
 mucha, en verdad, me merece.
 Cristóbal Colon, por cierto,
 insigne favor la debe!...
 —¡Oh si llegar á la Rábida,
 cual yo le ví, vos le viéseis!...
 En el alma el desengaño,
 el cuerpo flaco y doliente,
 á pié, mal parado y pobre,
 cual sombra perdida y flébil.

¡Oh!... ya os conmoveis, Señora!...
 ¡Perdonad... porque no puede
 vestir la verdad mi lengua,
 sino como el alma siente!
 —Proseguid; la Reina, padre...
 tener corazon bien puede,
 ante el varon bueno y pío,
 médico y juez de su mente.
 —Bendígaos el Eterno,
 vaso de virtud celeste!
 —¿Decíais, pues?...
 —Os decia
 del gran Colon los reveses.
 Colon, que os ha servido
 leal, cristiano y valiente,
 y rompió en la lid su lanza
 por España y por sus leyes;
 Colon que, en pos de la corte,
 fiado en prendas cortesas,
 vió huir mal perdidos años...
 años ¡ay! que nunca vuelven,
 mientras su ilusion gloriosa
 conservó en el pecho fuerte,
 hizo cara á la fortuna
 impertérrito y paciente.
 Mas despues que en vuestra corte
 rechazáronle crueles
 el orgullo y la ignorancia
 (que niegan lo que no entienden),
 el dolor su alma desola,
 ha encanecido su frente,
 y en mísero aventurero
 el adalid se convierte.
 Yo mismo de dudar hube
 si era el héroe de otras veces...
 ¡ay! la ingratitud de España,
 ó le mata, ó le enloquece!...
 —¿Pero es verdad ese mundo,
 ese arcano de Occidente?...
 —¿Si es verdad, inclita Reina?
 La luz de Dios nunca miente,
 y Colon lleva en su alma

la revelacion celeste.
 Oidle, y juzgad, Señora...
 oidle, con voz solemne,
 magnífico é inspirado,
 con su mirada que enciende,
 con su palabra que alumbra,
 con una aureola en las sienes
 mandar al piélago abrirse,
 á los orbes estenderse,
 hacer hablar á los astros,
 dar luz al caos agreste,
 robar al sol sus caminos
 en vuelo resplandeciente,
 hacer callar las tormentas,
 del mundo afirmar el eje,
 y el nuevo Eden de los hombres
 mostrar con dedo potente,
 y de Dios cantar la gloria
 en la perfeccion terrestre.
 —Que venga, padre, que venga!...
 Quiero oirle, quiero verle;
 escuchar la voz del cielo
 en vuestra fé me parece.
 —Guárdeos Dios!... Yo bien sabia
 que vuestra alma grande y fuerte
 ecos generosos guarda,
 y en santa intuicion comprende,
 cuánto de grandeza y gloria
 atesora el rico gérmen;
 y más inmortal y sumo
 nada hay que Colon!

—Traedle!

Y porque pueda en mi córte
 presentarse cual mi huésped,
 veinte mil maravedises
 en florines os entreguen.
 Id por él, y á Dios rogadle
 por la patria y por los Reyes.

Y doña Isabel, tendiendo
 su diestra al Padre Juan Perez,
 la bendicion le demanda
 al dintel de su retrete.

ROMANCE XCI.

La herencia de Boabdil.

Ya la inmortal epopeya
 que abrió en Asturias Pelayo
 por la libertad y gloria
 de los pueblos castellanos,
 sobre la gentil Granada
 entona triunfal el canto,
 coronando de laureles
 á Isabela y á Fernando.
 Tras luengo y reñido cerco,
 ríndese *Elvira* al cristiano,
 como vírgen rescatada
 al pirata del Océano.
 Y una mañana de Enero,
 del alba tardía al rayo,
 las trompas y los tímboles
 despiertan á todo el campo.
 Y el buen conde de Tendilla,
 al frente de sus vasallos,
 al pié de los muros llega
 plaza á su Rey demandando.
 Y á su voz se alzan los peines,
 y caen los puentes ferrados,
 y la Puerta del Sol deja
 al buen conde libre el paso.
 Precipítase á galope
 bajo sus agudos arcos;
 el florido Albunert sube
 con sus mesnaderos bravos.
 Y en la vistosa esplanada
 de aquel cerro, cuyos flancos
 cármes rojos adornan
 sobre murallas de mármol;
 donde las Torres Bermejas
 alcanzan sus merlones trágicos,
 en el Abahul sangriento
 hace el corto escuadron alto.

Lleno está de plebe mora,
 que murmura por lo bajo
 cual mar que amaga tormenta
 con trueno sordo y lejano.
 Pero el conde, sobre todos,
 sus ojos de águila echando,
 hace callar los murmullos
 y morderse muchos labios.
 Luego en la Alhambra resuenan
 añafiles destemplados,
 y se acerca Aben-Comixa
 al paladin castellano.
 Con él los Cadíes vienen,
 y Ulemas y dignatarios,
 sin puñal en la cintura,
 los turbantes enlutados.
 Y una escuadra de Zenetes
 cierra este cortejo infausto,
 arrastrando sus banderas,
 sin jaeces los caballos.
 Al són de lúgubres notas
 que arrancan al pueblo llanto,
 con calma y silencio llegan
 á la faz de los cristianos.
 Y Aben-Comixa ante el conde
 con su grey afinado:
 —«¡Cúmplase lo escrito!» esclama;
 y tras un suspiro largo,
 al vencedor le presenta
 sobre un cojín de Damasco
 las veinte llaves de *Elvira*,
 y cae de su gente en brazos.
 Y los moros se desbandan
 como heridos por el rayo,
 y el conde con sus valientes
 da tres *vivas* á Santiago.

ROMANCE XCH.

Triunfo real.

Al compás de los clarines
y al ronco són de los bronce,
levantan el regio campo
los monarcas españoles.
Es una aurora de enero,
y el sol por el horizonte
con su luz el velo rasga
de nieblas y de vapores,
que el picacho de Veleta
revuelven en sus turbiones,
cual blanquecino turbante
del coloso de los montes.
Á Granada van los Reyes
en pompa de vencedores,
en tanto que á los desiertos
Boabdil con los suyos corre.
El triunfal cortejo abren
dos bizarros escuadrones,
el del conde de Tendilla
y el del marqués Diego Ponce.
Caminan en pos heraldos,
faráutes y tañedores,
con trompas y chirimías,
con pífanos y atambores;
y el Alférez Mayor, luego,
entre un centenar de nobles,
con el pendon de Castilla
de laurel orlado y flores,
y en torno flotan al viento
las banderas de las Ordenes,
tambien las de las Ciudades
con voz y voto en las Córtes.
En lujosos palafrenes,
desfilan los ricos-homes,
que arrojando van medallas
á pajes y servidores.

Ved ahora esas cuadrillas
de alegres y fuertes jóvenes,
que con coplas y danzares
egran los corazones.

n la flor de España toda
que, á usanza de sus mayores,
el triunfo inmortal festejan
de la patria en voz y nombre.
Ya García de Paredes
viene aquí con la cohorte
de los que en el sitio han hecho
cosas soberbias, atroces,
cual robar bellezas moras,
lidiar uno contra doce,
ó ir á la mezquita grande
y entonar un *Pater noster*,
poniendo fin al asunto
á lanzadas y mandobles,
trayendo un ojo de ménos
ó de más muchos chichones.

Numerosa clerecía
conduce una cruz enorme,
al són de los sacros himnos
de los bíblicos cantores;
palmas y laureles llevan
en torno los sacerdotes,
y otros ante el triunfal signo
cubren las calles de flores.

Y marciales caballeros,
de sus Maestres al órden,
cuatro trofeos conducen
en sus palaфrenes nobles.
La Fé en el de Calatrava
sus emblemas reconoce;
el amor al Rey, Montesa,
sublime en su apoteósis.
Alcántara, honor y gloria
cifra en sus ricos blasones,
y el patriotismo triunfante
los soldados vencedores
del Santo patron de España
cobijan en sus pendones.

Y los blanquísimos mantos
 con sus cruces de colores,
 con penachos los almetes,
 las armas de inmenso coste,
 los corceles guarnecidos
 de ricos caparazones
 que al compás de las trompetas
 marcan el sonoro trote:
 los pajes engalanados,
 los armados servidores,
 los reposteros de guerra,
 los siervos y los halcones,
 tan mágico aspecto pintan
 al denso escuadron de próceres,
 que una falanje semeja
 de reyes ó emperadores.
 Divísanse, al fin, los Reyes
 entre esplendorosa córte
 de prelados y adalides,
 ricas-hembras é infanzones.
 El gran capitán Gonzalo,
 gloria de los ricos-homes,
 y el gran Cardenal de España,
 del sόlio consejo y norte,
 descuellan entre el cortejo
 cual dos peñascos enormes
 de la rústica Alpujarra
 sobre los revueltos montes.
 Isabel y don Fernando,
 entre entusiastas loores,
 el triunfo mayor disfrutan
 que la humanidad conoce.
 Y paso á paso caminan
 sobre andaluces bridones,
 nobles sonrisas volviendo
 por locas adoraciones.
 Un brial viste la Reina,
 azul con áureos blasones
 de brocado toledano,
 ancha manga y alto escote;
 peto de mallas de plata,
 largo y redondo de corte,

rojo manto guarnecido
 de castillos y leones,
 y de rico cambray tocas,
 á las que se sobrepone
 la Corona de Castilla
 con la cruz sobre su tope.
 Don Fernando viene armado,
 como á un héroe corresponde,
 con el mismo arnés de guerra
 que tanto el moro conoce.
 Pues le pareció al monarca
 la gala de mejor porte
 de las batallas el traje,
 roto á tajos y mandobles,
 y sobre él lleva la púrpura,
 y cima el yelmo de bronce
 la diadema aragonesa
 con la cruz de sus florones.
 Y en pos de todos camina
 con un religioso pobre,
 Cristóbal Colon, pintados
 sobre la faz sus dolores.
 Y la soldadesca pasa
 por su costado en desórden,
 se encara con él, se rie,
 y en la frente mordaz tócase.
 Y con piedad contemplando
 á los que le mofan torpes,
 á la gran mezquita marcha,
 alcázar ya del Dios hombre.
 Que allí postrados los Reyes
 la sacra espada deponen,
 que de siete ú ocho siglos
 los desapiadados soles
 conquistar la patria vieron
 paso á paso y golpe á golpe,
 por la libertad y honra
 de los pueblos españoles.